

Ciclos de violencia y género: los momentos de conflicto en América Latina como generadores de identidad de género

Cycles of Violence and Gender: Generator Moments in Latin American History and Gender Identity



Sonya Lipsett-Rivera

Ciclos de violencia y género: los momentos de conflicto en América Latina como generadores de identidad de género

Sonya Lipsett-Rivera

Colección Avances de Investigación CIHAC

› Segunda época ‹

·8·

Colección

SPONSORED BY THE



Federal Ministry
of Education
and Research

> Segunda época

Comité editorial:

Dr. Ronny Viales Hurtado

Dr. Anthony Goebel

Dr. David Díaz Arias

Sub-comité CALAS- Laboratorio Visiones de Paz:

Dra. Carmen Chinas

Dr. David Díaz Arias

Dra. Christine Hatzky

Dr. Werner Mackenbach

Dr. Joachim Michael

355.3

L765c Lipsett-Rivera, Sonya.

Ciclos de violencia y género: los momentos de conflicto en América Latina como generadores de identidad de género / Sonya Lipsett R.

1. ed. – San José, Universidad de Costa Rica, Centro de Investigaciones Históricas de América Central, 2021.

129 páginas 18 x 25 cm.

Edición digital

Colección de Avances de Investigación CIHAC. Segunda época.
Sección CALAS

ISBN 978-9930-9748-8-9

1. Violencia contra las mujeres, 2, Equidad de género. 3.
Antropología social. 4. Colonialismo. I. Título. II. Colección

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo fue elaborado como resultado de la estancia de investigación financiada por el Centro Maria Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados en Humanidades y Ciencias Sociales (CALAS), habiendo participado en el Laboratorio de Conocimiento “Visiones de paz: Transiciones entre violencia y paz en América Latina”, agradezco al Centro de Investigaciones Históricas de América Central (CIHAC) de la Universidad de Costa Rica por su publicación y difusión en la serie “Avances de Investigación”.

Índice

INTRODUCCIÓN	1
EL GÉNERO Y LA CONQUISTA	4
MODALIDADES DEL GÉNERO COLONIAL	7
EL HONOR Y EL GÉNERO	11
ENCERRANDO A LAS MUJERES	13
CASTIGO “RAZONABLE”, GÉNERO Y SISTEMA DE HONOR	15
PATRONES DE VIOLENCIA Y LAS IDENTIDADES	17
CATEGORÍAS DE MUJERES	19
ESPACIOS PÚBLICOS Y DE GÉNERO	21
CUERPOS FEMENINOS Y EL CONTROL	24
LA MASCULINIDAD SUBALTERNA	26
EL GÉNERO Y LA INDEPENDENCIA	29
LA NACIÓN Y EL GÉNERO	32
PATRIOTAS Y PROSTITUTAS	36

IDENTIDADES DE GÉNERO Y CUERPOS FEMENINOS	42
VIOLENCIA DE GÉNERO Y NACIÓN	45
LA HERENCIA DEL PASADO	47
CONCLUSIONES	52
EPÍLOGO: LA RESISTENCIA	54
BIBLIOGRAFÍA	112

INTRODUCCIÓN

La violencia opera como un trasfondo constante en la cotidianidad de las poblaciones latinoamericanas del siglo XXI en tiempos de guerra o paz. Desde las microagresiones hasta los más horribles asesinatos, las tipologías de violencia son múltiples y, por ello, la región se distingue como el lugar más peligroso en el mundo para las mujeres. En sus informes, las Naciones Unidas provee estadísticas que señalan como los niveles de matanzas basados en el género son una crisis sin soluciones a la mano. Estos datos macabros contradicen ideales muy comunes: la mitología central de la reverencia para la familia y el honor hacia la madre y las mujeres, los cuales son refutados por la realidad de una multiplicidad de violaciones y feminicidios en las noticias diarias. Esta mitología de veneración hacia las mujeres latinoamericanas proviene de largas tradiciones que se remontan hasta las raíces mediterráneas con su sistema de honor, pero las contradicciones y los doble estándares también se encuentran en este corpus de creencias.

La violencia de género no es un fenómeno reciente, sino uno que ha crecido de manera exponencial en el siglo XXI. Su aumento puede explicarse mediante los principios del colonialismo y las transformaciones de los conceptos de género en la región. El presente estudio representa un intento de rastrear la violencia de género contemporáneo tanto desde sus orígenes como a partir de su evolución en los siglos desde la conquista. Planteo que la violencia de género en América Latina se puede explicar examinando el pasado y viendo su producción en ciertos patrones y momentos claves de la historia de la región. Las antropólogas María Rodríguez-Shadow y Lila Campos Rodríguez establecen que los hombres no tienen temperamentos violentos en sí, más bien, la violencia masculina fue desarrollada a través de los siglos dentro de las prácticas culturales.¹ Afirmo que se puede explicar la violencia de género latinoamericana observando el pasado y examinando su producción durante ciertos patrones y momentos claves de la historia regional. Al trabajar dentro del marco del proyecto Violencia y Paz en América Latina, mi pregunta guía es por qué la violencia de género ha crecido en la región a pesar de los periodos de paz, la legislación protectora y, finalmente, frente a una mitología de valoración a las mujeres.

Como historiadores, nosotros trabajamos con el cambio a lo largo del tiempo y nos parecen espinosas las cronologías y las periodizaciones para explicar el pasado y el presente. En este estudio, me alejo un poco de esta metodología general con el objetivo de argumentar que, para entender el presente de la región, tenemos que examinar ciertos “momentos” y, en particular, “momentos de ansiedad.” Estos momentos son similares al concepto de “momentos claves”, pero no tan definitivos. En lugar de señalar eventos distintos, propongo que ciertos procesos ocurrieron en momentos históricos sobre los cuales se amontonaron y cambiaron gradualmente las actitudes hacia las mujeres. Se trató de un

1 María Rodríguez-Shadow y Lila Campos Rodríguez, “La violencia contra las mujeres” en *Mujeres: Miradas Interdisciplinarias*, ed. por María Rodríguez-Shadow y Lila Campos Rodríguez (México: Centro de Estudios de Antropología de la Mujer, 2011), 155.

proceso de endurecimiento hacia estas actitudes que, a través de los años, se convirtieron en las posturas y las contradicciones características de la sociedad latinoamericana actual.

Durante estos “momentos,” las mujeres latinoamericanas emprendieron nuevos papeles, entraron la esfera pública en formas novedosas y, consecuentemente, las actitudes sociales hacia las ellas se endurecieron y se hicieron más severas. Algunos de los cambios que afectaron a las mujeres provinieron de modificaciones legislativas y de nuevas instituciones públicas, pero estas fueron solo el resultado de las reacciones sociales hacia las mujeres. Estos periodos -cuando los conceptos que regían el control propio de los cuerpos femeninos cambiaron en formas sutiles, pero importantes- marcaron transformaciones incrementales. Dichas modificaciones afectaron las ideas del género en tanto a los espacios y la movilidad femenina en ellos, los cuales fueron inextricablemente vinculados a la racialización de los cuerpos femeninos.

El control que las mujeres tienen o tenían constituye el fin de mi estudio, pues es el concepto que me guía y sirve como marco para mi análisis. Creo que hay una correlación directa entre el control que tienen las mujeres sobre sus propios cuerpos y la violencia de género. Los cuerpos femeninos no eran simplemente carne y hueso, sino que traían con ellos un peso simbólico: eran objetos para poseer y controlar. La conquista española convirtió las mujeres indígenas, y después a las africanas, en símbolos de la tierra conquistada. Ellas se transformaron en un arquetipo de la sensualidad y la inmoralidad.² Esta violencia figurada estuvo acompañada de actos violentos mucho más concretos que marcaron los principios de las formas coloniales de construir y crear una base para las jerarquías que rigieron las vidas tanto de mujeres como de hombres.

Los regímenes coloniales agregaron nuevas capas de estructura y jerarquía a las sociedades anteriores. Los colonizadores ibéricos importaron muchas ideas que gobernaban la vida cotidiana, pero el sistema mediterráneo de honor fue una forma primordial para circunscribir las mujeres en sus cuerpos y su movilidad espacial. Al igual que las mujeres, los hombres fueron envueltos en esas estructuras jerárquicas, que les otorgaban a pequeños grupos un gran poder sobre las personas de bajo rango y les confería el derecho de castigar con golpes y otros correctivos corporales. A la vez, dichas estructuras normalizaron e invisibilizaron estos actos de violencia cotidiana.

Dentro de la violencia estructural que caracterizaba los regímenes coloniales y los modelos de conducta femenina y masculina, la naturaleza jerárquica de la sociedad les confería a los hombres pobres y sin mayor poder el derecho de ejercer control y dominio sobre las mujeres asociadas a ellos. La conexión entre la jerarquía y la violencia impregnó la sociedad colonial, pues afectaba los lugares donde trabajaban los hombres; lugares como talleres, haciendas, obrajes y panaderías, donde la forma normal de disciplinar era con los azotes. Las personas con una infinitésima ventaja jerárquica sobre otras podían ejercer sus “micropoderes” dictando y dominando físicamente los cuerpos de individuos de rango inferior. Es imposible entender las

2 Andrea Cabel García, “La Selvática de La Casa Verde: Más allá de la violencia del estereotipo y del estigma” en *Violencias contra las mujeres: la necesidad de una doble plural*, 367- 390, ed. por Wilson Hernández Breña (Lima: Editorial Grade, 2019), 367-368.

mujeres sin examinar también a los hombres, según argumenta Julia Tuñón, porque están siempre interrelacionados.³ Los hombres, al igual que las mujeres, eran sujetos de la violencia estructural de los regímenes coloniales y, más tarde, de las naciones. Por esta razón es fundamental que examinemos cómo se desarrolló la masculinidad en conjunto con la feminidad, así como la manera en que la masculinidad subalterna fue un vector para el crecimiento de la violencia de género.

Este trabajo nació de una preocupación que, como historiadora, he tenido para estos “momentos de ansiedad” y la forma en la cual parecen moldear las imágenes de género, al igual que las políticas sociales y legales. Se basa en parte en mis investigaciones y publicaciones sobre el género en la colonia y los principios del periodo de posindependencia, pero además en una lectura amplia de los escritos sobre la historia del género en América Latina.⁴ He sido influenciada por muchos investigadores de la región, así como también por teóricos cuyas ideas le dieron forma a la narrativa global de este estudio. A pesar de que el libro de Silvia Federici, *Caliban and the Witch: Women, the Body and Primitive Accumulation*, se enfoca en la Europa cronológicamente previa a mi estudio, sus ideas son centrales para mi trabajo. La escritora bosqueja una trayectoria en donde las europeas fueron cada vez más circunscritas y sujetas al control de sus cuerpos y su capacidad reproductora. Su análisis tan perspicaz provee una entrada para entender tendencias similares en la historia de América Latina, ya que amplía y tal vez modifica la idea de James Scott, en *Domination and the Arts of Resistance*, de los discursos ocultos y públicos. Creo que cuando las mujeres entraron en nuevos papeles y espacios se dio un tipo de ruptura con el pacto social. Como explica Scott, al exteriorizar el discurso oculto, este acto sirve frecuentemente como una chispa para reacciones muy fuertes e intensas.⁵

Sugiero que la conducta femenina correcta era un tipo de discurso público; entonces, cuando las mujeres rompieron con esas normas tradicionales, ellas provocaron “momentos de ansiedad.” Aunque estoy convencida de que los “momentos de ansiedad” son claves para entender el desarrollo de las construcciones de género, las cuales han producido una violencia de género que aumenta cada vez más, también encuentro que las actitudes y los valores producidos en la colonia han perdurado. Pierre Bourdieu nota que, a través del tiempo, las categorías de dominante y dominado se naturalizan en el subconsciente.⁶ El análisis que presento en este trabajo alterna entre este fenómeno de continuidades y los giros agudos que causaron un endurecimiento de los valores y las actitudes durante los “momentos de ansiedad.” La interacción entre estos dos factores provee un marco para entender las bases de la violencia de género en América Latina.

3 Julia Tuñón, “Ensayo introductorio. Problemas y debates en torno a la construcción social y simbólica de los cuerpos”, en *Enjaular los cuerpos: normativas decimonónicas y feminidad en México*, ed. por Julia Tuñón (México: El Colegio de México, 2008), 16.

4 Silvia Federici, *Caliban and the Witch: Women, the Body and Primitive Accumulation* (Brooklyn: Autonomedia, 2009).

5 James C. Scott, *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts* (New Haven: Yale University Press, 1990), 8.

6 Pierre Bourdieu, “Gender and Symbolic Violence” en *Violence in War and Peace*, ed. por Nancy Scheper-Hughes and Philippe Bourgois (Malden, MA: Blackwell, 1990), 339-340.

EL GÉNERO Y LA CONQUISTA

La violencia de género tiene su propia historia. Sus raíces son muy profundas y se pueden rastrear a los primeros encuentros sangrientos entre los pueblos indígenas y los españoles. De acuerdo con Karen Viera Powers, la conquista fue un crisol para las relaciones de género en la región.⁷ No fue un proceso neutro, sino que tomó aspectos de género desde un principio. La masculinidad de los conquistadores asumió aspectos de dominación y hegemonía. Durante las batallas con los aztecas, por ejemplo, en sus cartas al rey, Hernán Cortés se presentaba como un hombre hegemónico que confrontaba a una población indígena, cuya masculinidad era sumisa.⁸ Cortés, al igual que los otros conquistadores, estableció un nuevo patriarcado en la sociedad colonial, pues una parte muy importante de este proceso fue el otorgar tierras, lo cual le dio una imagen de rey. Según Rubén Medina, dicho proceso establecía una nueva forma de masculinidad, una que servía a los objetivos del colonialismo.⁹ La masculinidad de los conquistadores era una de dualidades, ya que no podía existir ni prosperar sin la presencia de hombres conquistados, quienes fueron transformados en seres serviles que, en contraste con los españoles, eran afeminados. Las monarquías europeas concebían a estos últimos como vasallos.

En el contexto colonial, la imagen de un buen sujeto (o vasallo) era la de un indígena, pero además debía ser humilde, pobre, sereno y no demostrar ninguna señal de jerarquía.¹⁰ La masculinidad de la conquista, y después del colonialismo, dice Mrinalini Sinha en el caso de la India, necesitaba estereotipos de género que caracterizaran a los hombres colonizados como afeminados por razones de ideología. Estos estereotipos se transformaron en normas que los colonizadores utilizaron para descartar a los hombres conquistados de puestos de autoridad, es decir, se convirtieron en pruebas de inferioridad.¹¹ La masculinidad hegemónica del periodo de la conquista buscó afeminar a los hombres indígenas y, al hacerlo, les quitó su poder y, consecuentemente, su derrota y conquista fue así justificada ante los ojos de los españoles.

Los hombres no fueron los únicos elegidos como objetivos en las campañas de transformación de los conceptos de género. Numerosas mujeres indígenas fueron víctimas de acoso sexual y violaciones. Estas violaciones empezaron con la primera presencia de los españoles en las Américas: los hombres que acompañaron a Colón en su primer viaje

7 Karen Viera Powers, *The Crucible of Conquest: The Gendered Genesis of Spanish American Society, 1500-1600* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 2005).

8 Rubén Medina, "Masculinidad, Imperio y Modernidad en "Cartas de Relación" de Hernán Cortes," *Hispanic Review* 72, (2004): 473.

9 Medina, "Masculinidad", 474.

10 Alejandro Cañeque, *The King's Living Image; The Culture and Politics of Viceregal Power in Colonial Mexico* (New York: Routledge, 2004), 191.

11 Mrinalini Sinha, *Colonial Masculinity: The 'manly Englishman' and the 'effeminate Bengali' in the late nineteenth century* (Manchester: Manchester University Press, 1995).

atacaron y violaron a las mujeres que encontraron, en especial aquellos que se quedaron en el Caribe cuando la expedición de Colón regresó a Europa.¹² Dichos asaltos fueron esenciales en las campañas bélicas de la primera fase del colonialismo y, posiblemente, formaron parte de una estrategia de dominación. La arqueóloga Suzanne Spencer-Wood argumenta que la violación de las mujeres indígenas era una parte integral de la conquista. Se conectaba con la feminización de los hombres indígenas, quienes fueron mutilados por los soldados españoles al tratar de proteger a las mujeres de sus comunidades.¹³ En 1598, un fraile franciscano escribió que, cuando los soldados españoles hacían la guerra con los indígenas de la cultura Pueblo, ellos gritaban que iban a fornicar con las mujeres indígenas y que solamente así se conquistaban.¹⁴ Las violaciones eran una forma de valorizar la masculinidad española privando a los hombres indígenas de su capacidad de defensa de las mujeres de su alrededor y quitándoles aspectos de su masculinidad. Además, estas simbolizaban la toma de la tierra y las posesiones indígenas. Dicha estrategia de conquista conectaba la masculinidad indígena con los cuerpos femeninos y la capacidad de los europeos de poseer y violar estos cuerpos. Había una intersección entre la masculinidad con la femineidad para crear nuevas identidades de género, que fueron compatibles con la conquista, en un primer lugar, y después con las sociedades coloniales.

El asentamiento temprano de las colonias españolas fue intrínseco a la conquista: los dos periodos no se pueden separar con una línea nítida de demarcación, pues los patrones que caracterizaron el periodo de la conquista todavía estaban presentes en los principios de la colonia. Con los primeros poblados en La Española, los colonizadores mandaron a los hombres indígenas a trabajar en las minas mientras ellos violaban a sus esposas. El capitán Gonzalo de Badajoz forzó al cacique indígena Escoria a pagarle, también le quitó a una de sus hijas y a todas sus esposas para transformarlas en sus víctimas de acoso sexual.¹⁵ Viera Powers comenta que, durante este periodo, las mujeres indígenas sufrieron violaciones en una escala sin precedentes.¹⁶ Estas persecuciones eran simplemente la continuación de un patrón que los españoles acompañantes de Colón empezaron, que continuó a través de las varias conquistas en la región.

Este periodo de masculinidad hegemónica fue acompañado de frecuentes demandas españolas por los recursos de los pueblos indígenas, incluidas las esposas y las hijas de los caciques. Un conquistador, Lázaro de Fonte, fue acusado y condenado por violar a múltiples niñas indígenas, algunas de siete u ocho años. Las narrativas de la conquista están repletas de las bravatas exageradas y la violencia que las acompañó, pero, en realidad, las mujeres indígenas han sido despersonalizadas en estas versiones. Su resistencia y su

12 Esteban Mira Caballos, "Terror, violación y pederastia en la Conquista de América: el caso de Lázaro de Fonte" *Jahrbuch fuer Geschichte Lateinamerikas* 44, n.º 1(2007): 45.

13 Suzanne Spencer-Wood, "Feminist Theorizing of Patriarchal Colonialism, Power Dynamics, and Social Agency Materialized in Colonial Institutions", *International Journal of Historical Archaeology* 20, (2016): 483.

14 Viera Powers, *The Crucible*, 69.

15 Mira Caballos, "Terror, violación", 46.

16 Viera Powers, *The Crucible*, 95.

agenciamiento se han borrado en un proceso de “rechazo etnocéntrico”¹⁷. En los primeros años de la colonia, los españoles mantenían que las relaciones sexuales -con consentimiento o no- fuera del matrimonio no eran pecaminosas con las mujeres indígenas. Esa lógica provenía de una transformación de estas mujeres en objetos¹⁸ (más tarde, utilizaron esta misma lógica con las mujeres esclavizadas). Consecuentemente, durante el inicio de esta época, ellos no tenían impedimentos morales u otros para el acoso sexual de las indígenas, pues esto era una estrategia de dominación política o a veces de reproducción forzada.¹⁹ Francisco de Aguirre, miembro de una de las expediciones de conquista en Chile, fue padre biológico de por lo menos cincuenta niños ilegítimos y proclamó que hacer mestizos no era un pecado, sino un servicio a Dios.²⁰ Algunas de las relaciones interétnicas sí se hicieron sin fuerza.

Con el establecimiento de la sociedad colonial, mujeres y niñas indígenas fueron obligadas a vivir en residencias españolas como sirvientas u objetos sexuales. Alonso de Mesa, miembro de la expedición Pizarro, vivía con seis mujeres indígenas en Cuzco y tuvo por lo menos siete hijos con estas.²¹ Los cuerpos de las indígenas se transformaron en botín de la conquista, además de una estrategia. Estas actitudes transformaron sus cuerpos en objetos, donde ellas eran menos que seres humanos desde el punto de vista de los conquistadores. Dicho modo de pensar tuvo repercusiones más amplias para la forma en la cual se concibió a las mujeres dentro de las sociedades coloniales. En *El laberinto de la soledad*, el filósofo mexicano Octavio Paz comenta que las violaciones de mujeres indígenas fueron una raíz de la identidad mexicana.²² Además, concibe a Malintzin o “La Malinche”, la mujer indígena que sirvió de traductora para Cortés, como traidora a su país; una actitud que le niega agenciamiento como mujer esclavizada y después “regalada” como parte del botín de la victoria, quien logró escapar mediante su ingenio. A diferencia de la mayoría de las mujeres indígenas violadas y convertidas en objetos, Malintzin no solamente se transformó en madre de la nación, sino también en vencedora.²³

Sin embargo, estas desafortunadas mujeres además fueron vilipendiadas por sus contemporáneos. Guaman Poma de Ayala, escritor célebre por su larga relación de la vida a principios de la colonia en Perú, retrata a las violadas como traidoras.²⁴ Si bien Paz se distingue más por sus interpretaciones de la conquista y las violaciones asociadas de las mujeres indígenas, estas actitudes tienen raíces visiblemente profundas. Aunque debemos tener en cuenta a las víctimas, también hubo una transformación más amplia de las identidades de género de mujeres y hombres indígenas, así como en las formas en que se estaba recon-

17 Matthew Restall, “‘He wished it in vain’: Subordination and resistance among Maya women in post-conquest Yucatan”, *Ethnohistory* 42, (1975): 579.

18 Viera Powers, *The Crucible*, 95-96.

19 Gloria González-López, *Secretos de la familia: Incesto y Violencia Sexual en México* (México: Siglo Veintiuno Editores, 2019), 40.

20 Viera Powers, *The Crucible*, 96.

21 Viera Powers, *The Crucible*, 95-96.

22 Octavio Paz, *El laberinto de soledad* (México: Fondo de Cultura Económica, 1959).

23 Clara Sue Kidwell, “Indian Women as Cultural Mediators”, *Ethnohistory* 39, (1992): 99.

24 Viera Powers, *The Crucible*, 696.

ceptualizando a las primeras como objetos y traidoras de la raza. Estos procesos les dieron permiso a los hombres de tratar a las mujeres como cosas, de manera que les negaban el agenciamiento y el control de sus propios cuerpos. Esas ideas y tendencias se hicieron más marcadas en el siguiente periodo.

MODALIDADES DEL GÉNERO COLONIAL

Después de la violencia de las batallas y las conquistas, les siguieron los regímenes coloniales que fueron, superficialmente, pacíficos durante tres siglos. Sin embargo, los patrones tempranos de identidades de género de mujeres y hombres indígenas marcaron las formas en las cuales se fueron construyendo las relaciones de género en las colonias. Dichos patrones transformaron a las mujeres indígenas en “cuerpos disponibles” y afeminaron a los hombres indígenas.²⁵ Era el principio de un proceso de construcción cultural de las mujeres indígenas como “exóticas, sumamente sexual, y causando deseo erótico.”²⁶

En general, las mujeres racializadas, mestizas, mulatas, indígenas, afrodescendientes y africanas se convirtieron en símbolos eróticos durante la época colonial y posteriormente.²⁷ Esta primera fase conectó los cuerpos racializados con la sexualización. Además, no solamente racionalizó la violencia sexual, sino que hizo de la raza una parte de la construcción cultural que justificaba el tratamiento de las mujeres indígenas y africanas como objetos. Los patrones establecidos en el periodo de la conquista formaron y fijaron el tono de las relaciones de género para los siglos que siguieron. Maribel Arreluca afirma que las estadísticas para la violencia de género reflejan las prácticas del siglo XXI, pero los documentos judiciales de la región demuestran “continuidades y rupturas en la larga historia de la violencia.”²⁸

Después de la conquista, las sociedades coloniales fueron construidas encima de las indígenas, pero también se impusieron ciertos valores. Las dos culturas tenían su bagaje cultural, aunque los españoles insistieron en ciertas normas de género, por ejemplo, ellos estaban convencidos de que el género era algo binario. Muchas de las culturas indígenas poseían ideas más complejas en tanto al género, pues lo consideraban como un valor fluido y mudable. Los dioses y las diosas aztecas tenían representaciones masculinas y

25 Maribel Arreluca, “¿Durmiendo con el enemigo? Un estudio exploratorio sobre la violencia, la familia y el matrimonio entre africanos y afrodescendientes. Lima a fines del periodo colonial” en *Violencias contra las mujeres: la necesidad de una doble plural*, ed. por Wilson Hernández Breña (Lima: Editorial Grade, 2019), 436.

26 Spencer-Wood, “Feminist Theorizing,” 478-480 y 483.

27 Noemi Quezada, *Sexualidad, amor y erotismo. México prehispánico y México colonial* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1996), 236.

28 Arreluca, “¿Durmiendo con el enemigo?”, 413.

femeninas.²⁹ Asimismo, en muchas de estas culturas, los jóvenes podían vestirse y actuar como mujeres y comenzaban relaciones sexuales con hombres mayores. Su apariencia no era la única forma de encarnar lo femenino, ya que la complementaban con sus actitudes, papeles y lugar social.³⁰

Las sociedades indígenas operaban bajo un sistema de paralelismo de género, el cual no era igualitario, sino que proporcionaba papeles complementarios a los hombres y las mujeres para la descendencia, el trabajo y las funciones político-religiosas. Estos roles de género influían las formas indígenas de entender los derechos y los papeles de ambos géneros en las sociedades antes de la conquista.³¹ Bajo el mando español, se prohibieron estas fluidedades de género; no obstante, a pesar de unos castigos ejemplares, hubo, en ciertas ocasiones, mucha tolerancia para los individuos que adoptaban sexualidades e identidades de género que desafiaban estas ideas fijas.³² Estas definiciones del género como binario eran las enseñanzas de la iglesia. Los libros confesionarios que guiaban a los sacerdotes demuestran cómo se continuó con las prácticas que fueron proscritas bajo las reglas de la fe y el Estado.³³ Claramente, la mayoría de estas personas se presentaba como fieles que vivían dentro de las normas de género binario, pero hubo algunas desviaciones.

La idea del género como binario fue solamente una de las maneras en las cuales el género fue reformado y dirigido hacia maneras nuevas y más aceptables (para los españoles). Los historiadores han examinado las formas en que las mujeres indígenas fueron relegadas a un estatus secundario y forzadas a dejar atrás la esfera pública. Tradicionalmente, muchas mujeres indígenas ocupaban roles públicos y ejercían ciertos poderes políticos y religiosos; sin embargo, para sobrevivir, ellas tuvieron que esconder estos poderes.³⁴ Ellas fueron confinadas a las esferas privadas, normalmente las domésticas, y estos espacios y su labor se definía como simple, que se hacía sin cualificaciones y, por ende, sin valor.³⁵ Susan Kellogg explica que se esperó de los hombres indígenas el tomar los roles patriarcales y, cuando fallaban y se arriesgaban a la deshonra, era frecuente que fueran arremetidos violentamente.³⁶

29 Pete Sigal, "Imagining Cihuacoatl: Masculine Rituals, Nahua Goddesses and the Texts of the Tlacuilos," *Gender & History* 22, (2010): 538.

30 Richard Trexler, *Sex and Conquest: Gendered Violence, Political Order, and the European Conquest of the Americas* (Ithaca: Cornell University Press, 1995), 66 y 92.

31 Sue Kellogg, "The Woman's Room: Some Aspects of Gender Relations in Tenochtitlan in the late pre-Hispanic Period," *Ethnohistory* 42, (1995): 563-565

32 Serge Gruzinski, "The Ashes of Desire: Homosexuality in Mid-Seventeenth-Century New Spain," en *Infamous Desire: Male Homosexuality in Colonial Latin America*, ed. por Pete Sigal (Chicago: University of Chicago Press, 2003), 210.

33 Noemí Quezada, *Amor, magia amorosa entre los aztecas: Supervivencia en el México colonial* (México: Universidad Nacional Autónoma de México and Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1975), 71; Asunción Lavrin, "Sexuality in Colonial Mexico: A Church Dilemma," en *Sexuality and Marriage in Colonial Latin America*, ed. por Asunción Lavrin (Lincoln: University of Nebraska Press, 1989), 49.

34 Viera Powers, *The Crucible*, 42-43; Irene Silverblatt, *Moon, Sun, and Witches: Gender Ideologies and Class in Inca and Colonial Peru* (Princeton: Princeton University Press, 1987).

35 Spencer-Wood, "Feminist Theorizing," 478.

36 Susan Kellogg, *Weaving the Past: A history of Latin America's Indigenous Women from the Prehispanic Period to the Present* (New York: Oxford University Press, 2005), 74-76.

Evidentemente, las normas de género aprobadas no se quedaron estancadas en los tiempos de la conquista. Estos conceptos no son fijos, sino que cambian a través de los años y se adaptan a las diferencias de rango social y etnicidad. Además, es importante recordar que la sociedad colonial era muy compleja, pues estaba compuesta de muchas etnicidades diferentes, razas y mezclas raciales, dentro de las cuales cada grupo tenía sus jerarquías internas. Por esta razón, nunca había solamente una feminidad y una masculinidad, más bien existían identidades de género que correspondían a los diferentes grupos sociales.

Las formas en las cuales los individuos vivían y ponían en práctica su género eran una actuación, es decir, ellos tenían que presentarse en formas aceptables para los espectadores. Las normas de género fueron impuestas a veces oficialmente y otras veces por la simple fuerza de la comunidad. En la sociedad colonial, el género y la jerarquía se intersecaban, entonces, el actuar el género no era tan simple como el tener una identidad cisgénero, ya que también se debía conformar el lugar del individuo dentro las estructuras sociales.

En consecuencia, los hombres de alto rango tenían ciertos elementos de identidad -un tipo de uniforme- que los posicionaba no solamente como hombres, sino además como hombres con poder y autoridad. Estos hombres tendían a vestirse con ropa muy elaborada, pero, sobre todo, portaban espadas, mientras que los plebeyos portaban (ilegalmente) navajas.³⁷ De esta forma, los hombres actuaban su género conforme a su rango con los atavíos apropiados, aunque también encarnaban su lugar engendrado en la jerarquía con la forma en la cual llevaban sus cuerpos. Los hombres de la élite portaban sus cabezas en alto y sus espaldas rectas; por el contrario, los plebeyos tenían que inclinar sus cabezas, quitarse el sombrero y señalar su subordinación con su lenguaje corporal.³⁸ Dichos actos se convirtieron en “gestos ritualizados” que se hicieron “máscaras” que los hombres usaban cuando salían a las esferas públicas y estaban con personas de más alto rango.³⁹ Según Scott, estas apariencias eran iguales a las máscaras y resultaban necesarias cuando los individuos circulaban entre otros de diferente clase. Sin embargo, esta actuación -utilizar máscaras en público- igualmente creaba y confirmaba las relaciones de dominación.⁴⁰

Aunque los debates sobre la civilidad, las costumbres y las formas en las cuales las normas tenían que actuarse abundaron en siglos previos, las mujeres fueron las que tenían el peso

37 Sonya Lipsett-Rivera, *The Origins of Macho: Men and Masculinity in Colonial Mexico* (Albuquerque: University of New Mexico, 2019), 148; Marie François, “Cloth and Silver: Pawning and Material Life in Mexico City at the Turn of the Nineteenth Century”, *The Americas* 60, (2004): 355; Isabel Cruz de Amenabar, *El traje: Transformaciones de una segunda piel* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1996), 66; Silvia Hunold Lara, “The Signs of Color: Women’s Dress and Racial Relations in Salvador and Rio de Janeiro, ca 1750-1815”, *Colonial Latin American Review* 6, (1997): 212; Antonio Rubial García, *Monjas, cortesanas y plebeyos: La vida cotidiana en la época de Sor Juana* (Mexico City: Taurus, 2005), 85 y 129; Robert Muchembled, *A History of Violence. From the End of the Middle Ages to the Present* (Cambridge: Polity Press, 2012), 21 y 80; Teresa Lozano Armendares, *La criminalidad en la ciudad de México 1800-1821* (Mexico City: Universidad Nacional Autónoma de México, 1987), 101-102

38 Lipsett-Rivera, *The Origins of Macho*, 149-150.

39 Felipe Castro Gutiérrez, *Historia Social de la Real Casa de Moneda de México (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2012)*, 1332-1333.

40 Scott, *Domination*, 10 y 29.

de tener que encarnar estas normas.⁴¹ Se esperaba también que ellas las conformarían a través de su vestimenta, sus adornos y su lenguaje corporal. Los requisitos incluían ropa sobria hecha con textiles ásperos para demostrar un porte recatado con sus cuerpos. Los grados de lujo y sumisión se conectaba al estatus y la etnicidad de las mujeres. Estas reglas fueron codificadas por las autoridades religiosas, pero los criterios se vieron naturalizados y reforzados por las mujeres y los hombres dentro de sus comunidades.⁴² Las mujeres que rechazaron estas reglas, especialmente si eran racializadas, fueron erotizadas.

Thomas Gage, en su relación de viaje del siglo XVII, comenta de las mulatas quebrantaban las reglas jerárquicas y raciales con el porte de perlas u otra joyería y ropa hecha de seda, que estaba ornamentada con encaje de plata y oro. Gage suponía que estas mujeres habían utilizado su poder erótico para “esclavizar las almas al pecado y Satanás” y, automáticamente, se les asignaba el papel de amantes, cortesanas o participantes en el trabajo sexual.⁴³ Sus comentarios representan las formas en las cuales las mujeres racializadas fueron transformadas en objetos y erotizadas. Los modos de actuar su género en formas apropiadas para su estatus y etnicidad fueron aprendidos y, como lo explica Scott, la repetición de estas actuaciones se volvió una conducta automática y, con el tiempo, casi natural, aun si estas “máscaras” no eran de su agrado.⁴⁴ Bourdieu agrega a esta explicación del desarrollo de las “máscaras” que, a través de los años, las personas desarrollan señales muy arraigadas que las hacen actuar de forma “aceptable” cuando están con otras. Ellas responden a señales invisibles, “como por magia”, porque el mundo se ha constituido conforme a estas estructuras de poder simbólicas y de dominación.⁴⁵

Las relaciones de poder en la sociedad colonial eran actuadas cotidianamente, a veces en gestos pequeños como una reverencia muy sutil o quitarse el sombrero, pero, en otras ocasiones, se manifestaban con festividades para honrar los santos o el virrey. A los sujetos coloniales se les recordaba constantemente cuál era su lugar social, pues -mediante las reiteraciones- sus cuerpos habitaban este lugar de memoria. Dichos actos cotidianos y habituales se sumaban, escribe Scott, en una “práctica de dominación” que “cree el discurso oculto”.⁴⁶ Este autor se refiere a las formas en las cuales los dominadores y los dominados relajan la apariencia mientras están con otros de su mismo rango y etnicidad, pero dicho discurso oculto solo se encuentra presente cuando existe el discurso público correspondiente. Este representa una “impresión de conformidad exteriorizada”.⁴⁷ Si bien Scott menciona a las relaciones de poder en general, creo que su idea de los discursos públicos y ocultos puede servir para entender

41 Julia Tuñón, “Ensayo introductorio. Problemas y debates en torno a la construcción social y simbólica de los cuerpos”, en *Enjaular los cuerpos: normativas decimonónicas y feminidad en México*, ed. por Julia Tuñón (México City: El Colegio de México, 2008), 11-66.

42 Sonya Lipsett-Rivera, *Gender and the Negotiation of Daily Life in Mexico, 1750-1856* (Lincoln: University of Nebraska Press, 2012).

43 Thomas Gage, *Thomas Gage's Travels in the New World* (Norman: University of Oklahoma Press, 1648), 68-69.

44 Scott, *Domination*, 29.

45 Bourdieu, “Gender and Symbolic Violence”, 340-341.

46 Scott, *Domination*.

47 Scott, *Domination*, 24.

cómo las relaciones de género funcionaron en las sociedades coloniales y las implicaciones que hubo para periodos tardíos. El género era un elemento de la identidad, la cual, a su vez, era impuesta y actuada. Esta identidad tenía dos caras, una pública y la otra escondida, donde la mayoría portaba “máscaras” de la identidad de género cuando se circulaba en público. Tal cual, con las relaciones de dominio, las identidades de género se convirtieron en algo arraigado y casi automático.

En general, la mayoría actuaba identidades de género apropiadas al estar en compañía y así se mantenía una ilusión de una sociedad con identidades de género “correctas”, pero muchos sabían de gente inconforme: los travestis, los que tenían relaciones sexuales escandalosas y los impúdicos. Aquellos que desobedecían las reglas, de cierta forma, reforzaban la norma porque era claro que estaban afuera de los cánones y los modos de vivir comunes. Esta interpretación de las identidades de género, como normas que eran similares los discursos públicos y ocultos, es importante para mi análisis porque, como dice Scott, cuando el discurso oculto se revela en público, normalmente hay agitación y levantamientos. Considero que en los “momentos de ansiedad” que he planteado ocurrió esta ruptura y se alteraron las formas en las cuales se entendía el género.

EL HONOR Y EL GÉNERO

Desde la década de los sesenta, antropólogos e historiadores han examinado los sistemas de honor del mediterráneo y las formas en las cuales estos fueron diseminados a otras partes del mundo, especialmente en las regiones colonizadas por los españoles y portugueses. El honor estructuraba las vidas, pero también tenía un aspecto muy intenso de género. Este posee dos trazos integrados: el estatus y la virtud. Los individuos que nacieron en familias con rango heredan el honor.⁴⁸ Su estatus dependía de ser parte de un linaje honorable y se confirmaba por el matrimonio de sus padres, que garantizaba la legitimidad del nacimiento. Además, las familias ricas y poderosas podían esconder los “pecadillos” porque vivían detrás de muros y contaban con privacidad.

Ann Twinam demuestra que muchas familias de la élite tuvieron hijos ilegítimos, pero pudieron ocultarlos o regularizarlos.⁴⁹ Estas familias tenían la perspectiva que venía con pertenecer a la nobleza y los más ricos, lo cual puede implicar que el honor estaba reservado para los de la élite, pero los de las clases medias y plebeyas también los consideraban como honorables. Dentro de estos grupos había una jerarquía social. En los barrios o

48 John G. Peristiany, *Honor and Shame: The Values of Mediterranean Society* (Chicago: University of Chicago Press, 1966); John G. Peristiany y Julian Pitt-Rivers, *Honor and Grace in Anthropology* (New York: Cambridge University Press, 1992); José Antonio Maravall, *Poder, Honor y Élite en el siglo XVII* (Madrid: Siglo Veintiuno Editores, 1979).

49 Ann Twinam, *Public Lives, Private secrets: Gender, Honor, Sexuality, and Illegitimacy in Colonial Latin America* (Stanford: Stanford University Press, 1999).

las comunidades, los líderes o los que eran relativamente más prósperos llegaban a un estatus de más honor entre sus iguales.⁵⁰ Los individuos y las familias obtuvieron poder y estatus por considerarse honorables. Ellos hacían de todo para evitar escándalos que podrían manchar sus linajes y utilizaron actos de violencia física y oral amenazando a los que buscaban tachar su reputación.

La otra parte del honor -la virtud- era más fácil de alcanzar. Para los hombres, la reputación de virtuoso se podía lograr con actos de valentía en el combate militar o controlando y asegurando la castidad y los buenos modales de las mujeres de su entorno. Es decir, no se trataba solamente de su esposa y sus hijas, sino también de su madre y cualquiera otra mujer que viviera en su hogar como sirvienta, ya que ellas no debían quebrantar la etiqueta de la buena conducta, pues esto tacharía el honor del jefe de familia. Este aspecto del sistema de honor justificaba el control masculino de los cuerpos femeninos en sus hogares y los actos de violencia que usaban para disciplinar y controlar esas mujeres.

Esta intersección entre los valores del mundo colonial y las formas en las cuales se desarrollaron las identidades de género y la ideología predominante es fundamental para el argumento que despliego en este trabajo. Las mujeres, por ende, tenían virtud y honor cuando mantenían su pureza y castidad. Ellas debían ser irreprochables ante la opinión pública y demostraban su castidad portando ropa encubridora y sobria, manteniendo un lenguaje corporal recatado, quedándose recluidas cuando era posible e interpretando siempre el papel de una mujer honrada.

Estas normas de conducta presentaban muchos problemas, pero el Estado y la iglesia, igualmente, las promovían como un ideal femenino. Especialmente para las mujeres plebeyas no era posible quedarse adentro, pues tenían que salir de casa para trabajar, comprar, recolectar comida, lavar ropa, traer agua, entre otras tareas.⁵¹ A pesar de estas realidades, los hombres frecuentemente las castigaban por no poder alcanzar estos estándares imposibles. Además, ellos obtenían estatus al seducir mujeres, por lo así que atacaban el estatus de otro hombre.

Las ideas que eran el fundamento del honor representaban más que un valor simbólico. Estas afectaban las formas en las cuales interactuaban mujeres y hombres y proveían una justificación para los actos de violencia cuando se disciplinaban a las primeras si no obedecían las reglas de conducta. Tanto hombres como mujeres eran víctimas de esta violencia, pero además resultaban responsables de los actos violentos. A raíz del sistema de honor, se restringía bastante la movilidad de las mujeres y el control de sus propios cuerpos; los esposos, los padres, los hermanos, las madrastras, los vecinos y muchos otros imponían estos estándares con varios medios como el chisme, el encierro y, comúnmente, la violencia.

La violencia masculina era la más frecuente, aunque los hombres también sufrían dentro del sistema de honor: tenían que pelear constantemente por su posición en la jerarquía social y los de bajo rango sufrían de abusos orales y físicos constantes. Mi énfasis en

50 Lipsett-Rivera, *Gender and the Negotiation*, 13.

51 Lipsett-Rivera, *Gender and the Negotiation*.

el sufrimiento masculino puede parecer extraño, pero este padecimiento contribuyó a la creación de la masculinidad subalterna. Además, cuando los hombres plebeyos se sentían oprimidos por todos lados, ellos podían arremeter con los únicos que estaban en una posición más baja dentro de la jerarquía social: las mujeres. Como no tenían mucho control en sus vidas ni poder social, solo podían ejercer sus “micropoderes” con los inferiores sociales.

Así, el sistema de honor creó una estructura social que forzaba a ambos -mujeres y hombres- a adoptar papeles y conductas que no eran siempre de su gusto ni posibles. Después, se los castigaba cuando salían del modelo. Se conformó un sistema de control corporal dirigido hacia las mujeres principalmente y se designó a los hombres como responsables de controlar los cuerpos femenino con actos de violencia. El sistema de honor proporcionó razones para estos actos de violencia hacia las mujeres y el control corporal femenino, los cuales se mantuvieron durante muchos siglos después del fin del colonialismo.

ENCERRANDO A LAS MUJERES

Siguiendo con los primeros años de la colonia, la demografía de estas sociedades empezó a cambiar con la llegada de mujeres europeas para unirse con sus esposos o casarse en las Américas. Los hogares con hijas españolas o mestizas eran más comunes. La presencia femenina, en cierta forma, trajo una normalidad a las relaciones de género, pero, por otro lado, dirigió el enfoque hacia el problema de la violación. Aunque los hombres españoles pudieron justificar la lógica de sus violaciones de mujeres indígenas, no les era tan fácil hacer lo mismo con las europeas. Adicionalmente, la mayor parte de estas mujeres eran parientes. Entonces, esta situación involucró una de las grandes contradicciones del sistema de honor. Una porción de la fanfarronería masculina se generaba seduciendo a las mujeres, pero particularmente a las que “eran” de otro hombre.

Juan Pedro Viqueira Albán afirma que la seducción de mujeres era una fuente de mayor prestigio para los españoles, donde aquellas más difíciles producían el mayor prestigio y, por ello, hubo una moda de intentar seducir a las monjas.⁵² Aparte de la seducción, la violación como instrumento de guerra evolucionó en uno de venganza. En la Argentina colonial, Susan Socolow cuenta que comúnmente los hombres violaban a las esposas de sus enemigos. Esta era una forma de degradar su hombría y honor masculino.⁵³ Para resguardar su estatus como honorables, los padres, los esposos y los hijos tenían que resguardar la castidad de sus parientes femeninos, pero, contradictoriamente, buscaban seducir, y a veces violar, a las mujeres de las familias de los demás. Para resolver esta

52 Juan Pedro Viqueira Albán, *Propriety and Permissiveness in Bourbon Mexico* (Wilmington: Scholarly Resources, 1999), 4.

53 Susan Socolow, “Women and Crime: Buenos Aires, 1757-97”, *Journal of Latin American Studies* 12, (1890): 45 y 46.

contradicción, durante siglos, la solución en el mundo mediterráneo era intentar, lo más posible, de encerrar a las mujeres con una arquitectura que las protegía de las miradas ajenas y mantener reglas sociales que las recluían a la esfera privada.

La transición del periodo de sociedad de conquista al colonialismo coincidió con el florecimiento del concepto de recogimiento. Esta idea salía del pensamiento teológico y fue concebida por el teólogo católico y moralista Francisco de Osuna, quien, en el siglo XVI, promovía el concepto de “interioridad”, o sea, una profunda contemplación espiritual. En 1502, la palabra se utilizaba para describir los edificios o las instituciones que albergaban a los piadosos, quienes vivían juntos en condiciones estrictas y eran austeros para así dedicarse a las prácticas espirituales.⁵⁴ Estas tomaron un matiz de género cuando, en la colonia temprana, algunas instituciones llamadas “recogimientos” o “casas de recogidas” se crearon para albergar a mujeres solas o esposas que se quedaron solas porque sus esposos tuvieron que viajar por fines de negocios, guerra o política.⁵⁵ En la mentalidad del tiempo, las mujeres, según afirman Mónica Ghirardi y Jacqueline Vassallo, necesitaban tutela masculina y no se podían confiar en ellas dentro de la esfera pública; entonces, la lógica del control corporal femenina siempre estaba presente.⁵⁶ Dicho término empezó a asociarse aún más con el género cuando, en 1528, Osuna publicó el libro, Norte de los estados, en el cual utilizó la palabra “recogimiento” específicamente para las mujeres. Así fue como la palabra empezó a tener significados múltiples: uno que se refería a los edificios o instituciones y otro que describía las virtudes femeninas dentro del sistema de honor. Se utilizaba cada vez más como una abreviatura para el encierro femenino, así como sus actitudes espirituales y morales.⁵⁷

En las Américas, los recogimientos tomaron connotaciones raciales porque muchas de las primeras instituciones fueron construidas para las hijas de la nobleza indígena o las niñas mestizas.⁵⁸ Robin Rice señala que “Las mujeres eran una fuente de ansiedad en la sociedad novohispana”.⁵⁹ Aunque en sus inicios los recogimientos estaban conceptualizados para proveer un lugar de protección y seguridad a las mujeres que se quedaron atrás en las campañas militares, estas instituciones empezaron a tener un aspecto punitivo, especialmente para las niñas y las mujeres racializadas alojadas allí. Se castigaba a las mujeres de color con mayor frecuencia y, a finales del siglo XVIII, muchas mujeres preferían ir a la cárcel pública que al recogimiento.⁶⁰ En los recogimientos peruanos, para las niñas

54 Nancy Van Deusen, *Between the Sacred and the Worldly: The Institutional and Cultural Practice of Recogimiento in Colonial Lima* (Stanford: Stanford University Press, 2001), 18.

55 Robin A. Rice, “Recogimientos femeninos en la Nueva España y su papel como cárceles para mujeres marginadas”, *Edad de Oro* 38, (2019): 236; Van Deusen, *Between the Sacred*, 50.

56 Mónica Ghirardi y Jaqueline Vassallo, “El encierro femenino como práctica. Notas para el ejemplo de Córdoba, Argentina, en el contexto de Iberoamérica en los siglos XVIII y XIX”, *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* 14, (2010): 74.

57 Van Deusen, *Between the Sacred*, 21.

58 Lidia Martínez Alcalde, “Recogimientos para mujeres en Lima hasta 1650”, *Hispania sacra* 53, no. 108 (2001): 438; Van Deusen, *Between the Sacred*, 27 y 38.

59 Rice, “Recogimientos femeninos”, 235.

60 Rice, “Recogimientos femeninos”, 237.

mestizas o pobres, el trabajo forzado era la norma, mientras que las niñas nobles eran educadas en el mismo edificio.⁶¹

Aunque las actitudes alrededor de la prostitución eran poco rigurosas en los primeros siglos del colonialismo, los recogimientos aceptaban a las mujeres “arrepentidas” que previamente habían trabajado como prostitutas y ahora buscaban otro sendero.⁶² A finales de la colonia, las autoridades cívicas trataron de imponer una moralidad más estricta y empezaron a recluir a las prostitutas en los recogimientos. Ellas fueron sancionadas severamente con castigos similares a los utilizados en las cárceles o las galeras.⁶³ Esta nueva tendencia vislumbró las formas en las cuales las trabajadoras del sexo serían encerradas en los periodos posteriores. Los recogimientos sirvieron para forzar una reclusión a la esfera privada para las mujeres, pero especialmente para las de color, marginadas y alborotadoras. En sus sentencias, los jueces mandaron a tomar en custodia el cuerpo de estas mujeres.⁶⁴ Cada vez más, estas instituciones fueron empleadas para castigar a las mujeres rebeldes.⁶⁵ A pesar de sus orígenes como refugios, estas instituciones se transformaron en una forma de penalizar la independencia femenina y forzarlas en un encierro corporal estricto.

CASTIGO “RAZONABLE”, GÉNERO Y SISTEMAS DE HONOR

Las ideas que formaron la base del sistema de honor fueron puestas en marcha en modos que afectaron igualmente a las mujeres y los hombres y proporcionaron el fundamento para las nociones relacionadas a los femicidios y feminicidios y la violencia de género presentes en América Latina en la actualidad. Dichas ideas fueron reforzadas por el concepto de disciplina “razonable” dentro de estas sociedades tan profundamente jerarquizadas. Las esposas tenían la obligación de obedecer a sus maridos. Los moralistas como Juan de la Cerda, en el siglo XVI, invocaron los votos matrimoniales que precisaban que las esposas tenían que obedecer y temer sus maridos en la misma forma que obedecían y temían a Dios.⁶⁶ Cuando los esposos divisaban una falta, los valores sociales y las doctrinas

61 Martínez Alcalde, “Recogimientos”, 439 y 441.

62 Rice, “Recogimientos femeninos”, 236; María Dolores Pérez Baltasar, “Orígenes de los recogimientos de mujeres” *Cuadernos de historia moderna y contemporánea* 6, (1985): 33.

63 Pérez Baltasar, “Orígenes de los recogimientos”, 33.

64 Rice, “Recogimientos femeninos”, 246; Ghirardi y Vassallo, “El encierro femenino como práctica”, 79.

65 Miguel Ángel Isais Contreras, “Ley, naturalismo y género: Dicotomías sexuales en torno al delito y la justicia en Guadalajara durante la transición de Independencias”, en *Mujeres insurgentes, mujeres rebeldes*, ed. por Miguel Ángel Isais Contreras, María Candelaria Ochoa Avalos y Jorge Gómez Naredo (Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2015), 238.

66 Juan de la Cerda, *Libro intitulado vida política de todos los estados de mugeres: en el qual dan muy provechosos y Christianos documentos y avisos, para criarse y conservarse debidamente las mugeres en sus estados* (Alcalá de Henares, Casa de Juan Gracián, 1599), 208-208v.

legales los apoyaban en un castigo moderado a sus esposas. Las dificultades surgieron en la definición de castigo templado y en cuándo estas disciplinas se transformaban en crueldad o sevicia. Luis Bustamante Otero señala que la utilización de fuerza por parte de los maridos fue normalizada y se consideraba ideológicamente sana.⁶⁷ Asimismo, la idea de un castigo razonable o templado formaba parte del aparato ideológico más amplio de la sociedad colonial. Se aceptaba que las personas en posiciones sociales de más alto rango tenían el derecho de pegar, de asumir una dominación física de los cuerpos no solamente de sus esposas, sino de las personas esclavizadas. Lo anterior formaba parte de los privilegios que impartían las jerarquías a los hombres dentro de la lógica de la violencia colonial.⁶⁸ Esta naturalización de la violencia de género en las sociedades coloniales la hizo casi invisible.

En la sección que sigue, voy a presentar unos ejemplos de este tipo de violencia, los cuales fueron encontrados en los archivos, principalmente de la Nueva España, y mis investigaciones. Estos ejemplos representan solamente una muestra muy pequeña de los actos de violencia que los hombres coloniales utilizaron para ejercer sus “micropoderes” sobre las mujeres de su entorno. Dichos ejemplos eran las excepciones que fueron denunciadas ante la corte porque parientes, vecinos o hasta las mismas mujeres decidieron que los castigos no eran razonables ni templados. Estos representan un pequeño porcentaje de los actos de violencia, mientras que muchos más, sin duda, no fueron declarados.

En 1803, en el pueblo de Santiago Tepetates, Nueva España, los oficiales indígenas arrestaron a Lázaro Antonio por matar a su esposa María Josefa. La investigación que siguió reveló un hombre cuya crueldad era performativa y bien conocida en la comunidad. Su hija, Manuela, atestiguó que su padre había agarrado a María Josefa por los cabellos y la arrastró afuera de la casa hacia el patio, donde después la mató.⁶⁹ Este acto formaba parte de un patrón. Los testigos, Albino Pablo y Francisca Xaviera, vecinos indígenas, contaron cómo antes Lázaro Antonio había arrastrado a María Josefa al campo, la ató a un árbol y la azotó bárbaramente.⁷⁰ Los esposos utilizaban esta táctica, arrastrar a la mujer imitando a la forma en la cual los oficiales conducían sus disciplinas, para poner en escena su derecho de corregir. Esto significaba que tenían un público aun cuando se aislaban de las miradas, pues los vecinos observaban el acto de arrastrar y consentían la “disciplina” por su no-intervención.⁷¹ Además, el acto de arrastrar a las mujeres fuera de sus casas también era una forma de deshonrarlas, ya que se las desalojaban de su recinto doméstico, un espacio asociado al honor femenino.

67 Luis Bustamante Otero, “Pubertad y elección matrimonial. La ciudad de Lima y la experiencia de la sevicia conyugal en la agonía colonial”, en *Violencias contra las mujeres: la necesidad de una doble plural*, ed. por Wilson Hernández Breña (Lima: Editorial Grade, 2019), 414; Viera Powers, *The Crucible*, 103; Arreluca, “¿Durmiendo con el enemigo?”, 414.

68 Arreluca, “¿Durmiendo con el enemigo?”, 435-436.

69 Archivo General de la Nación (México), Ramo Criminal, vol. 8, exp. 20, fol. 302-356, 1803, Teotihuacan, fol. 308v-309v, 25 abril 1803.

70 Archivo General de la Nación (México), Ramo Criminal, vol. 8, exp. 20, fol. 302-356, 1803, Teotihuacan, fol. 312bis-313, 30 abril 1803; ver también: Archivo General de la Nación (México) Ramo Criminal vol. 278, exp. 7, fol. 239-262, 1796, Xalostoc, para un ejemplo de un esposo que siguió el mismo patrón, pero llevó a su esposa a la barranca.

71 Lipsett-Rivera, *Gender and the Negotiation*, 106, 124-125.

Lázaro Antonio tuvo que responder a cargos por el hecho que había matado a su esposa, es decir, se sobrepasó en la “disciplina.” Su curador hizo una defensa muy común. Don José de Ocampo argumentó que no solamente se debía absolver a Lázaro Antonio porque estaba ebrio en el momento de violencia, sino también por “la colera ó irritación, la que juntamente padeció mi Parte al ver que su Muger se atrevia á levantar la mano para él, faltando con este hecho á la subordinacion que la muger deve al marido”. Siguió diciendo que “dice Sr. S. Agustín que aunque Adán no hubiera pecado siempre la muger havia de estar subordinada al varón”.⁷² Hasta cierto punto, las esposas aceptaban esta lógica. Como lo nota Bourdieu, estas ideas van naturalizándose y se arraigan en las mentes de los dominados.⁷³ Esta lógica y su naturalización estuvieron tan arraigadas en las mentalidades que siguieron después de la Independencia.

En 1856, en el pueblo de Izúcar, México, María Crecencia estaba cocinando -una actividad rutinaria e inocente- cuando su marido empezó a pelear con ella. Ella reconoció que no debía haber levantado una piedra. En la Nueva España y después en México, el acto de levantar una piedra anunciaba un mensaje de violencia.⁷⁴ Ella corrió fuera de la casa para buscar ayuda, pero su marido la agarró y le pegó en la cabeza con un palo. Después, en su testimonio, él afirmó que ella lo había enfurecido con el acto de levantar la piedra. Los oficiales notaron que “María Crecencia provocó la colera de su marido”⁷⁵. Como todos los hombres que fueron acusados de violencia doméstica, Tomás Montellanos explicó su acto de violencia, pues no era necesario negarlo. La corte lo liberó de la cárcel y su único castigo fue pagar los tratamientos médicos para su esposa. Así en la colonia como en los periodos que siguieron, el Estado no tenía interés en castigar los responsables de violencia doméstica. De este modo, el patrón de naturalizar la violencia de género salió de estas prácticas. La negación del derecho de las mujeres de defensa propia y el derecho natural de los hombres de agredir a las mujeres bajo el manto de disciplina no solamente fueron tolerados, sino impulsados.

PATRONES DE VIOLENCIA Y LAS IDENTIDADES

Los patrones de violencia e identidades de género que se crearon en el periodo colonial pueden parecer muy distantes y, aunque trágicos, nada más que una triste memoria. No obstante, estos patrones tuvieron consecuencias duraderas porque produjeron sentidos profundamente arraigados de dominación y control. Bourdieu explica que los humanos que son controlados por medio de la dominación empiezan a ocupar y naturalizar las cate-

72 Archivo General de la Nación (México) Ramo Criminal, vol. 8 exp. 20 fol. 302-356, 1803, fol. 328, 1 Sept. 1804.

73 Bourdieu, “Gender and Symbolic Violence”, 339, 341.

74 Lipsett-Rivera, *Gender and the Negotiation*, 174-175.

75 Archivo Judicial de Puebla, 1856 paquete 3, Izúcar, Tomás Montellanos-heridor de su esposa María Crecencia, (María Crecencia provocó la colera de su marido).

gorías en las cuales fueron colocados. A través del tiempo, estas modalidades se inscriben en el subconsciente y ejercen un poder casi mágico sobre sus cuerpos. Este autor explica que la relación de dominación se imprime en los cuerpos y entra el vocabulario corporal -en este caso, la de la sociedad colonial en América Latina- y, en consecuencia, los individuos empiezan a actuar dentro de estos modelos de poder y sumisión sin ser conscientes de la forma que siguen ciertos modelos. Por eso, hay una violencia simbólica que está afianzada de forma muy penetrante en el tejido social.

Aun cuando los movimientos políticos inauguran cambios sociales y reformas políticas con la intención de liberar los dominados de las restricciones con las que viven, no se puede librar tan fácilmente de estas restricciones y sus formas de ser. Hay una tendencia de preguntarse por qué los dominados (especialmente las mujeres) parecen querer ser dominados. Bourdieu explica que el poder de la dominación está construido adentro de los dominados y no pueden escapararlo con simplicidad.⁷⁶ Frecuentemente, ellos se transforman en cómplices recreando el orden social que los domina. La explicación de Bourdieu nos ayuda a entender porque, en ciertos casos, las mujeres en las colonias latinoamericanas participaron en la dominación de otras mujeres. Se transformaron en parte integral de este sistema en vez de resistirlo.

En los archivos hay muchos ejemplos de solidaridad femenina -vecinas que intervinieron después de oír un fuerte ruido que las alertó de un abuso extremo, mujeres que albergaron a esposas maltratadas, entre otros- pero además hubo mujeres que participaron en el abuso de otras. En 1802, en el pueblo de Ocuyoacan, Nueva España, la suegra de María Tomasa participó activamente en su abuso y dominación. Una noche, cuenta María Tomasa, su marido la desvistió y la amarró a un poste en la casa. Este escenario imitaba la forma en la cual los oficiales castigaban a los criminales, pues el abuso no era simplemente para ocasionar dolor físico, sino también para humillar. Las acciones de su marido no eran hechos aislados, más bien reflejaban las formas masculinas de rebajar a las mujeres. Sin embargo, en esta ocasión, su marido tuvo la asistencia de su madre, quien detuvo a los vecinos que trataron de entrar la casa mientras que su hijo azotaba a su esposa desde la cabeza hasta sus partes públicas.

María Tomasa quedó amarrada y violentada por horas. Durante el tormento, ella gritaba de dolor y le suplicaba a su suegra que se compadeciera de ella.⁷⁷ En su testimonio, María Tomasa elocuentemente observó que su marido expresaba su odio por ella en sus palabras y actos.⁷⁸ La brutalidad de la “disciplina” que suministró el marido de María Tomasa fue extrema, aun para este periodo, pero representa solo un extremo en la gama de actos violentos. Esta parece un presagio de los tipos de brutalidad que solamente han aumentado en la región, así como los patrones de violencia e identidades de género surgidos en América Latina. Además, nos permite entrever las formas en que los dominados se hicieron cómplices de su propia dominación.

76 Bourdieu, “Gender and Symbolic Violence”.

77 Archivo General de la Nación (México) Ramo Criminal, vol. 206, Exp. 20 fol. 236-251, 1802, Tenango del Valle.

78 Archivo General de la Nación (México) Ramo Criminal, vol. 206, Exp. 20 fol. 236-251, 1802, Tenango del Valle.

CATEGORÍAS DE MUJERES

En las doctrinas judiciales de las colonias, ciertas personas entraban en categorías para merecer protecciones. Se entendía que estas necesitaban de dicho auxilio por su bajo rango y falta de competencia. Las mujeres formaban parte de este grupo, pero, además, los sistemas de honor definían a algunas mujeres como más dignas de este amparo. Las que podían cumplir con las expectativas de recogimiento y castidad se clasificaban como mujeres “honestas.” Las esposas, las madres, las monjas y las viudas eran todas consideradas “honestas”, escribe Silvia Arrom, mientras no se les tachara su reputación como virtuosas. A las que se vestían de forma sexualizada no les proporcionaba esta protección.⁷⁹ Las plebeyas, las mujeres esclavizadas y las mujeres racializadas eran comúnmente definidas como “deshonestas” y se suponía que faltaban de moralidad nada más por su estatus. Dentro del sistema colonial, sus cuerpos fueron erotizadas.⁸⁰ En muchas regiones, se sospechaba que las mujeres plebeyas o afrodescendientes eran prostitutas, sexualmente corrompidas, y se les detenía como mujeres “deshonestas.”⁸¹ En consecuencia, aun cuando estas mujeres obedecían las reglas del buen comportamiento del sistema de honor, estas eran comúnmente dejadas fuera de las protecciones que debían tener.

Aunque los códigos legales y las ideologías han cambiado en la región desde la época colonial, estas ideas y las estructuras asociadas infiltraron las nuevas reglas.

Los códigos legales mexicanos decimonónicos protegían a las mujeres castas y honestas y sugerían que las que no caían en estas categorías no merecían protecciones. Tal y como sucedía con las mujeres coloniales, se esperaba que las mujeres decimonónicas fueran pasivas y su castidad se consideraba como “esencial al orden social.”⁸² Ivonne Szasa señala que, en el siglo XIX, el artículo 174 del Código Penal de Jalisco mencionaba que una mujer obtiene su reputación por bien material y conducta moral perteneciente al erotismo. Solamente las mujeres eran definidas por su castidad o su falta de ella.⁸³ Estas nociones tuvieron un impacto concreto en las niñas y las mujeres cuando eran víctimas de violencia, especialmente las agresiones sexuales. Lo anterior resultaba en la ausencia de protecciones legales para ellas y, a veces, una revictimización.

En 1803, en el pueblo de Taxco, Nueva España, Josepha de la Cruz se presentó ante los oficiales para querrellar a Joseph de Leiba por haber violado a Luisa Francisca, su hija de

79 Silvia Arrom, *The Women of Mexico City. 1790-1857* (Stanford: Stanford University Press, 1985), 64.

80 Arreluca, “¿Durmiendo con el enemigo?”, 435-436.

81 Eileen Findlay, “La Raza y lo respetable: Las Políticas de la prostitución y la ciudadanía en Ponce en la última década del siglo XIX”, *Revista del Centro de Investigaciones Históricas* 16, (2005): 101 y 103.

82 Ana M. Alonso, “Love, Sex and Gossip in Mexican Legal Cases from Namiquipa, Chihuahua” en *Decoding Gender: Law and Practice in Contemporary Mexico*, eds. por Helga Baitenmann, Victoria Chenaut y Ann Varley (Rutgers University Press, 2007), 44 y 46.

83 Ivonne Szasz, “Sins, Abnormalities, and Rights: Gender and Sexuality in Mexican Penal Codes” en *Decoding Gender: Law and Practice in Contemporary Mexico*, eds. por Helga Baitenmann, Victoria Chenaut y Ann Varley (Rutgers University Press, 2007), 67.

siete años. Los detalles de este caso son profundamente tristes. Cuando estaba lavando a su hija, Josepha sospechaba algo malo porque descubrió sangre en su ropa. Al preguntarle a Luisa sobre el origen de las manchas, su hija respondió: “Nanita no me azotes que Yo te diré la Verdad.” El domingo previo, ella la había mandado a comprar unas velas al atardecer cuando Luisa encontró a Joseph, quien la agarró por las trenzas y la arrastró a una barranca cercana. Él amenazó que la iba a matar si gritaba. Por su corta edad, la niña solo pudo describir la violación diciendo que la lastimó en las partes pudendas.⁸⁴

Al principio, su corta edad evocó simpatía -era tan joven que todavía tenía un diente de leche-, pero, en su contra, ella era una mulata e ilegítima, dos factores que, a pesar de su juventud e inocencia sexual, fueron utilizados para tacharla. No la podían definir como mujer “honesta.” Esta “evidencia” se fortaleció con la inspección de la matrona partera, quien declaró que, si bien Luisa fue desflorada, su vagina fue lo suficientemente grande para recibir el pene de su violador. Por eso, a pesar de las heridas que sufrió, estas no le causarían la muerte. Luego, el notario mencionó que, en su acto de bautismo, los padres de Luisa eran desconocidos.⁸⁵ La evidencia que recolectaron varios oficiales pintaba una imagen que contrastaba con la de una joven inocente, de manera que empezaron a condenar la víctima.

Por su parte, el curador de Joseph de Leiba invocó el concepto de “malicia”-un término amplio que sugería inmoralidad y artimaña. Continuó diciendo que Luisa era madura para su edad porque nació en un entorno de inmoralidad. De esta forma, ella era un producto “gente de inferior Jerarquía; y es la razón, y mui natural, que desde que abren los ojos a el mundo, no ven, ni oien más, que desonestidades, y obcenidades, aun en sus propios Padres, por lo con natural que son en esta Claze de vivientes la disolución y ningún recato; y como entra este mal ejemplo por los sentidos corporales, sirbe de insentibo a la sensualidad carnal y haze adelantar la naturaleza.”⁸⁶

A pesar de su edad y la violencia que sufrió, los oficiales representaron a Luisa Francisca como una mujer perdida, una mujer del mundo, quien cayó en el pecado de seducir al hombre acusado de violarla. La situación que vivió Luisa demuestra cómo estas definiciones tenían un impacto en las vidas de las niña y mujeres, las cuales, sin tener ninguna culpa, no podían alcanzar las protecciones que existían para las mujeres “honestas.” Además, se expone la manera en que la intersección de las categorías de raza y estatus podían hacerlas aún más vulnerables. Estas ideas, formadas con base en la documentación colonial, no se desvanecieron después de la Independencia. La historiadora Cindy Forster apunta que, en Guatemala, durante el siglo XX, las mujeres violadas con frecuencia fueron presentadas como “mujeres malas”; básicamente, ellas mismas eran las responsables de los asaltos sexuales que habían padecido porque tenían fuertes apetitos

84 Archivo General de la Nación (México), Ramo Criminal, vol. 624 exp. 1, fol. 1-37, 1756, Taxco, fol. 3, fol. 4-5.

85 Archivo General de la Nación (México), Ramo Criminal, vol. 624 exp. 1, fol. 1-37, 1756, Taxco, fol. 7-7v, fol. 7v-8, fol. 9-9v.

86 Archivo General de la Nación (México), Ramo Criminal, vol. 624, exp. 1, fol. 1-37, 1756, Taxco, fol. 26-27v.

sexuales. En muchos casos, el acusado no sufría un castigo, especialmente si su víctima era de un estatus más bajo que él.⁸⁷ Esto representa el seguimiento de la normalización de la violencia sexual que victimizaba a las mujeres.

ESPACIOS PÚBLICOS Y DE GÉNERO

En el código de honor mediterráneo, ciertos espacios se asociaban con diferentes valores, donde el centro era el corazón de todo lo que se consideraba moral y honorable. En las ciudades coloniales latinoamericanas, allí se ubicaba la catedral y las iglesias, los edificios gubernamentales y los palacios y las mansiones de los ricos y honrados. Además de las asociaciones con el honor, los espacios de la ciudad también tuvieron matices de género. A raíz de la idea central del encierro de las mujeres en sus hogares, estos espacios fueron feminizados, mientras que las calles y los espacios públicos, en contraste, se hicieron masculinos. Esta división espacial se reproducía en las nociones acerca del centro de la ciudad y las regiones colindantes, de manera que las calles en las periferias de la ciudad y el campo se consideraban espacios masculinos y sexualizados.

Las asociaciones espaciales ordenaban las formas en las cuales se suponía que las mujeres actuaban y circulaban en la ciudad. Se entendía que las mujeres tenían que encarnar el recogimiento, es decir, un tipo de castidad que se actuaba y encarnaba estando aisladas en la casa o cuando salían a la calle con una capa protectora de ropa o sirvientas. Por ello, la categoría de mujer “honesta” era imposible para las mujeres plebeyas y racializadas, dado que este tipo de conducta no era razonable aquellas que tenían que trabajar, traer agua y comida, lavar ropa, entre muchas otras tareas.⁸⁸ Como lo menciona Federici, el proceso de la pérdida de control de las mujeres sobre sus propios cuerpos consistía en su aislamiento a la esfera privada.⁸⁹ De todos modos, las mujeres que vivían fuera de dichos espacios morales del centro y el hogar fueron, con frecuencia, consideradas inmorales. Estos espacios externos las sexualizaban y, allí, su presencia las transformaba en seres inherentemente inmorales. Estas definiciones espaciales crearon una percepción de que las mujeres tenían que quedarse dentro de ciertos espacios, de manera que, si se encontraban en otros, se consideraban fuera de su lugar y las sexualizaban. Cuando las mujeres se atrevían a salir a los espacios públicos, ellas perdían las protecciones asociadas al ser mujer, tanto en el periodo colonial como en la actualidad.⁹⁰

87 Cindy Forster, “Violent and Violated Women: Justice and Gender in Rural Guatemala, 1936-1956”, *Journal of Women’s History* 11, 3(1999): 61.

88 Lipsett-Rivera, Gender and the Negotiation; Deborah Kanter, *Hijos del Pueblo: Gender, Family, and Community in Rural Mexico, 1730-1850*, (Austin: University of Texas Press, 2008), 47.

89 Federici, *Caliban*, 100.

90 Erika Janos y Agustín Espinosa, “A una señorita no le pasan esas cosas...”: Sexismo y culpabilización de la víctima en comentarios en redes sociales ante una noticia de violencia sexual ocurrida en Lima” en *Violencias contra las mujeres: la necesidad de una doble plural*, ed. por Wilson Hernández Breña (Lima: Editorial Grade, 2019), 144.

En 1799, Severina María Josefa, una niña indígena de más o menos ocho años, salió en un mandado para su madre. Ella fue a encontrar su hermano en la encrucijada ubicada en la periferia del pueblo. Miguel Antonio Lizalde, un arriero, la encontró en este espacio y la violó.⁹¹ En 1811, José María Balderrama encontró a dos niñas en el monte. Al verlos, ellas corrieron, pero él pudo agarrar a una de seis años (sin nombre en el documento) y la violó. El acusado explicó sus acciones echándole la culpa al diablo -una metáfora común para el deseo.⁹² Aunque puede parecer absurdo, estas niñas tan jóvenes, como muchas más, fueron sexualizadas por el simple hecho de estar fuera de su lugar. Los acosos sexuales también ocurrieron en las ciudades donde las mujeres y las niñas fueron arrastradas dentro de casas abandonadas o a los rincones oscuros.⁹³ Cuando las mujeres o las niñas dejaban el encierro de sus casas, sus cuerpos eran sexualizados y vulnerables, pero las plebeyas, quienes no podían confiar en la protección de ser categorizadas como “honestas”, eran doblemente vulnerables.

Los espacios también se alteraban dependiendo si era día o noche, pues este último era igualmente un espacio. Múltiples sociedades le confieren a la noche ciertos valores, por ejemplo, a principios de la edad moderna, se la solía asociar con el diablo, las fiestas salvajes, el erotismo y la inmoralidad.⁹⁴ En la Nueva España, según Antonio Rubial García, las prostitutas salían en la noche y transformaban lugares decentes, como el palacio virreinal y su entorno en la Ciudad de México, en sitios donde las mujeres y los hombres se encontraban en secreto y la gente racializada organizaba bailes considerados obscenos por la gente decente.⁹⁵ En los pequeños pueblos de la Nueva España, los fandangos duraban toda la noche.⁹⁶ Además, se trataba del momento en que las calles colindantes a los conventos se llenaban de parejas teniendo relaciones sexuales.⁹⁷

En la Cartagena colonial, los jóvenes utilizaban el manto de la oscuridad para seducir a las mozas.⁹⁸ Obviamente, los espacios que se categorizaban como morales y seguros durante el día se transformaban por la ausencia de luz. En efecto, la puesta del sol se convirtió en un tipo de toque de queda para las mujeres que querían parecer respetables.⁹⁹ Además, las violaciones eran más comunes en la noche.¹⁰⁰ Estas circunstancias contribu-

91 Archivo General de la Nación (México), Ramo Criminal vol. 28, exp. 1, fol. 1-80, 1799, Teotihuacán.

92 Archivo General de la Nación (México), Ramo Criminal vol. 80, exp. 19, fol. 561-570, 1811, Tulancingo; véase también: Sonya Lipsett-Rivera, “Mira Lo que Hace el Diablo: The Devil in Mexican Popular Culture, 1750-1856”, *The Americas* 59, (2002): 201-219.

93 Véase: Archivo General de la Nación (México) Ramo Inquisición, vol. 1373, exp. 13, fol. 173-223, México, 1792.

94 Lipsett-Rivera, *Gender and the Negotiation*, 130-131.

95 Antonio Rubial García, *La plaza, el palacio y el convento. La ciudad de México en el siglo XVII* (Ciudad de México: Consejo Nacional para la Cultura y el Arte, 1998), 42, 48, 116.

96 Alvaro Ochoa Serrano, *Mitote, fandango y mariacheros* (Zamora: El Colegio de Michoacán, 2000), 31-32.

97 Viquiera Albán, *Propriety*, 100.

98 Nicole Von Germeten, *Violent Delights, Violent Ends: Sex, Race and Honor in Colonial Cartagena de Indias*, (Albuquerque: University of New Mexico Press, 2013), 22.

99 Katie Barclay, “Mapping the Spaces of Seduction: Morality, Gender and the City in Early Nineteenth-Century Britain” en *The Routledge History Handbook of Gender and the Urban Experience*, ed. por Deborah Simonton (London: Routledge, 2017), 112.

100 Carmen Castañeda, “La memoria de las niñas violadas”, *Encuentro* 5, (1984): 44 y 47.

yeron al acoso sexual que padeció doña María Dolores Ximenes. Ella dio el testimonio de que, una noche, la luna dio tanta luz que parecía casi de mañana y, por eso, se encaminó a la misa en el pueblo porque quería comulgar. Llegando a las afueras del pueblo, encontró a dos hombres quienes la abordaron; la arrastraron a un campo amurallado; y le quitaron su ropa, libro de catecismo, reliquiario, escapulario y rosario. Los dos hombres la violaron, le robaron y la dejaron atada.¹⁰¹ La partera confirmó que sus heridas eran graves, su cuerpo tenía señas de que la habían azotado y golpeado y había moretones en sus “partes pudendas.” Se llamó al cura para darle la extremaunción pensando que posiblemente moriría por sus lesiones.¹⁰²

Cuando fueron aprehendidos, los dos acusados no negaron el acoso de doña María, más bien, explicaron que, dadas las horas, razonaron que ella se iba a “putear.” José Barceno atestiguó que le había dicho “que handas haciendo a esta oras.” Juan Bonifacio (alias Eugenio) le preguntó “que aquellas horas iría a putear.” El curador de los acusados puso en duda la versión de doña María arguyendo “que últimamente esta muger fue incauta, que por si misma buscó el peligro.”¹⁰³ A pesar de ser una mujer casada muy piadosa, doña María perdió su estatus como mujer “honesta” porque salió en la noche. Los dos acusados no solamente la violaron, además la golpearon sin lástima, pues creían que una mujer fuera de casa en la noche no tenía derecho a la integridad corporal.

Ciertos espacios asociados con el honor y la moralidad les dieron a las mujeres una falsa sensación de seguridad. En la noche, se debía estar en casa y solamente salir con ropa sobria para presentarle al mundo una imagen de mujer casta y piadosa; estas eran condiciones que supuestamente les avalaban seguridad. Sin embargo, la mayoría de las mujeres no podía quedarse adentro y, aun cuando ellas estaban en los muros protectores de la casa, muchas veces, los hombres invadían sus hogares y cuartos. Aun las más virtuosas y las niñas más jóvenes corrían riesgos.

Según lo describe Marieliv Flores para el Perú del siglo XXI, los espacios públicos han sido legitimados como masculinos, por lo que el acoso callejero de las mujeres se ha normalizado. La idea del honor relega a las mujeres a la casa. Se supone que ellas, cuando salen a la esfera pública, son inmorales o una “mujer pública.”¹⁰⁴ Estas nociones consisten en una continuación de la categorización de las mujeres en honestas y deshonestas, dependiendo de su presencia en los espacios en teoría masculinos. Básicamente, la geografía urbana se torna performativa: al pasar por diferentes espacios, hay valores morales que se adhieren a ellas y sus actividades.¹⁰⁵

101 Archivo General de la Nación (México), Ramo Criminal, vol. 62, exp. 7, fols. 207-244, Tulancingo, 1803, fol. 205v-206v.

102 Archivo General de la Nación (México), Ramo Criminal, vol. 62, exp. 7, fols. 207-244, Tulancingo, 1803, fol. 207-207v.

103 Archivo General de la Nación (México), Ramo Criminal, vol. 62, exp. 7, fols. 207-244, Tulancingo, 1803, fol. 214-215v, fol. 216v-218, fol. 227-228v.

104 Marieliv Flores, “Género y espacio público: El acoso sexual callejero como muestra de hombría” en *Violencias contra las mujeres: la necesidad de una doble plural*, ed. por Wilson Hernández Breña (Lima: Editorial Grade, 2019), 184 y 186; Janos y Espinosa, “A una señorita no le pasan esas cosas...”; 167.

105 Barclay, “Mapping the Spaces”, 104.

CUERPOS FEMENINOS Y EL CONTROL

En el siglo XVI, Fray Francisco de Osuna comparó los votos matrimoniales a la unión física de dos cuerpos; la mujer se hacía parte de la carne de su marido y la pareja se convertía en uno. Esta imagen resulta más siniestra cuando Osuna lleva más lejos la metáfora corporal y argumenta que la esposa debe someterse y obedecer a su marido, porque tal como Cristo es la cabeza de la iglesia, el esposo es la cabeza de la familia.¹⁰⁶ La unión corporal de las parejas no era una fusión de iguales, sino jerárquica. Las mujeres, especialmente si no venían de una casa “decente” y no estaban bajo la protección de un hombre, se consideraban como cuerpos disponibles.¹⁰⁷

Aunque las autoridades eclesiásticas aconsejaron a los hombres a tratar a sus esposas como compañeras, muchas mujeres describían el matrimonio como un tipo de esclavitud.¹⁰⁸ El matrimonio era indisoluble, pero la pareja podía vivir separada con el otorgamiento de un divorcio eclesiástico. En su mayoría, las mujeres eran quienes pedían dicho divorcio eclesiástico. Durante el proceso, la esposa era puesta en “depósito”, de manera que pasaba a vivir en una casa decente y no podía salir con facilidad. Según Arrom, la idea de este “depósito” era proteger a la esposa, pero también servía para controlarlas. Muchos esposos se quejaron de que sus esposas gozaban de demasiado de libertad mientras estaban en “depósito.”¹⁰⁹ En Argentina, este depósito de esposas durante el proceso de divorcio eclesiástico estuvo vigente hasta 1871.¹¹⁰ El matrimonio era solamente una manera en la cual las mujeres podían perder la agencia sobre sus cuerpos. Los hombres buscaban muchas formas de poseer, disciplinar y controlar los cuerpos femeninos.

En los matrimonios al igual que en las parejas que vivían en amasiato, los hombres creían poseer a las mujeres que apoyaban económicamente y con las cuales habían tenido relaciones sexuales. Por ejemplo, José Antonio Bonilla afirmó su derecho de disciplinar y, al final, matar a su pareja, María Josefa Veloz. Un oficial le preguntó: “¿Que dominio ó autoridad tuvo para haberle dado el grito que le dió por su nombre o que convenios tenía y facultad para haberlo echo?”. Ante ello, él respondió que era su amiga (“amasia”) y que la había apoyado económicamente durante dos meses. Otra testigo, Luisa Hernández,

106 Francisco de Osuna, *Norte de los estados en que se da regla de bivar a los mancebos: y a los casados; y a los viudos; y a todos los continentes; y se tratan muy por estenso los remedios del desastrado casamiento; enseñando que tal a de ser la vida del cristiano casado* (Sevilla, sin imprenta, 1531), 90v, 92v.

107 Arreluca, “¿Durmiendo con el enemigo?”, 436.

108 Véase, por ejemplo, doña María Josefa Mijares, Archivo General de la Nación (México), Ramo Judicial, vol. 11, exp. 8, 1816, México; Josefa Mayorga, Archivo General de la Nación (México), Ramo Civil, leg. 92, parte 2, sin número de exp., 1848, Huayacocotla; María Paula Pasaran, Archivo General de la Nación (México), Ramo Bienes Nacionales, leg. 76, exp. 16, 1855, México; Ana Gertrudis, Archivo General de la Nación (México), Ramo Criminal, vol. 207, exp. 13, Fol. 130-147, 1818, Tenango del Valle; doña Rafaela Rodríguez, Archivo General de la Nación (México), Ramo Criminal, vol. 130, exp. 9, fols. 334-482, 1799, Temascaltepec.

109 Arrom, *The Women of Mexico City*, 208, 210-213.

110 Ghirardi and Jaqueline Vassallo, “El encierro femenino como práctica,” 80.

describió una situación algo diferente. Ella dijo que Bonilla le había ordenado a Veloz ir con él y ella respondió “No, no, no” y, por ello, él la acuchilló. El curador de Bonilla describió a Veloz como “una muger provocativa” simplemente porque no obedeció al hombre que afirmaba tener derechos sobre ella.¹¹¹ No solo Bonilla afirmaba su derecho de castigar a una mujer con la quien tuvo una relación muy corta, sino también el derecho de poseerla y matarla. Los casos encontrados en el archivo son probablemente un porcentaje muy pequeño de la totalidad de los actos de violencia doméstica que ocurrieron.¹¹² Sin embargo, queda claro que la sociedad apoyaba el derecho masculino de disciplinar, y a veces matar a sus esposas y “amasias”, pues esta realidad también le convenía al Estado. Por ello, en muy rara vez, los hombres negaban sus actos de violencia de género, más bien los explicaban. Las sentencias eran leves y escasas para la violencia de género o doméstica.

Desde el periodo de la conquista, los hombres utilizaron la violencia sexual en actos de posesión. A veces, estos violaban a las mujeres con quienes querían casarse para forzarlas a entablar una relación. En ciertas ocasiones, se vocalizaba esta estrategia. El padre Manuel Miguel Carillo, después de haber violado a Juana Josefa Díaz, proclamó: “tú eres mi muger y yo tu marido.” Joseph de Leiba, luego del acoso sexual a Luisa Francisca, dijo que “ya él era dueño de sus partes.”¹¹³

Las violaciones tienden a ser crímenes que no se denuncian, pero, en la colonia, la mayoría de dichas denuncias provenían de familias donde la víctima era muy joven. Estas se presentaron porque las niñas eran vírgenes y la violación venía a perjudicar sus posibilidades de casarse, pues ya habían sido desfloradas. Más que un acto de violencia cometido en contra de una niña, los oficiales consideraban la violación como un ataque al honor del padre o la familia.¹¹⁴ Federici anota que, en muchas partes de Europa, las violaciones de mujeres plebeyas eran casi descriminalizadas. Se trataba de una estrategia del Estado para cooptar a los trabajadores masculinos.¹¹⁵ Estas niñas y mujeres jóvenes no poseían realmente sus cuerpos ni su virginidad; estos eran bienes que se pasaban del padre al esposo.

La función reproductiva de las mujeres fue celebrada y respetada en las sociedades coloniales, pero, hasta cierto punto, fue también controlada. De acuerdo con Luis Bustamante Otero, el discurso médico reducía los cuerpos femeninos a las funciones de las relaciones sexuales y la reproducción.¹¹⁶ En la colonia, el aborto y el infanticidio eran ambos prohibidos legalmente y en las enseñanzas de la iglesia, pero, en la práctica, hubo muy pocas denuncias de mujeres y las acusadas con frecuencia eran absueltas.¹¹⁷ En teoría,

111 Archivo General de la Nación (México), Ramo Criminal, vol. 459, exp. 5, fol. 237-283, 1817-1820, Puebla.

112 Arreluca, “¿Durmiendo con el enemigo?”, 413.

113 Citado por Sonya Lipsett-Rivera, “The Intersection of Rape and Marriage in Late-Colonial and Early-National Mexico”, *Colonial Latin American Historical Review* 6, (1997): 559-590.

114 Lipsett-Rivera, “The Intersection of Rape”, 583

115 Federici, *Caliban*, 47.

116 Bustamante Otero, “Pubertad y elección”, 383.

117 Nora Jaffary, *Reproduction and Its Discontents: Childbirth and Contraception from 1750 to 1905* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2016), 88 y 105.

las parteras debían advertir a las mujeres embarazadas en contra de abortar sus fetos y, en secreto, avisarle al cura si tenían dudas de las malas intenciones de sus clientas.¹¹⁸ Por su parte, a los curas se les decretaban que, en el confesionario, debían recordarles a las mujeres embarazadas que podían ser excomulgadas si cometían el pecado del aborto o el infanticidio.¹¹⁹ En 1786, el padre Matías Sánchez publicó una guía de obligaciones para los padres; en ella, citó la violencia en la disciplina y las carencias en comida como causantes de los abortos espontáneos.¹²⁰ A pesar de estas reglas, pocas fueron las mujeres denunciadas ante las autoridades o penadas en este periodo. Es posible que esta disyunción entre la ley y su aplicación fuera por la falta de entendimiento claro sobre las causas de los abortos espontáneos. Algunos pensaban que las mujeres perdían sus fetos por los movimientos de las estrellas o los aires fríos.¹²¹ De todos modos, el aborto era un acto muy privado y, por lo tanto, raramente denunciado y castigado.¹²²

Sin embargo, las sanciones en contra del aborto que existían en el periodo colonial formaron una base utilizada por los dirigentes políticos y religiosos después de la Independencia y, más tarde, cuando las capacidades reproductoras de las mujeres empezaron a considerarse centrales a la nación. Siempre se valoraban las matrices femeninas y su labor de reproducción, pero, después de la Independencia, las mujeres empezaron a perder control de sus cuerpos y funciones de reproductivas. Esta fue una forma más en la cual los cuerpos femeninos entraron en el servicio de los hombres y el Estado. La violencia estructural afectó a todas las mujeres, aunque las plebeyas eran aún más vulnerables a la violencia física. Si bien no se dispensaba a las mujeres de la elite, ellas tenían más protecciones.

LA MASCULINIDAD SUBALTERNA

La vida cotidiana de las mujeres, especialmente de las plebeyas, estuvo marcada por las restricciones y los castigos a los que eran sujetas por parte de los hombres. No obstante, estos mismos hombres formaban parte de la sociedad colonial que les imponía elementos de jerarquía y disciplina. Debido a esto, resulta importante examinar la intersección de la masculinidad con las limitaciones que experimentaban las mujeres todos los días por los

118 Martha Eugenia Rodríguez, “Costumbre y tradiciones en torno al embarazo y al parto en México virreinal”, *Anuario de Estudios Americanos* 57, 2(2000): 501-522.

119 Br. Don Nicolás Simeón de Salazar, *Flores Citlaltapoca. Directorio de Confesores que ofrece a los principiantes y nuevos ministros del Sacramento* (Puebla: Imprenta de la viuda de Miguel de Ortega, 1715), 29 y 30.

120 Padre Matías, *El Padre de familias, Brevemente instruido en sus muchas obligaciones de padre* (Madrid, sin imprenta, 1786), 46 y 47.

121 Rodríguez, “Costumbre y tradiciones”, 515.

122 Fernanda Núñez B, “Imaginario médico y práctica jurídica en torno al aborto durante el último tercio del siglo XIX”, en *Curar, sanar y educar. Enfermedad y sociedad en México, siglos XIX y XX*, ed. por Claudia Agostoni (México: UNAM, 2008), 129.

conceptos de género. En las sociedades coloniales, los hombres y las mujeres igualmente vivían y eran afectados por las jerarquías intrínsecas al colonialismo.

Aunque los hombres solían tener más poderes que las mujeres de su mismo rango, ellos también eran víctimas de la violencia estructural de la sociedad colonial. Estas jerarquías eran políticas, pero implicaban a las familias, los hogares, los trabajos y los escenarios de la vida cotidiana en las cuales ellos transitaban todos los días.¹²³ Examinando un periodo más tardío, David Carey señala que los hombres frecuentemente eran violentos a raíz de las frustraciones que sufrían como resultado de su posición de subordinación. El hogar y la familia eran, en muchas ocasiones, los únicos lugares donde tenían alguna autoridad.¹²⁴ La masculinidad subalterna iniciaba temprano; los niños nacidos en hogares particulares tenían que vivir dentro del orden de edad y someterse a sus mayores. Las familias estaban jerarquizadas con la autoridad centrada en los padres. Esta aceptación temprana de la jerarquía implicaba la aprobación de la sumisión que se debía a los de rango superior, primero en el hogar y después en la sociedad, y el ser castigado por los de más alto rango.¹²⁵

El moralista don Juan de Escoiquiz escribió en su libro sobre la buena conducta de los hombres: “después de Dios no hay obligación más estrecha que la que tenemos a nuestros padres” haciendo muy claro que los niños tenían una obligación casi sagrada a obedecer y respetar los de estatus superior.¹²⁶ Sin embargo, esta deferencia no se aprendía del vacío, sino que los hijos veían al lenguaje corporal sumiso de sus padres: la cabeza rebajada, el quitarse el sombrero y las palabras respetuosas.¹²⁷ Además, algunos niños plebeyos contaron con la suerte de obtener plazas de aprendizaje para formarse en un oficio, pero en este proceso tenían que cambiar la jerarquía de su familia por la del taller, donde el maestro poseía la autoridad de una figura paterna y los otros aprendices con más experiencia y años los podían acosar.¹²⁸ Sus experiencias en los talleres podían ser bastante brutales. El maestro de Juan José Doista, un aprendiz tejedor de seda, lo amarró a un árbol y lo golpeaba continuamente para quebrantarle el espíritu. Él quería hacerlo llorar.¹²⁹

123 Arreluca, “¿Durmiendo con el enemigo?”, 435.

124 David Carey Jr, *I Ask for Justice: Maya Women, Dictators, and Crime in Guatemala, 1898–1944* (Austin: University of Texas Press, 2013), 156 y 163.

125 Laura Shelton, L., *For Tranquility and Order: Family and Community on Mexico's Northern Frontier, 1800-1850* (Tucson: University of Arizona Press, 2010), 55 y 58.

126 Juan Escoiquiz, *Tratado de las Obligaciones del Hombre* (Madrid: Imprenta Real, 1803), 91.

127 Véase, por ejemplo: Miguel López alias Lora, un mestizo, quien, en 1781, en el pueblo de Ayotzingo, desafió a su teniente en muchas formas, incluido en lo simbólico, pues se rehusó a quitarse su sombrero. Archivo General de la Nación (México), Ramo Criminal, vol. 142, fol. 234-248, Ayotzingo (Jur. Chalco), 1781; Joseph Mancera demostró su deferencia pidiendo con su sombrero en la mano, una expresión que se repite numerosas veces en los documentos para comprobar una actitud de respecto. Archivo General de la Nación (México), Tribunal Superior Judicial del Distrito Federal (Colonial) Corregidores, Teniente General de Xochimilco, Serie Criminal, caja 31A, exp. 36ª, Xochimilco, 1766.

128 Manuel Carrera Stampa, *Los gremios mexicanos. La organización gremial en Nueva España, 1521-1861* (México: Ibero Americana de Publicaciones, 1954), 33; Tatiana Seijas, *Asian Slaves in Colonial Mexico: From Chinos to Indians* (New York: Cambridge University Press, 2014), 129; Lyman L. Johnson, *Workshop of Revolution: Plebeian Buenos Aires and the Atlantic World, 1776-1810* (Durham: Duke University Press, 2011), 52.

129 Archivo General de la Nación (México), Tribunal Superior Judicial del Distrito Federal (Colonial)

En la transición a ser hombres, los plebeyos continuamente tenían que demostrar su deferencia y sumisión y, al mismo tiempo, debían aguantar los golpes y azotes, que se consideraban una parte integral de la disciplina. En la Nueva España, los supervisores y oficiales frecuentemente explicaban sus explosiones de violencia como una reacción ante la “malicia” de los trabajadores plebeyos. Esta era una forma de rebajar a los plebeyos y a los hombres y las mujeres racializados. En efecto, los oficiales azotaban y golpeaban a los hombres subalternos en un proceso de afeminación. Ellos explicaban su violencia en la misma manera que lo hacían los esposos que golpeaban o mataban a sus esposas. Por ejemplo, los oficiales mencionaban que estos hombres les respondían, les desobedecían o levantaban la mano para defenderse.¹³⁰ Las jerarquías coloniales se abatieron sobre los hombres plebeyos y les dejaron una salida: la violencia hacia quien eran de rangos sociales aún más bajos.

Las reformas borbónicas del siglo XVIII y los programas políticos asociados crearon nuevas presiones para los hombres plebeyos. En un intento de estimular una mayor productividad, los oficiales españoles abrieron nuevos empleos, hasta en los gremios, a las mujeres a quienes se les podía pagar un sueldo más bajo.¹³¹ Aunque siempre habían trabajado, esta abertura les dio a las mujeres acceso a puestos que, como los de la Real Fábrica de Puros y Cigarros de México, en el pasado, estaban reservados para los hombres.¹³² Los patrones cambiantes del trabajo y el género afectaron los ingresos de los hombres, pero además infringieron en su dignidad. Un trabajo digno lo era aún más cuando se acompañaba de un buen sueldo. Además, las ganancias eran un componente intrínseco en la construcción del patriarcado, ya que una parte sumamente importante de la autoridad que los hombres mantenían sobre sus esposas y “amasias” era ser su única fuente de apoyo económico.¹³³ A finales del siglo XVIII, las mujeres no solo empezaron a acceder a las aulas de las escuelas, sino a trabajos con sueldos; ellas utilizaron estas ganancias para disputar la autoridad de sus maridos.¹³⁴

En el periodo tardío de la colonia, la vida cotidiana estaba marcada por muchas tensiones para los hombres. Se esperaba de ellos unos modales y una forma de ser emocionalmente contenida, además de ser trabajadores sobrios y productivos para el Imperio español. Los que no encajaban en estos moldes, especialmente los plebeyos, eran frecuentemente arrestados por las rondas y acusados de vagancia con sentencias de trabajo forzado en las obras públicas o servicio militar.¹³⁵

Corregidores, Criminal, caja 16b, exp. 87, Ciudad de México, 1791; hasta cierto punto, el maestro confirmó la narrativa, pues dijo que quería hacerlo más dócil. Se enojó porque Juan José simplemente se reía cuando lo regañaba.

130 Lipsett-Rivera, *The Origins of Macho*, 96.

131 Arrom, *The Women*, 26.

132 Susan Deans-Smith, *Bureaucrats, Planters and Workers: The Making of the Tobacco Monopoly in Bourbon Mexico* (Austin: University of Texas Press, 1992), 210.

133 Lipsett-Rivera, *Gender and the Negotiation*, 215.

134 Archivo General de la Nación (México), Ramo Bienes Nacionales, leg. 874, exp. 7, 1833.

135 Eva Mehl, *Forced Migration in the Spanish Pacific World. From Mexico to the Philippines, 1765-1811* (Cambridge: Cambridge University Press, 2016); Stephanie Mawson, “Unruly Plebeians and the *Forzado* System: Convict Transportation between New Spain and the Philippines During the Seventeenth Century”, *Revista de Indias* 73, (2013): 693-730.

Federici menciona que las mujeres europeas trataron de escapar la servidumbre adoptando la vida de vagancia, pero este escape se tornó difícil cuando los controles sociales fueron endurecidos.¹³⁶ A pesar del hecho de que las vidas masculinas eran comparativamente mucho más libres que las de las mujeres, sus experiencias de vida estaban llenas de las contradicciones de tratar de expresar su masculinidad y tener que dominar su enfado, su energía y sus inquietudes. Estos hombres tuvieron que sublimar sus emociones y presentar una imagen aceptable ante el mundo jerárquico latinoamericano. No es sorprendente que muchas veces las esposas temían a sus maridos, ya que se trataba de “una consecuencia directa de la violencia, una violencia estructural que se filtraba por las rendijas de la cotidianeidad, que incluye las vivencias familiares”.¹³⁷

EL GÉNERO Y LA INDEPENDENCIA

Con la independencia vinieron transformaciones políticas en Latinoamérica, así como cambios en los mecanismos sociales y lentamente se modificaron las identidades de género de tanto mujeres como de hombres. Durante las guerras de independencia, las actitudes y los comportamientos prohibidos durante la época colonial se convirtieron en normas y heroísmo. En la colonia, como hemos visto, los hombres tenían que suprimir sus tendencias masculinas agresivas y sublimar sus frustraciones salvo en sus hogares. Al inicio de los conflictos que condujeron a la independencia, estas mismas actitudes fueron útiles para la causa y transformaron a estos hombres agresivos en héroes.

La ruptura con el antiguo régimen dio a luz a nuevos tipos de masculinidad. Según el historiador Eric Van Young, muchos de los soldados insurgentes que siguieron a Hidalgo hubieran sido denunciados como vagos en tiempos previos. Soldados con buena reputación como don Ignacio Sánchez y Chito Villagrán son buenos ejemplos de este nuevo modelo de masculinidad.¹³⁸ En vez de emular los modelos de hombres pacíficos y tranquilos, los hombres, previamente humillados, pudieron vengarse y compensar por sus sentimientos de rabia y violencia reprimidos.

Los insurgentes expresaron sus frustraciones mediante un tipo de inversión social; por ejemplo, cambiaron la dirección de muchos insultos comunes. Previamente eran los españoles quienes atormentaban a la gente indígena llamándola “perro.” En sí, esta palabra era un insulto, pero era también una forma de difamar su masculinidad porque implicaba que eran serviles como los animales domesticados. Durante estas guerras, por lo general, los insurgentes insultaban a los que apoyaban al rey con esta misma palabra y, además, los

136 Federici, *Caliban*, 73 y 74.

137 Bustamante Otero, “Pubertad y elección”, 404.

138 Eric Van Young, *The Other Rebellion. Popular Violence, Ideology and the Mexican Struggle for Independence, 1810-1821* (Stanford: Stanford University Press, 2011), 18, 184 y 344.

agraviaban con términos como “alcahuetes”, “judío” y “coyotes” y amenazaban con cagarse en ellos.¹³⁹ Los soldados plebeyos solían confiscar la ropa y las joyas de los realistas y hacer ostentación de sus nuevos trapos en una forma carnavalesca del mundo al revés.¹⁴⁰

En muchas maneras, las guerras de independencia eran conflictos en que se enfrentaron los diferentes lados de la familia colonial. En tiempos previos, se había percibido al rey como un padre benévolo. Los realistas opinaban que los insurgentes que disputaban la autoridad real le faltaban el respecto a un paterfamilias.¹⁴¹ Por su parte, los rebeldes empezaron a describir al rey como una madrastra. Uno de los líderes insurgentes de Colombia, Antonio Nariño, en otro tipo de afeminación, representó al rey como una madrastra que maltrataba a sus descendientes como extranjeros y sus hijos como esclavos.¹⁴²

En muchos casos, las esposas, hijas y hermanas adoptaron las tendencias políticas de sus maridos, padres y hermanos. Sin embargo, algunas decidieron seguir sus propias conciencias, aun cuando tuvieron que separarse de sus parientes que se adherían al otro lado.¹⁴³ Además, las mujeres cambiaron sus modales, empezaron a participar activamente en la insurgencia o con los realistas. Para ellas, esto implicaban nuevos papeles como espías -una función que empezó a identificarse con las mujeres. Aun cuando no lo hacían, se sospechaba que todas las mujeres eran espías. Otros cargos eran la recolección de dinero para la causa, la fabricación de uniformes y muchos más. Estas acciones rompieron los ideales del recogimiento que habían sido la norma para las mujeres en la colonia.

Por ello, cuando las mujeres empezaron a actuar en la esfera pública, aun cuando desempeñaban tareas mínimas, o ayudaban a hombre que no era de su familia, se las consideraba como radicalizadas.¹⁴⁴ Frecuentemente, ellas escribían cartas en código a sus parientes escondidos en el campo, el monte, o las cárceles, o peleando en las montañas. Las que fueron descubiertas y capturadas resultaron condenadas, a veces, hasta a la muerte.¹⁴⁵ Las mujeres insurgentes pagaron un alto precio para su heroísmo, ya que no estaban protegidas por las ideas del recogimiento o el ser categorizadas como mujeres “honestas.”

En este momento transicional, mientras los insurgentes masculinos fueron aclamados como héroes por sus nuevas formas de agresión masculinas, los papeles novedosos que

139 Van Young, *The Other Rebellion*, 313-315, 450.

140 Van Young, *The Other Rebellion*, 169; Antonieta Ilhui Pacheco Chávez, María, “Rebeldes y transgresores. Entre los murmullos de la insurrección. La intendencia de México, 1810-1814”, *Historia mexicana* 59, no. 1 (2009):332-333, <http://www.jstor.org.proxy.library.carleton.ca/stable/pdf/40285233.pdf>

141 Rebecca Earle, “Rape and the Anxious Republic. Revolutionary Colombia, 1810-1830”, en *Hidden Histories of Gender and the State in Latin America*, eds. por Maxine Molyneux y Elizabeth Dore (Durham: Duke University Press, 2000), 130.

142 Earle, “Rape and the Anxious Republic”, 131; Alberto Baena Zapatero, “La participación de las novohispanas en la guerra de Independencia”, en *Mujeres insurgentes, mujeres rebeldes*, ed. por Miguel Ángel Isais Contreras, María Candelaria Ochoa Avalos y Jorge Gómez Naredo (Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2015), 31.

143 Sarah Chambers, *Families in War and Peace: Chile from Colony to Nation* (Durham: Duke University Press, 2015), 44 y 61.

144 Earle, “Rape and the Anxious Republic”, 129 y 130.

145 Chambers, *Families in War and Peace*, 76-77, 85, 87.

emprendieron las mujeres provocaron una recepción ambigua. Aunque hoy muchas de estas mujeres son consideradas heroínas nacionales, en el momento de las guerras y al principio de las nuevas naciones, sus roles e imágenes fueron percibidos en forma muy equívoca. Por ejemplo, en este periodo, los chilenos describieron a las mujeres involucradas en la lucha para la independencia (independientemente del lado que apoyaban) como ambiciosas, imperiosas y contra natura. Estas mujeres desobedecieron las normas femeninas de la colonia.¹⁴⁶

Por su parte, la prensa revolucionaria describía a las mujeres que apoyaban al antiguo régimen como viejas, feas y demasiado piadosas. Estos autores se burlaban de ellas diciendo que no podrían seducir a cualquier hombre y, entonces, no significaban una amenaza a la causa de la insurgencia.¹⁴⁷ Muchos de los líderes insurgentes representaban a las activistas del movimiento como Amazonas o inocentes. Simón Bolívar se preocupaba de los ataques realistas en las mujeres insurgentes porque las juzgaba excesivamente frágiles.¹⁴⁸ Los nuevos papeles que emprendieron los hombres en la lucha para la independencia fueron aceptados fácilmente, pero, a pesar de la importancia de sus contribuciones, hubo ansiedades exageradas sobre los roles de las mujeres en esta lucha.

La participación de las mujeres en las campañas militares de la insurgencia provocó muchas ansiedades por los peligros que implicaba. Los rebeldes acusaron a los realistas de inmoralidad, de la violación de viudas y vírgenes, con una tendencia para hacer estos acosos sexuales en la iglesia. Acusaban también de que los realistas amenazaban con violar a las monjas en las iglesias.¹⁴⁹ Estas campañas de difamación eran probablemente una forma de mancillar la causa de los realistas. La amenaza de las violaciones consistía en una estrategia retórica vinculada con la creciente ansiedad por las mujeres, especialmente las de la élite, quienes, a causa de las guerras, tuvieron que actuar en formas consideradas en contra de sus naturalezas.

En general, estas creencias les negaron a las mujeres su agenciamiento, ya fuera este a favor de la insurgencia o del rey.¹⁵⁰ Los realistas tenían otras ansiedades relacionadas a las mujeres, pues acusaron a las partidarias de los insurgentes de ser disolutas y carecer de sentimientos naturales hacia la familia.¹⁵¹ Cuando estas se desviaban de las reglas del sistema de honor, la inherente falta de moralidad provocaba otro aspecto de las ansiedades asociado a la participación de las mujeres en las campañas militares. Los líderes de la insurgencia empezaron a preocuparse de los peligros que presentaban las prostitutas que viajaban con sus ejércitos. Esas mujeres implicaban un doble riesgo: primero como víctimas y segundo como manifestaciones de los peligros sexuales. Dicha preocupación era novedosa, ya que la prostitución era aceptada como una parte necesaria de la sociedad durante la colonia. Los jefes insurgentes comenzaron a oír rumores de que las prostitutas

146 Chambers, *Families in War and Peace*, 61.

147 Chambers, *Families in War and Peace*, 90.

148 Earle, "Rape and the Anxious Republic", 133 y 134.

149 Earle, "Rape and the Anxious Republic", 134.

150 Earle, "Rape and the Anxious Republic", 135 y 136.

151 Earle, "Rape and the Anxious Republic", 136.

ofrecían aguardiente con sustancias alucinógenas a los soldados. ¹⁵²La jefatura insurgente apreciaba el apoyo femenino cuando era pasivo, lejos de la frente de batalla; les encantaba el simbolismo de este apoyo mujeril y, por ello, representaron la república con una mujer. Además, la libertad fue retratada como mujer, comúnmente una indígena. Estas imágenes se consideraban dignas, decentes y placenteras.¹⁵³

En este periodo de la historia de América Latina, la población experimentó no solamente guerra, sino también violencia social y cambios profundos. Se estaba revisando las identidades de género y estas transformaciones y alteraciones provocaron ansiedades muy hondas. Cuando las mujeres ejercieron roles inusuales o actuaron en formas que no entraban en los modelos femeninos de antes, ellas voltearon la idea de la nación como pura y moral (en ese entonces, la nación estaba encarnada en la imagen de mujer, por lo que esta relación tomó mucha relevancia). Por ello, este momento representa un muy importante “momento de ansiedad.”

Durante la agitación de la guerra, las mujeres quebraron el sello del discurso oculto y empezaron a actuar en maneras que desafiaron las normas previas de recogimiento y “honestidad.” Más que el acto de entrar a la esfera pública, ellas asumieron y se hicieron cargo de papeles considerados masculinos. Además de romper con las convenciones sociales, sus acciones retaron la mitología de la pasividad femenina y su naturaleza de seres encerrados y contentos de vivir en la esfera doméstica. Al oponerse a estos papeles tradicionales, las mujeres que participaron en las guerras de independencia no solamente provocaron una verdadera ansiedad por su castidad, también interrumpieron el statu quo a tal punto que los hombres comenzaron a revisar sus ideas sobre el género. Sus acciones provocaron un “momento de ansiedad” que los llevó a tratar de reforzar las normas del género y la necesidad de endurecer el control de los cuerpos femeninos.

LA NACIÓN Y EL GÉNERO

Al asegurar su independencia, las nuevas naciones latinoamericanas buscaron esclarecer y fortalecer sus identidades como naciones. Estas utilizaron símbolos que apreciaban sus pasados e invocaban los futuros a las cuales ambicionaban. Las naciones jóvenes necesitaban establecer nuevas identidades y valores. Durante la colonia, el rey estaba en el centro de todo; él era la fuente del honor y la autoridad. El descartar al rey no eliminó la importancia del honor para estas sociedades, más bien este se transmutó junto con las identidades de género. Estas identidades evolucionaron lentamente dentro de un marco que extendía y cambiaba la idea del rey como el padre benévolo de todos. En el siglo XIX,

152 Earle, “Rape and the Anxious Republic”, 137.

153 Earle, “Rape and the Anxious Republic”, 138.

se consideraba la familia como un microcosmos del Estado, de manera que ambas instituciones entraron en una relación mimética con el objetivo de formar ciudadanos ideales.¹⁵⁴

Pertenecer a la nación no representaba lo mismo para los hombres y las mujeres. Para los primeros significaba ser ciudadano, un estado que se lograba con el servicio militar y el ser un buen trabajador. Con estos elementos, los hombres podían esperar un tratamiento de respeto y honra. En las nuevas repúblicas, el ser ciudadano se asociaba con el hecho de que los hombres habían luchado por sus países, pero se borraron las contribuciones de las mujeres para lograr este estado. Según Carmen Ramos Escandón, los discursos legales decimonónicos fueron muy restrictivos para las mujeres, pues se concebía al hombre como ciudadano y a las mujeres como un apéndice del cuerpo masculino, lo que remonta a las metáforas corporales que se utilizaban para describir el matrimonio en la colonia.¹⁵⁵ Además, las concepciones populares asociaban la ciudadanía con el patriarca. Sus parientes femeninos y las solteras, especialmente las que vivían sin un hombre como cabeza de la familia, fueron excluidos.

En Colombia, ciertas mujeres se inclinaron más a la actividad política.¹⁵⁶ Los hombres las describieron como irracionales, aun cuando apoyaban las mismas causas. En una lógica muy rara, los líderes masculinos concluyeron que las mujeres no podían ser ciudadanas porque eran irracionales y, al ser irracionales, tampoco podían entrar en política. No obstante, como lo demuestra James Sanders, las mujeres decimonónicas colombianas trabajaron para las causas políticas de varios partidos. Se decía que ellas se degradaban y se arriesgaban a la corrupción sexual de sus hijas.¹⁵⁷ En las nuevas repúblicas, los ciudadanos no tenían que sufrir castigos humillantes que se asociaban con la era colonial. Previamente, los plebeyos solían ser condenados a la pena de azotes, lo cual ya no era apropiado para un ciudadano. En 1821, Simón Bolívar declaró que esta pena ya no era permitida.¹⁵⁸ A pesar de ello, este manto protector de la ciudadanía no cubría a todos: las mujeres y los esclavos todavía podían ser castigados con azotes y no recibían ninguna protección de la violencia de los paterfamilias.¹⁵⁹

Ser ciudadano significaba ciertos derechos y la posibilidad de considerarse un hombre de honor. Previamente, en el periodo colonial, los hombres heredaban el honor a través de su linaje y rango social.¹⁶⁰ En las naciones, estos factores perdieron importancia en compara-

154 Isabel Cristina Bermúdez, “El ángel del Hogar: una aplicación de la semántica Liberal a las mujeres del Siglo XIX andino”, *Historia y Espacio* 30 (julio, 2008): 11-41; Yolanda De Paz Trueba, “Ser madres y esposas de ciudadanos. Una mirada desde la prensa. El centro y sur bonaerense a finales del siglo XIX y principios del XX”, *Signos Históricos* 11, no. 22 (julio-diciembre, 2009): 52.

155 Carmen Ramos Escandón, “Cuerpos construidos, cuerpos legislados. Ley y cuerpo en el México de “fin de siècle””, en *Enjaular los cuerpos: normativas decimonónicas y feminidad en México*. ed. por Julia Tuñón. (México: El Colegio de México, 2008), 68 y 71.

156 James E. Sanders, ““A Mob of Women” Confront Post-Colonial Republican Politics: How Class, Race, and Partisan Ideology Affected Gendered Political Space in Nineteenth-Century Southwestern Colombia”, *Journal of Women’s History* 20, no. 1 (primavera, 2008): 78.

157 Sanders, ““A Mob of Women”, 67 y 69.

158 Sarah C. Chambers, *From Subjects to Citizens: Honor, Gender, and Politics in Arequipa, Peru. 1780-1854* (University Park: Penn State University Press, 1999), 183 y 199.

159 Chambers, *From Subjects to Citizens*, 199.

160 Chambers, *From Subjects to Citizens*, 185 y 186.

ción con otros como el ser patriota; en otras palabras, ahora era más fácil acumular actos que llevaran al honor. Dicho honor se asociaba con la valentía en el campo de batalla y el servicio militar en general, por lo que esta ruta se abrió principalmente para los hombres. Como hemos visto, las mujeres contribuyeron en formas muy significativas a la lucha para la independencia, pero, una vez concluidas las batallas, dentro del código de valores vigente, se asociaron sus contribuciones con tachas al honor. El involucramiento femenino en lo militar se relacionó con mujeres inmorales y se supuso que tales actividades llevarían a la corrupción moral.¹⁶¹

En Colombia se descartó la participación femenina en la guerra como informal, apolítica y no digna de merecer un reconocimiento que condujera a la ciudadanía.¹⁶² Estas nuevas formas redujeron las maneras en las cuales las mujeres podían afirmar su honor, especialmente si eran pobres, lo cual resultó en un aislamiento de sus derechos y el estatus de ciudadanas. Las mujeres racializadas colombianas, tratando de ganarse la vida, utilizaron el lenguaje de ciudadanía en sus peticiones al gobierno, pero sus solicitudes fueron descartadas. Por el contrario, las actividades políticas de las esposas de los ciudadanos prósperos se toleraban porque, hasta cierto punto, estas acciones entraron en el ramo de la caridad, entonces se concebían como una extensión natural de su lugar social.¹⁶³

Las ansiedades que surgieron durante las guerras -y que conectaron a las mujeres con la violación- continuaron y se alteraron. La forma en la cual se concebía la violación como crimen también empezó a cambiar. En la colonia, este era un crimen que le impedía a una doncella casarse porque había sido desflorada y, además, se presentaba en las cortes como un crimen en contra de la familia, aunque principalmente atacaba el honor del padre. Después de la independencia, y posiblemente a raíz de las ansiedades sobre las violaciones en la guerra, las actitudes oficiales cambiaron y se empezó a considerar la violación como un crimen en contra del orden público y, en consecuencia, un crimen contra el Estado.¹⁶⁴ Esta modificación fue parte de los cambios en las metáforas utilizadas para concebir la nación, ya no había un rey como padre, la constitución no era igual a la un padre benévolo, pero la nación, aunque se representaba con una mujer, era una figura paterna. Los violadores, entonces, faltaban el respecto a la nación y merecían penas severas.¹⁶⁵

Las identidades de género se estaban transformando en incrementos sutiles, pero muy significativos en las nuevas naciones latinoamericanas. Desde la colonia, se juzgaban a las mujeres por su castidad, pues esto era parte del sistema de honor importado por los españoles y los portugueses. Sin embargo, antes de la independencia, la aplicación de estas reglas de honor no era tan rigurosa. En las nuevas repúblicas, las mujeres se consideraban no solamente por su castidad, sino también por sus virtudes domésticas y las formas en las

161 Chambers, *From Subjects to Citizens*, 208.

162 Sanders, "A Mob of Women", 76.

163 Sanders, "A Mob of Women", 72 y 75.

164 Sonya Lipsett-Rivera, "The Intersection of Rape and Marriage in Late-Colonial and Early-National Mexico", *Colonial Latin American Historical Review* 6, (1997): 585.

165 Lipsett-Rivera, "The Intersection of Rape and Marriage", 585; Chambers, *From Subjects to Citizens*, 201 y 202

cuales desplegaban estas virtudes para el bien común. En otras palabras, se esperaba que las mujeres se portaran como madres de la nación.¹⁶⁶ Aun en países con divisiones políticas muy hondas, los liberales y los conservadores estaban de acuerdo en que el papel social de la mujer era ser una madre republicana¹⁶⁷ y, por ello, las escuelas enseñaron el nuevo concepto de “maternidad republicana”.¹⁶⁸ En Colombia, un periódico conservador acusó a las mujeres políticamente activas asociadas con el partido liberal de cometer más crímenes que los bandidos y de depravar su misión angelical de la paz y la caridad.¹⁶⁹ Es claro que estas mujeres no alcanzaron la expectativa de la maternidad republicana. Asimismo, durante este periodo, las autoridades chilenas empezaron a preocuparse de la vagancia en la población femenina; las vagas se conceptualizaron como solteras, ebrias e inmorales.¹⁷⁰

Dentro estos conceptos novedosos, la nación debía ser un espacio de moralidad dentro del cual las mujeres tenían que estar a la altura de la reciente expectativa de la maternidad republicana. No obstante, sus derechos no fueron expandidos en el nuevo sistema como sí ocurrió con los de los hombres. Al no poder reclamar la ciudadanía¹⁷¹, ellas recurrían al lenguaje de la domesticidad cuando exigían sus derechos como madres en la corte.¹⁷² A diferencia de los hombres, quienes tenían la posibilidad de demandar sus derechos como ciudadanos con el servicio militar o el ser buen trabajador, estos sentidos eran cerrados para las mujeres. Ni su trabajo ni su servicio a la nación fueron valorados por los nuevos gobiernos.¹⁷³

A pesar de estos obstáculos, las mujeres de la élite siguieron sus esfuerzos por asegurar una participación en el proceso político. Cuando actuaban dentro de sus responsabilidades tradicionales, como las obras de caridad, la organización de celebraciones religiosas y su asociación con la enseñanza y las escuelas, se toleraban estos proyectos de las damas conservadoras.¹⁷⁴ En un patrón muy similar a las reacciones durante las guerras de independencia, los hombres insultaban a las mujeres (especialmente si pertenecían al partido opuesto) llamándolas viejas, feas y excesivamente piadosas.¹⁷⁵ El consenso social era que, cuando las mujeres salían de sus recintos domésticos para participar en materias políticas, ellas estaban expuestas a peligros e influencias nefastas que podían perjudicar a sus niños inocentes. Por ello, si se atrevían a asumir estos papeles, las acusaban de irracionales.¹⁷⁶ A pesar de sus contribuciones y el gran valor que se le atribuía a la maternidad republicana, su supuesta falta de racionalidad era un obstáculo para su acceso a la ciudadanía.

166 Chambers, *From Subjects to Citizens*, 200.

167 Sanders, ““A Mob of Women”, 72.

168 Chambers, *From Subjects to Citizens*, 201.

169 Sanders, ““A Mob of Women”, 70.

170 Claudia Araya Ibacache, “La Construcción de una imagen femenina a través del discurso medico ilustrado. Chile en el siglo XIX”, *Revista Historia* 39, no. 1 (enero-junio, 2006): 5-9.

171 Chambers, *From Subjects to Citizens*, 204.

172 Chambers, *From Subjects to Citizens*, 205 y 206; Sanders, ““A Mob of Women”, 76.

173 Chambers, *From Subjects to Citizens*, 207.

174 Sanders, ““A Mob of Women”, 66.

175 Sanders, ““A Mob of Women”.

176 Sanders, ““A Mob of Women”, 69.

Los procesos y la lógica que adoptaron las nuevas repúblicas tuvieron muchos elementos contradictorios. Mientras que el Estado, como el paterfamilias de la nación, reclamó el papel de protector de las jóvenes violadas, este era ciego ante la violencia doméstica que padecían las esposas y “amasias”. Aunque las naciones fueron concebidas bajo ciertos ideales y se suponía que serían espacios de una nueva moralidad, las mujeres fueron quienes soportaron la mayor carga y, así, la sexualidad femenina se convirtió en una amenaza a la patria y el orden público.¹⁷⁷ Este cambio de actitudes perjudicó a las mujeres, las cuales, en las palabras de Federici, tuvieron que poner sus matrices al servicio del Estado.¹⁷⁸

En México, como lo demuestra Nora Jaffary, no solamente hubo una obsesión con los hímenes distinguidos de las mexicanas (que eran muy especiales), sino que también se crearon leyes y penas estrictas que prohibieron el aborto, los anticonceptivos y el infanticidio.¹⁷⁹ El principio de controlar las capacidades reproductivas de las mujeres no era algo nuevo, pues en la época colonial ya existían leyes en contra de estos actos. Sin embargo, estas leyes raramente fueron aplicadas y, por lo general, las sentencias emitidas por las cortes a las mujeres enjuiciadas fueron leves. Este cambio representó un endurecimiento en las actitudes hacia las mujeres, el cual fue provocado por el periodo de guerras, cuando ellas dejaron atrás su encierro en gestos muy públicos y abiertos y asumieron papeles que, en la opinión de muchos, pertenecían a los hombres.

PATRIOTAS Y PROSTITUTAS

La contribución masculina a la independencia fue celebrada y reconocida en muchas formas diferentes. En las ciudades latinoamericanas, las calles les recuerdan a los que están transitando sus héroes patrióticos y fechas históricas.¹⁸⁰ En Chile, los oficiales cambiaron el nombre de las calles que tenían “del rey” por algo más republicano y la ciudad de Monterrey fue renombrada como Monte Patria.¹⁸¹ Los oficiales cívicos reconocieron que tenían que cambiar los espacios públicos para fortalecer el patriotismo. Así lo hicieron con los nombres de las calles, pero también con las esculturas de hombres ilustres presentes en lugares estratégicos de las ciudades. En los aniversarios de los momentos heroicos o los cumpleaños de los héroes se organizaban pequeñas

177 Chambers, *From Subjects to Citizens*, 212.

178 Federici, *Caliban*, 89.

179 Jaffary, *Reproduction and Its Discontents*.

180 Barbara Tenenbaum, “Streetwise History: The Paseo de la Reforma and the Porfirian State, 1876-1910”, en *Rituals of Rule, Rituals of Resistance: Public Celebrations and Popular Culture in Mexico*, ed. por William Beezley, Cheryl Martin y William French (Wilmington (Del): Scholarly Resources Press, 1994); Rebecca Earle, R., “Sobre Héroes y Tumbas: National Symbols in Nineteenth-Century Spanish America”, *Hispanic American Historical Review* 85, (2005): 376.

181 Milton Godoy Orellana, “Fiestas, construcción de estado nacional y resignificación del espacio público en Chile: Norte Chico, 1800 - 1840”, *Cuadernos de Historia* 37, (diciembre, 2012): 51-73.

ceremonias frente a estas esculturas con las bandas militares, los discursos de políticos, un público de jóvenes alumnos y la presentación de ofrendas florales. A lo largo del siglo XIX, estos lugares se transformaron en arcos del triunfo figurativos, donde los soldados heroicos llegaban en sus desfiles para señalar sus victorias.¹⁸²

Esta geografía de lugares cívicos era, por naturaleza, muy masculina. La lucha por la independencia se conmemoraba con sus héroes, no sus heroínas. Por ejemplo, durante este periodo, el Paseo de la Reforma en la Ciudad de México se transformó paulatinamente en un museo de aire libre de los hombres ilustres con la constante rememoración de sus proezas. Los mexicanos podían pasear por dicha avenida para acordarse de esta historia masculina y, en contraste, la única imagen femenina era la escultura de Diana la cazadora -una figura mítica cuya representación desnuda causó un enorme escándalo.¹⁸³ El propósito de estas esculturas y otros tipos de arte público era estimular las identidades nacionales.¹⁸⁴

En las décadas después de sus triunfos, las nuevas republicas comenzaron a reinventar las ceremonias públicas: los festivales y las procesiones, que antes fortalecían la legitimidad del rey y el peso de la Iglesia, fueron lentamente reciclados para honrar las recientes constituciones.¹⁸⁵ Las autoridades cívicas organizaron desfiles y festivales para conmemorar los momentos más importantes de la historia reciente de estos países y, en los primeros años, utilizaron símbolos asociados con el pasado indígena. Sin embargo, con la consolidación de las naciones, el simbolismo indígena desapareció en muchos países. En Colombia, por ejemplo, al principio, una princesa indígena que representaba la libertad sirvió para personificar la nación. Con la madurez de la nación, esta fue reemplazada por una mujer vestida de toga que simbolizaba la república.¹⁸⁶ Aunque estos desfiles evocaban muchos elementos de las procesiones coloniales, se integraron elementos militares como el toque de diana.¹⁸⁷ Los sonidos de estas nuevas celebraciones contrastaban simbólicamente lo nuevo con lo viejo cuando las campanas de las iglesias se mezclaban con el ruido de las trompetas.¹⁸⁸

No obstante, el elemento más importante de todas las celebraciones era la conmemoración de los hombres caídos, las víctimas que se sacrificaron por la nación.¹⁸⁹ En la transición de colonias a repúblicas, tanto políticos como intelectuales reconocieron la importancia de crear memorias de las guerras y los héroes. Dentro de este contexto, aunque la figura de Simón Bolívar fue controvertida, la república colombiana la adoptó como símbolo de su

182 Orellana, "Fiestas".

183 Claire F. Fox, "“Lo clásico de México moderno”: Exhibiting the Female Body in Post-revolutionary Mexico." *Studies*, *Latin American Popular Culture* 20, (2001): 5.

184 Fox, "“Lo clásico de México moderno”, 15.

185 Chambers, *From Subjects to Citizens*, 181.

186 Earle, "Rape and the Anxious Republic", 377 y 394.

187 Flor de María Salazar Mendoza, "Vestigios novohispanos en la formación de un Estado nacional. Celebraciones cívicas en San Luis Potosí, México, en la década de 1820", *Fronteras de la Historia* 20, (2015): 174-199.

188 Orellana, "Fiestas".

189 Salazar Mendoza, "Vestigios novohispanos".

liberación.¹⁹⁰ Las contribuciones masculinas fueron alabados con mucha fanfarria. Además de ser héroes patrios, estos hombres se convirtieron en héroes de su entorno doméstico.¹⁹¹

Se puede ver un ejemplo de las formas en las cuales los hombres y las mujeres fueron celebrados distintamente por sus contribuciones a la independencia con los elogios hacia Simón Bolívar en contraste con el trato que se le dio a Manuela Sáenz. Durante las guerras, Sáenz desempeñó muchos papeles apoyando la lucha, algunos eran administrativos y otros más activos. Ella salvó la vida de Bolívar cuando unos asesinos entraron a su casa para matarlo. A pesar de estas contribuciones indudables, los historiadores decimonónicos, en gran parte, la borraron de las narrativas de la historia y, cuando la mencionan, la presentan como mala influencia en Bolívar. Los historiadores la critican por entrometerse en cosas masculinas como la política y por vestirse con uniforme de soldado. Un escritor peruano la describió como un mujer-hombre que había renunciado a su naturaleza femenina.¹⁹² Sáenz no cumplía con los requisitos para ser un héroe patriótico por su sexo, pero, además, porque rechazó la castidad que todavía se suponía que debían practicar las mujeres. En contraste, las muchas relaciones sexuales de Bolívar de ninguna manera le impidieron su acenso al estatus de padre de la nación.¹⁹³ Este ejemplo encarna los contrastes en las formas en que las contribuciones de los hombres y las mujeres fueron consideradas e integradas a la sociedad republicana. La participación femenina y su heroísmo fue invisibilizado a medida que sus identidades de género se tornaron más restrictivas.

Mientras que los hombres fueron alabados y honrados con el estatus de ciudadano, las fronteras del mundo femenino se hacían aún más limitadas. A pesar de las esperanzas de los líderes republicanos, la prosperidad económica no se hizo realidad para la mayoría de sus poblaciones. Las madres solteras y los hogares dirigidos por mujeres eran extremadamente vulnerables porque el concepto prevalente de la mujer como “ángel del hogar” dificultaba el encontrar trabajo fuera de la casa y el mantener la reputación de mujer “honesta”.¹⁹⁴ En Argentina, a principios del siglo XIX, los agentes de la policía arrestaban a las mujeres en la calle acusándolas de vagancia. Había un consenso social de que las mujeres pobres, y especialmente las solteras, eran inmorales y escandalosas y, por ello, estas eran mandadas a trabajar en fábricas o como sirvientas en casas “decentes.” Estas prácticas fueron presentadas como una reforma que les proveía de un nuevo paterfamilias.¹⁹⁵ Asimismo, las mujeres independientes y las que se emborrachaban -ambas consi-

190 Raúl Román Romero y Vanessa Niño de Villeros, “Los Relatos de la independencia. La Invención de los héroes y de una memoria histórica en la primera mitad del siglo XX colombiano”, *Cuadernos de Historia* 43, (diciembre, 2015): 7-30.

191 Agradezco a Mariana Di Stefano por compartir esta observación.

192 Pamela S. Murray, “‘Loca’ or ‘Libertadora’? Manuela Saenz in the Eyes of History and Historians, 1900-c.1990”, *Journal of Latin American Studies* 33, (2001): 291-311.

193 Erin O’Connor, *Mothers Making Latin America: Gender, Households, and Politics Since 1825* (Malden, MA: Wiley Blackwell, 2014), 25 y 26.

194 Bermúdez, “El ángel del Hogar”.

195 Donna J. Guy, “Lower Class Families, Women and the Law in Nineteenth-Century Argentina”, *Journal of Family History* 10, (1985): 318-331.

deradas vagas- se transformaron en un problema urgente para el bienestar de la nación,¹⁹⁶ pues eran “contra natura” y, debido a esto, no merecían protección, sino castigos.

La vagancia femenina se asociaba con la prostitución, un empleo que incrementó de manera drástica en las ciudades latinoamericanas a los principios del siglo XIX. A inicios de este siglo, los hogares encabezados por mujeres dominaron en las poblaciones de América Latina. En Caracas, Santiago, Sao Paulo, Belo Horizonte (Bahía) y la Ciudad de México, el porcentaje de estos hogares en relación con la totalidad de la población variaba desde el 24 % hasta el 45 %. La mayoría de las mujeres que encabezaban un hogar eran viudas o esposas abandonadas. Es posible que el nivel de mujeres trabajando en prostitución fuera más alto que en épocas previas.

Donna Guy calcula que, en 1868, el 5 % de la población femenina adulta en Buenos Aires trabajaba en la prostitución.¹⁹⁷ En Cuba, las mujeres solo podían encontrar trabajos con muy bajos sueldos y esta situación laboral empeoró cuando, con la abolición de la esclavitud, el mercado laboral fue inundado. Muchas mujeres afrocubanas no pudieron hallar trabajos con sueldo y los aquellos disponibles tenían remuneraciones minúsculas. En consecuencia, más cubanas recurrieron al trabajo sexual que anteriormente.¹⁹⁸ En Colombia, se asoció el auge de la prostitución con la urbanización y las grandes migraciones de mujeres vulnerables del campo a las ciudades.¹⁹⁹ Algunas encontraron puestos de sirvientas, pero estos trabajos implicaban un alto riesgo de seducciones o acoso sexual por parte del jefe de familia o sus hijos.²⁰⁰ En el campo, la situación laboral era similar, aunque era aún más difícil para las mujeres encontrar un trabajo con sueldo en el mundo agrario y, sin un hombre para sostener la familia, muchas tuvieron que recurrir al trabajo sexual.²⁰¹

A pesar del concepto del espacio moral de la república, numerosas mujeres se encontraron en situaciones de pobreza. Como lo nota Federici, tanto el aislamiento femenino en recintos domésticos como las restricciones que padecieron para encontrar trabajos con buenos sueldos provocó una crisis para muchas. El resultado fue que las mujeres en grandes números tuvieron que buscar formas de ganar dinero y esto produjo lo que Federici llama la “masificación” de la prostitución femenina.²⁰² Las mujeres pobres argentinas del siglo XIX tardío proveen un buen ejemplo de este fenómeno. Ellas utilizaron el trabajo sexual como ocupación principal o simplemente para llegar al fin de mes.²⁰³ Este aumento de la prostitución resultó en un incremento en la ansiedad y la histeria respecto

196 Araya Ibacache, “La Construcción”.

197 Donna J. Guy, *Sex and Danger in Buenos Aires: Prostitution, Family, and Nation in Argentina* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1990), 43.

198 Beatriz Calvo Peña, “Prensa, política y prostitución en la Habana finisecular: El caso de ‘la Cebolla’ y la Polémica de las meretrices”, *Cuban Studies* 36, (2005): 30.

199 Diana Obregón, “Médicos, prostitución y enfermedades venéreas en Colombia (1886-1951)”, *História, ciências, saúde—Manguinhos* 9, (2002): 164.

200 Obregón, “Médicos”, 167.

201 Guy, *Sex and Danger*, 40.

202 Federici, *Caliban*, 92.

203 Guy, “Lower Class Families”, 326 y 327.

a las mujeres y especialmente a sus cuerpos. El miedo que se asoció con el aumento exponencial en la prostitución contribuyó a su proceso de transformación en objetos simbólicos. Esto les dio a los hombres permiso de dominarlas e incrementó su sentido de licencia para las agresiones hacia ellas.²⁰⁴

A raíz de los cambios económicos y las dificultades que experimentaron, numerosas mujeres pobres tuvieron que salir de sus recintos domésticos para trabajar como prostitutas. El aumento drástico en este número de mujeres provocó un fuerte momento de ansiedad en la segunda mitad del siglo XIX. Además, la presencia innegable de tantas mujeres en los espacios públicos causó un tipo de ruptura.

Siguiendo la lógica de Scott, este fenómeno corresponde con romper con el discurso oculto. Las reacciones sociales y políticas ante esta situación fueron dramáticas: en combinación con la reformulación de las identidades de género, las clases políticas instauraron una penalización severa a la prostitución cortando con las actitudes muy relajadas de los siglos pasados. El aumento del control policial estuvo acompañado de un crecimiento del control médico con la introducción de las ideas respecto a la eugenesia y la salud pública. Se multiplicaron las formas de castigar a las mujeres y, cuando salían de sus casas a las calles, se las sancionaba cada vez más si no conformaban con el modelo femenino del “ángel del hogar.” En esta etapa, las actitudes hacia ellas se endurecieron, especialmente para aquellas que no podían o no querían comportarse dentro de los parámetros del modelo de una mujer decente. Estas tendencias justificaron el aumento de control de los cuerpos femeninos y la penalización de las mujeres que se resistían a este control.

Este momento de ansiedad casualmente coincidió con el desarrollo de nuevas perspectivas médicas. En teoría, los profesionales que trabajaban en los campos de la eugenesia y la salud pública operaban estrictamente dentro de unas normas profesionales y científicas. Sin embargo, sus proyectos estuvieron teñidos de desaprobación y, conscientemente o no, buscaban controlar a los cuerpos femeninos.

De esta forma, las campañas para monitorear la prostitución y los cuerpos femeninos fueron construidas en dos ramas. En una primera estrategia, los reformistas trataron de controlar a las trabajadoras de sexo con reglas y restricciones burocráticas. Los gobiernos municipales experimentaron con varias estrategias diferentes. Muchas ciudades crearon prostíbulos oficiales con una madama a cargo del buen comportamiento de las prostitutas. En Guatemala, se obligaba a las trabajadoras sexuales a ejercer su trabajo en un burdel²⁰⁵, mientras que, en Colombia, los oficiales trataron de aislar este oficio con un exilio de las prostitutas a las afueras de sus ciudades. Además, era un requisito que estas trabajadoras portaran una credencial de su profesión.²⁰⁶

204 Rodríguez-Shadow y Campos Rodríguez, “La violencia contra las mujeres”, 159 y 160.

205 David McCreery, “This Life of Misery and Shame: Female Prostitution in Guatemala City, 1880-1920”, *Journal of Latin American Studies* 18, (1986): 333-353.

206 Obregón, “Médicos”, 166 y 168; Michael E. Stanfield, *Of Beasts and Beauty: Gender, Race, and Identity in Colombia* (Austin: University of Texas Press, 2013), 44.

En Cuba, las reglas incluían los muebles que las prostitutas podían tener donde trabajaban, cuántas veces al día tenían que cambiar las sábanas y a qué horas podían recibir a sus “invitados”. Era prohibido asomarse por las ventanas, llamar a sus clientes afuera y utilizar expresiones obscenas. Para evitar que pudieran desobedecer, las prostitutas debían tener celosías en sus ventanas. Cuando salían del burdel, ellas tenían prohibido circular en carruajes y pasear por las avenidas de la ciudad u otras calles donde la gente “decente” estaba deambulando.²⁰⁷ A pesar de todas las reglas y restricciones, el número de prostitutas seguía creciendo porque las políticas no abordaban la raíz del problema: la pobreza femenina.

En periodos anteriores, la prostitución era común, especialmente durante la noche, cuando las trabajadoras del sexo invadieron los mercados y otros lugares públicos. Además, ellas trabajaban en las casas, mientras que las cortesanas representaban esta práctica en los altos niveles sociales. Se trataba de una parte integral de la sociedad colonial; no se consideraba una calamidad, sino un mal necesario. Las reacciones hacia la prostitución empezaron a cambiar en países latinoamericanos principalmente en las últimas décadas del siglo XIX y estas posturas se entremezclaron con la nueva ciencia y la exigencia de controlar las enfermedades venéreas.

Muchos de los médicos decimonónicos comparaban el trabajo sexual con un cáncer, pues, para ellos, este un padecimiento que se manifestaba en la sociedad y traía muchas enfermedades.²⁰⁸ Asimismo, coincidía con los principios de un entendimiento científico de la biología de la sífilis. La esperanza de controlar el despliegue de dicha enfermedad se mezcló con el deseo de parecer moderno y la ansiedad de las naciones latinoamericanas por presentarse ante el mundo como progresistas.²⁰⁹ Al mismo tiempo que los oficiales municipales impusieron reglas para controlar y limitar el trabajo sexual, se integraron medidas para la salud de las prostitutas. El control burocrático se desarrolló para proteger a los clientes.

Las campañas de salud pública se enfocaron principalmente en las mujeres, pues no todos los expertos científicos reconocían que los hombres también podían transmitir las enfermedades venéreas.²¹⁰ En Colombia, de manera excepcional, un médico reconoció que los hombres formaban parte de la transmisión de la sífilis.²¹¹ Aparte de los alcances de género en las iniciativas de la salud pública, las autoridades cívicas y los médicos pensaron que dicha enfermedad era un veneno racial que podía afectar a múltiples generaciones.²¹² En Cuba, los oficiales afirmaron que el 90 % de las prostitutas eran extranjeras o afrocubanas; aparentemente, ellas eran las únicas trabajadoras del sexo infectadas con enfermedades venéreas. Se preservó la idea de la pureza de las criollas y blancas sosteniendo que ellas,

207 Calvo Peña, “Prensa, política y prostitución”, 25.

208 Obregón, “Médicos”, 162.

209 Calvo Peña, “Prensa, política y prostitución”, 30.

210 A. Kim Clark, *Gender, State, and Medicine in Highland Ecuador: Modernizing Women, Modernizing the State, 1895-1950* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2012), 78; *Guy, Sex and Danger*.

211 Obregón, “Médicos”, 165.

212 Clark, *Gender, State, and Medicine*, 80.

aun ejerciendo el trabajo de sexo, no padecían de infecciones venéreas y solamente ejercían la prostitución a causa de las terribles políticas del Gobierno español.²¹³

Asimismo, en Puerto Rico, los profesionales de la salud pública se preocupaban fundamentalmente por el efecto de las prostitutas afrodescendientes sobre sus clientes blancos; ellos creían que causaban una debilitación de los hombres blancos.²¹⁴ Cuando podían, las prostitutas resistían a los tratamientos médicos y la regulación que apoyaba el control moral e higiénico que se les imponía. En 1888, las trabajadoras del sexo en La Habana empezaron a publicar una revista en la cual escribían artículos en protesta contra las reglas que les aplicaban para controlar las enfermedades venéreas.²¹⁵

Durante este periodo, los doctores y otros profesionales de la salud ejercían un poder y una influencia enorme para definir lo patológico y las conductas que se debían considerar como anormales. Por consiguiente, los controles biológicos de las enfermedades se entremezclaron con las opiniones morales. Se sometía a las prostitutas a exámenes humillantes, a veces, en las oficinas policíacas o en los sífilicomios, mientras que los tratamientos combinaban lo médico con las ideas morales/psicológicas.²¹⁶ Las internas tenían que demostrar que no solamente eran sanas físicamente, sino además una perfecta sumisión y humildad hacia los doctores antes de ser dadas de alta.²¹⁷

IDENTIDADES DE GÉNERO Y CUERPOS FEMENINOS

Aparte de la masificación de la prostitución, hubo otros cambios sociales que causaron fuertes ansiedades en las sociedades latinoamericanas en este periodo. En un clima de incertidumbre, las modificaciones en la conducta femenina provocaron preocupaciones por el bienestar de la nación. A pesar de su aislamiento en la esfera privada y la condena hacia las pobres y las que circulaban en las calles, todavía se consideraba a la mujer como el símbolo de la nación. Un defensor de la nación cubana, el doctor Raimundo Cabrera, propuso que las mujeres que personificaban la nación en forma de “ángel del hogar” eran íconos nacionales y debían estar representadas en la bandera nacional.²¹⁸ Se concebían a las mujeres decentes como quienes aseguraban el bienestar de la nación.²¹⁹

213 Calvo Peña, “Prensa, política y prostitución”, 33.

214 Eileen Findlay Suárez, *Imposing Decency: The Politics of Sexuality and Race in Puerto Rico, 1879-1920* (Durham: Duke University Press, 1999).

215 Calvo Peña, “Prensa, política y prostitución”, 24 y 25.

216 Obregón, “Médicos”, 162.

217 Guy, *Sex and Danger*; Findlay Suárez, *Imposing Decency*.

218 Calvo Peña, “Prensa, política y prostitución”, 33.

219 Luis Rincón Rubio, “Representaciones culturales de género y moral ciudadana en Maracaibo, Venezuela a fines del siglo XIX (1880-1900)”, *Procesos Históricos* 9, no. 16 (2009): 20 – 41.

Aun en lugares como el México posrevolucionario, donde los gobiernos aprobaron muchas políticas feministas, impulsaron a las mujeres de trabajar fuera de la casa y adoptaron leyes que penalizaban la violencia doméstica; las mujeres todavía tenían que obedecer a sus maridos y solamente podían utilizar estas leyes si entraban en la definición de una mujer honorable.²²⁰ A través varios cambios que experimentaron estas naciones, para América Latina, explica Donna Guy, “el género y la nación se combinaron de formas inextricables”.²²¹ Cuando las mujeres intentaban transformaciones o modernizaciones, ellas provocaban a quienes estaban aferrados con mantener los viejos modelos femeninos, lo que confirmaba la incertidumbre que se sentía sobre las identidades de género.

Algunas mujeres de la élite empezaron a adoptar actitudes y conductas que rompían con los viejos modelos. Ellas promovieron el derecho femenino a la educación hasta en la universidad y en las profesiones. Varias comenzaron a trabajar como farmacéutas, abogadas, doctoras y otras ocupaciones previamente reservadas a los hombres. Además, unas empezaron a lucir las nuevas modas y acabaron con los viejos modelos de género todavía muy presentes.²²² En la Argentina, los periódicos advirtieron contra los peligros de la “mujer hombre” que imitaba las modas europeas, era masculinizada y fumaba.²²³ Estos nuevos estilos les permitieron también a las mujeres modernas dejar atrás la esfera privada para montar bicicletas. Se presentaba un nuevo modelo femenino: la mujer atlética y deportiva. Estos dos cambios fueron criticados ampliamente por individuos conservadores, quienes, en Colombia, organizaron manifestaciones en contra del uso de las bicicletas por las mujeres.²²⁴ Esta ansiedad se manifestaba en la idea de que las mujeres que rechazaban las formas tradicionales de la feminidad eran descritas como “marimachos”.²²⁵

Los avances científicos del periodo incluyeron nuevas perspectivas sobre la sexualidad. Algunos autores comenzaron a nombrar conductas sexuales como la homosexualidad o el lesbianismo o safismo. Unos expertos asociaron el safismo con el otro gran problema del tiempo: la prostitución. La presencia del amor entre mujeres es difícil de encontrar en los documentos porque se puede esconder fácilmente, pero, con estos planteamientos “científicos” novedosos, los intelectuales empezaron a buscarlo. Se consideraba un amor indecente que solo se podía desarrollar entre mujeres que eran tan indecentes como las trabajadoras del sexo.²²⁶ Se pensaba que dichas mujeres poseían deseos sexuales tan fuertes como los de los hombres, a diferencia de las mujeres decentes. Se explicaba por el hecho (supuestamente) de que tenían unos clótoris del tamaño de un pene y sufrían de

220 Ann Varley, “Women and the Home in Mexican Family Law”, en *Hidden Histories of Gender and the State in Latin America*, eds. por Maxine Molyneux y Elizabeth Dore (Durham: Duke University Press, 2000), 240-242.

221 Guy, *Sex and Danger*, 205.

222 Stanfield, *Of Beasts and Beauty*, 56.

223 De Paz Trueba, “Ser madres y esposas”, 62.

224 Stanfield, *Of Beasts and Beauty*, 67

225 Fernanda Nuñez Becerra, “El Agridulce beso de Safo: Discursos sobre las lesbianas a fines del siglo XIX”, *Historia y Grafía* 31, (2008): 68.

226 Nuñez Becerra, “El Agridulce beso de Safo”, 55.

una condición denominado “furor uterino” o “ninfomanía”.²²⁷ Los científicos creían que la matriz controlaba las emociones femeninas.²²⁸ Este interés en la biología femenina creció en muchos ramos.

En Chile, el doctor Manuel Antonio Carmona explicó que las mujeres podían tener órganos internos poseídos por el demonio, pero el peor de todos era “el útero, aquella hidra monstruo, el único natural demonio que irradia sobre todo el sistema y muy particularmente sobre el cerebro sus quiméricas y vivísimas simpatías”.²²⁹ Todos estos elementos formaban parte de una preocupación creciente sobre los cuerpos femeninos y, para las pobres, esta preocupación se convirtió en un aumento del control sobre sus cuerpos.

En la mentalidad del tiempo se suponía que las mujeres buscarían la maternidad, primero, porque era un deber intrínseco a la nación y, segundo, porque formaba parte de la naturaleza femenina. Por ello, crímenes como el aborto o el infanticidio y quienes los cometían fueron caracterizados como “contra natura.” Excepcionalmente, en Guatemala, la ley permitía acusar a los hombres del crimen de aborto y, a veces, las mujeres mayas utilizaron esta ley para recordar a sus maridos que tenían responsabilidades paternales hacia sus fetos.²³⁰ A finales del siglo XIX, en México, las denuncias contra mujeres por abortar subieron en forma dramática²³¹, mientras que, en Buenos Aires, un juez expresó su turbación por la gran cantidad de investigaciones de infanticidio. Los oficiales argentinos tomaban muy en serio las investigaciones de este crimen, las cuales duraban entre seis y doce meses. Las sentencias para las mujeres condenadas eran de quince años de cárcel.²³² El aumento en las denuncias contrasta fuertemente con los periodos anteriores. Aunque la legislación que prohibía los crímenes reproductivos y sus penas acompañantes existía desde antes, pocos denunciaban y las mujeres sentenciadas no sufrieron penas severas.²³³

El endurecimiento en las actitudes sociales y políticas hacia el aborto y el infanticidio correspondía con la transformación de las mentalidades. Federici describe un fenómeno similar en la Europa de los siglos XVI y XVII. Durante este periodo, los gobiernos empezaron a imponer leyes muy estrictas para los crímenes reproductivos e implementaron controles severos sobre los cuerpos femeninos.²³⁴ Lo anterior coincidió con una contracción económica severa que limitó las posibilidades de empleo para las mujeres y los buenos sueldos para los hombres y las mujeres plebeyos. Consecuentemente, hubo una masificación de la

227 Nuñez Becerra, “El Agridulce beso de Safo”, 62 y 63, 66, 73.

228 Oliva López Sánchez, “La centralidad del útero y sus anexos en las representaciones técnicas del cuerpo femenino en la medicina del siglo XIX”, en *Enjaular los cuerpos: normativas decimonónicas y feminidad en México*, ed. por Julia Tuñón (México: El Colegio de México, 2008), 157; Isaías Contreras, “Ley, naturalismo y género”, 233. Él dice que este interés en las matrices empezó en el siglo XVIII y se utilizó para justificar que las mujeres no pudieran actuar en la esfera pública.

229 Araya Ibacache, “La Construcción”, 14.

230 Carey Jr., *I Ask for Justice*, 118, 128, 129.

231 Jaffary, *Reproduction and Its Discontents*, 97, 109.

232 Kristen Ruggiero, “Honor, maternity, and the disciplining of women: Infanticide in late nineteenth-century Buenos Aires”, *Hispanic American Historical Review* 72, (1992): 355 y 356, 365.

233 Jaffary, *Reproduction and Its Discontents*, 88, 105.

234 Federici, *Caliban*, 88.

prostitución y una creciente ansiedad sobre la presencia de las mujeres en la esfera pública; el control y escrutinio de los cuerpos femeninos creció de forma dramática.

La ideología predominante en las nuevas republicas definía a las mujeres fundamentalmente como madres y sus cuerpos fueron puestos al servicio de la nación. Esta alteración en los conceptos de género implicaba una vigilancia elevada de las mujeres plebeyas. En épocas previas, ellas podían evitar las miradas de sus vecinos y los oficiales locales, pero, a los finales del siglo XIX, las expectativas eran que debían encarnar un ejemplo perfecto de la maternidad. A diferencia de la colonia, la virtud pública y el honor femenino de las plebeyas y las indígenas fueron escudriñados.²³⁵

Pese a estas expectativas, la maternidad causaba bastantes dificultades y desafíos para las mujeres pobres y, en consecuencia, ellas frecuentemente recurrían al aborto o el infanticidio. Además, muchos patrones no daban lugar para la maternidad. En México, por ejemplo, las sirvientas tenían que renunciar cuando sus embarazos eran obvios. La mayoría de las plebeyas no podían sobrevivir sin empleo, entonces, cuando pudieron, buscaron situaciones laborales que les permitieran estar presentes para sus niños. Sin embargo, muchas no podían encontrar trabajos con estas tolerancias y tuvieron que confiarles sus hijos a orfanatos o casas de expósitos.²³⁶ Estas prácticas ocurrieron también en la colonia: cuando los tiempos eran duros, algunos padres debieron mandar a sus hijos a vivir con gente más prospera.²³⁷ En el siglo XIX, cada vez más, se pensaba que los hijos eran la responsabilidad de las madres, quienes, cuando rechazaban la maternidad, eran tachadas de “contra natura”.²³⁸ A pesar de las realidades económicas, el discurso nacional puso la maternidad en el centro del éxito nacional; después de todo, las madres formaban a los futuros ciudadanos. Las plebeyas carecían de las cualidades valoradas por la nación y sus deficiencias justificaba el tratarlas mal y el escrutinio de sus cuerpos.

VIOLENCIA DE GÉNERO Y NACIÓN

En los siglos XX y XXI, la violencia de género ha llegado a un nivel y una intensidad que no se puede ignorar fácilmente, pero esta violencia tiene antecedentes históricos y su propia historia. Aunque no es un fenómeno nuevo, los femicidios y feminicidios en múltiples países latinoamericanos se destacan por un aumento extraordinario de la violencia de género que representan. Los procesos históricos que contribuyeron a este

235 Jaffary, *Reproduction and Its Discontents*, 132 y 133.

236 Elsa Malvido, “El abandono de los hijos: una forma de control del tamaño de la familia y del trabajo indígena: Tula (1683-1730),” *Historia mexicana* 26, (1980): 521-561.

237 Elsa Malvido, “El abandono de los hijos: una forma de control del tamaño de la familia y del trabajo indígena: Tula (1683-1730),” *Historia mexicana* 26, (1980): 521-561.

238 Bermúdez, “El ángel del Hogar”; Ruggiero, “Honor, maternity”, 361.

aumento y el fenómeno en sí mismo se deben insertar en el marco de la normalización de la violencia que he explorado en este ensayo.

Los femicidios y feminicidios en Ciudad Juárez se han destacado por la atención que recibieron de académicos y periodistas; sin embargo, esta realidad de violencia de género está presente en la mayoría de los países de la región. El femicidio y el feminicidio difieren de otros homicidios porque el acto de matar se hace dentro de un marco de género: los hombres atacan, violan y matan porque la víctima es una mujer.²³⁹ En cuestión de cantidades, se mata a más hombres en estas jurisdicciones, pero los femicidios y feminicidios han crecido de forma exponencial y, además, se caracterizan por una brutalidad extrema. Un reporte de las Naciones Unidas coloca a El Salvador como el lugar más peligroso para las mujeres en el mundo. Este país tiene el nivel más alto de violencia de género y le siguen Guatemala y Honduras.²⁴⁰ Todos los países latinoamericanos han padecido un gran aumento en la violencia de género, que parece corresponder al fenómeno de la globalización, las crisis económicas y las recesiones.²⁴¹ Como hemos visto en este ensayo, la violencia de género y la marginalización de las mujeres crece en los momentos de bajas económicas, aunque la magnitud de la crisis de femicidios/feminicidios es mucho más grande que en los cambios y las explosiones de violencia de género previos.

¿Se puede explicar un aumento tan grande en los niveles de violencia de género solamente por las transformaciones económicas? El patrón histórico de la marginalización de las plebeyas y su caracterización como *contra natura* ha llevado a un grado de control extremo con leyes y prácticas como las denuncias de abortos e infanticidios. Los altos números de mujeres pobres, entre las que se incluyen las trabajadoras del sexo, intensificaron su marginalización y tuvieron un impacto enorme en todas las mujeres por su conceptualización como “cuerpos disponibles”.

En el siglo XX, muchos países latinoamericanos sufrieron periodos de dictadura y gobiernos militares -periodos durante los cuales los derechos humanos, en general, fueron masivamente violados. Además, como lo señalan los historiadores David Carey y Gabriela Torres, las prácticas de muchos de estos regímenes dictatoriales (en su estudio sobre Guatemala) consistían en estimular la violencia de género como una práctica semigubernamental. Durante los periodos de autoritarismo, los hombres exigieron de sus esposas o “amasias” el mismo tipo de obediencia que el Estado requería de ellos. Cuando las mujeres los “desobedecían”, la policía y los jueces apoyaban el derecho masculino de “disciplinar”, dándole a estos hombres una impunidad implícita.²⁴² Forster, también una historiadora de Guatemala, refuerza este argumento y añade que la opresión de las mujeres pobres e indígenas frecuentemente estaba entremezclada. Estos

239 David Carey Jr. y Gabriela M. Torres, “Precursors to Femicide”, *Latin American Research Review* 45, no. 3(2010): 143.

240 Cecilia Menjivar y Shannon Drysdale Walsh, “The Architecture of Feminicide: The State, Inequalities, and Everyday Gender Violence in Honduras”, *Latin American Research Review* 52, no. 2 (2017): 226.

241 Carey Jr. y Torres, “Precursors to Femicide”, 144.

242 Carey Jr. y Torres, “Precursors to Femicide”, 145 y 146.

sistemas de opresión se apoyaban entre sí y utilizaron marcos que reforzaban la subordinación y la violencia cotidiana que imponía la sumisión de todos los marginados.²⁴³

LA HERENCIA DEL PASADO

Aunque los problemas de la violencia de género pueden predominar cualquier entendimiento de la vida cotidiana en los países latinoamericanos contemporáneos, estos patrones fueron creados a raíz de las formas en las cuales el género se definió y la violencia de género fue normalizada. A pesar de esta larga historia, solo recientemente esta violencia de género, tan característica de América Latina, tiene nombre: el femicidio o el feminicidio. Estos términos definen la violencia de género como el crimen de matar a una mujer porque es mujer, de manera que ocurren porque es culturalmente aceptado atacar, violar y asesinar a las mujeres. Se trata del resultado de los cambios en las identidades de género y la aceptación de las mujeres como cuerpos disponibles que se pueden controlar por medio de violencia. Esta terminología es la codificación de un fenómeno viejísimo que fue desarrollado por académicas feministas.

Como lo explican Juan Manuel Cabrera Ullivarri y Pablo Nicolás Cristi Contreras, este fenómeno había existido por siglos, pero no tenía un nombre per se. En la década de los setenta, el movimiento feminista empezó a utilizar el término “femicidio” como herramienta para su trabajo político y, en los ochenta, entró en el discurso académico.²⁴⁴ La palabra “femicidio” fue inventada por las sociólogas Diana Russell y Jane Caputi, después de la horrible matanza de las estudiantes de ingeniería en la École Polytechnique, Montreal. Ellas notaron que los femicidios eran simplemente el extremo de un proceso continuo de terror que padecen las mujeres, desde el abuso oral hasta actos físicos como la violación, la tortura, la esclavitud sexual, el acoso emocional y, finalmente, el asesinato.²⁴⁵

Viviane Monteiro Santana García señala que los femicidios no deben considerarse como una explosión de violencia, sino el punto final de un proceso continuo de la violencia de género.²⁴⁶ Con frecuencia, los femicidios o feminicidios son descartados como instancias aisladas, por lo que esta distinción es particularmente importante, pues coloca estos actos de violencia en un marco más amplio. El término “feminicidio”

243 Forster, “Violent and Violated Women”, 58, 63.

244 Juan Manuel Cabrera Ullivarri y Pablo Nicolás Cristi Contreras, “La silenciosa muerte de mujeres: Notas sociológicas de los estudios de femicidios”, *Revista Polémicas Feministas* 1, (2011): 3 y 4; véase también: Hilda Morales Trujillo, “Femicide and Sexual Violence in Guatemala” en *Terrorizing Women: Femicide in the Americas*, ed. por Rosa-Linda Fregoso y Cynthia Bejarano (Durham: Duke University Press, 2010), 128.

245 Jane Caputi y Diana E. Russell, “Femicide: Sexist Terrorism against Women”, en *Femicide: The Politics of Woman Killing*, ed. por Jill Radford y Diana E. Russell (New York: Twayne Publishers, 1992), 15.

246 Viviane Monteiro Santana García, “Misoginia en el espacio público, femicidio no íntimo y prueba criminal”, *Estado & comunes* 8, no. 1 (2019): 30.

proviene y extiende la palabra “femicidio” y enfatiza, como lo señala Marcella Lagarde, su representación de un genocidio en contra de las mujeres.²⁴⁷ A veces, dichos términos parecen intercambiables, pero, dependiendo de las regiones en América Latina, hay preferencias en su uso. De todos modos, estos términos proporcionan una categoría de análisis para los académicos que los utilizan, la cual entendemos no como un nuevo fenómeno, más bien uno al cual se le ha dado un nombre.

Darle un nombre, junto con el hecho de que los femicidios y los feminicidios son ahora más visibles, ha llevado a intentos de cuantificar y explicar esta violencia. El número de mujeres que sufren indignidades mientras viven y en la muerte es alarmante. Las naciones de Centroamérica, especialmente El Salvador, Guatemala y Honduras, son los lugares más peligrosos en el mundo para la mujer. Estos países, según un reporte de las Naciones Unidas, tienen el índice más alto de femicidio y feminicidios en el mundo.²⁴⁸ Las cantidades crecen constantemente y es imposible afirmar categóricamente si estas estadísticas letales son exactas para el momento. De todos modos, es instructivo reflexionar sobre algunos de estos datos. Entre el 2000 y el 2010, más de 5000 mujeres y niñas fueron brutalmente asesinadas en Guatemala. Como lo señalan Carey y Torres, puede ser engañoso considerar los homicidios globalmente porque a los hombres todavía son asesinados en proporciones más altas que a las mujeres. Sin embargo, viendo el número global, el porcentaje de mujeres asesinadas representa una porción más grande de este total y está incrementando a cada instante.²⁴⁹ En 2004, un promedio de cuatro niñas o mujeres fueron asesinadas cada día en México.²⁵⁰ En Ciudad Juárez, México, se hicieron famosos los casos de acosos hacia las mujeres cuando, entre 1993 y 2011, más de 600 fueron violadas, torturadas y asesinadas, con sus cuerpos dejados en contenedores de basura o el desierto.²⁵¹

Aunque todas las mujeres son vulnerables a la violencia de género, las que corren más riesgos son aquellas marginadas por su pobreza, falta de educación y, hasta cierto punto, su edad.²⁵² Otro aspecto de su vulnerabilidad es que frecuentemente son racializadas. Lo anterior representa la herencia de una larga tradición de hacerlas exóticas, sexualizarlas y poseer sus cuerpos. Estas mujeres, escribe Paulina García del Moral, son producto del colonialismo, con lo cual “la feminidad racializada se ha transformado en

247 Marcella Lagarde y de los Ríos, “Feminist Keys for Understanding Femicide: Theoretical, Political, and Legal Construction”, en *Terrorizing Women: Femicide in the Americas*, ed. por Rosa-Linda Fregoso y Cynthia Bejarano (Durham: Duke University Press, 2010), XV-XVI.

248 Menjívar y Drysdale Walsh, “The Architecture of Femicide”, 226.

249 Carey Jr. y Torres, “Precursors to Femicide”, 142 y 143.

250 Lagarde y de los Ríos, “Feminist Keys for Understanding Femicide”, XVII.

251 Paulina García del Moral, “Representations as a Technology of Violence: On the Representation of the Disappearances of Aboriginal Women in Canada and Women in Ciudad Juárez”, *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, vol. 36, issue 72, (2011): 34.

252 García del Moral, “Representations as a Technology of Violence”, 41; Lagarde y de los Ríos, “Feminist Keys for Understanding Femicide”, XI-XXV; Morales Trujillo, “Femicide and Sexual Violence in Guatemala”, 135; Adriana Carmona López, Alma Gómez Caballero y Lucha Castro Rodríguez, “Femicide in Latin America in the Movement for Women’s Human Rights”, en *Terrorizing Women: Femicide in the Americas*, ed. por Rosa-Linda Fregoso y Cynthia Bejarano (Durham: Duke University Press, 2010), 159.

señal de disponibilidad.” En una comparación entre las mexicanas en Ciudad Juárez y las indígenas en Canadá, se encuentran similitudes en los patrones para desvalorarlas, atribuirles una inmoralidad inherente y definir su feminidad como degenerada.²⁵³ Los patrones hallados por García del Moral son análogos a las que he descrito en este ensayo, es decir, son una parte del proceso de conquista y colonialismo y la formación de identidades de género de los cuerpos femeninos conquistados. Definir y registrar estas instancias de violencia extrema de género les permite a los académicos y los activistas políticos delinear las formas en que esta se manifiesta y cómo es una continuación de acontecimientos antiguos.

Se permite el surgimiento de esta violencia de género en la América Latina contemporánea porque, otra vez, el Estado no la toma en cuenta. Marta Fontenla afirma: “La violencia masculina se mantiene y es reproducido por el estado cuando no solamente no toma medidas para prevenirla y proteger las mujeres de esta violencia, sino también cuando permite una impunidad y contribuye a la propagación de esta violencia por el involucramiento directo de instituciones del estado o agentes del estado.”²⁵⁴ Cuando la policía y la corte ignoran o disculpan la violencia de género, estos actos son legitimados, naturalizados e invisibilizados. Los cuerpos femeninos se convierten en propiedad pública que está disponibles para el uso colectivo.²⁵⁵ Estos actos de omisión hacen responsable al Estado de una complicidad y normalización de la violencia de género.²⁵⁶ En vez de proteger a las mujeres, el Estado fomenta otro tipo de control de sus cuerpos: el de sus matrices.

En la mayoría de los países latinoamericanos, el aborto es criminalizado por el Estado. En 2017, solamente Uruguay, Cuba, Guyana, y la Ciudad de México permitían abortos a petición. La norma es una prohibición absoluta bajo cualquiera circunstancia.²⁵⁷ A pesar de una oposición masiva de las autoridades religiosas, incluyendo una intervención del papa, el 30 de diciembre del 2020, Argentina legalizó el aborto. Es ahora el país más grande en América Latina con aborto legal. Esta nueva ley permite a las mujeres elegir abortar en las primeros catorce semanas de embarazo sin condiciones. Después de este periodo, se puede abortar cuando el embarazo es producto de una violación o si la vida de la madre está en peligro. La ley no discrimina e incluye a las personas transgéneras y los no-binarias.²⁵⁸ En la mayoría de las naciones donde se prohíbe el aborto, los investigadores creen que el 30 % por ciento de los embarazos son terminados con abortos ilegales, que resultan con frecuencia en complicaciones médicas y muertes, donde las más afectadas son las mujeres pobres.²⁵⁹

253 García del Moral, “Representations as a Technology of Violence”, 38.

254 Marta Fontenla, “Femicides in Mar del Plata”, en *Terrorizing Women: Femicide in the Americas*, ed. por Rosa-Linda Fregoso y Cynthia Bejarano (Durham: Duke University Press, 2010), 116.

255 Monteiro Santana García, “Misoginia en el espacio público”, 28.

256 Menjívar y Drysdale Walsh, “The Architecture of Femicide”, 222.

257 Merike Blofield y Christina Ewig, “The Left Turn and Abortion Politics in Latin America”, *Social Politics: International Studies in Gender, State & Society* 24, no. 4 (invierno, 2017): 489; Amy Booth, “Argentina to Legalise Elective Abortion”, *World Report* 387, (2021): 10269, [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(21\)00028-3](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(21)00028-3)

258 Booth, “Argentina to Legalise Elective”.

259 Blofield y Ewig, “The Left Turn”, 485.

Con frecuencia, se supone que los derechos reproductivos están asociados con los gobiernos progresistas o de izquierda, pero, en América Latina, muchos de los gobiernos de la “marea rosa” del siglo XX tardío y el XXI no abrieron tales derechos para las mujeres que apoyaron sus campañas políticas. En una repetición de lo que hemos visto antes en la historia latinoamericana, las mujeres luchan para una causa, por ejemplo, la revolución nicaragüense, y después los políticos les imponen leyes reproductivas draconianas.²⁶⁰ El Salvador criminalizó el control de las mujeres sobre sus propios cuerpos y su capacidad reproductiva a un extremo. En este país se ha condenado a muchas mujeres cuando sufren mortinatos o abortos espontáneos con sentencias de hasta cuarenta años. La pena máxima para el “aborto” se ha elevado recientemente a cincuenta años.²⁶¹ Los académicos atribuyen esta reticencia a las creencias religiosas personales de los líderes políticos, cuyas opiniones esconden el deseo de que las mujeres regresen a sus papeles tradicionales como madres.

Tal y como sucedía en periodos previos, las mujeres ricas pueden fácilmente y sin peligro terminar un embarazo y, si las denuncian, no las castigan tan severamente por su reputación de mujer decente. En algunos Estados mexicanos, la pena para un aborto ilegal puede ser de hasta cinco años de cárcel, pero las sentencias son muy reducidas para las mujeres de buena reputación.²⁶² Esta fórmula jurídica implica que se debe tratar a las de “mala fama” con más severidad. Las mujeres pobres no tienen las conexiones o la información para obtener una terminación de embarazo legal y, por eso, corren más riesgos.²⁶³ Aquellas que afirman sus derechos reproductivos con abortos rechazan los roles de género que les fueron asignados por el Estado, la Iglesia y la sociedad. En consecuencia, en muchos casos, las acusaciones de este tipo de crimen se consideraban como una deshonra y algo difamatorio.²⁶⁴

Un reporte de Amnistía Internacional coloca a El Salvador como el país más restrictivo respecto al acceso al aborto legal en todo el mundo: la práctica está totalmente prohibida a pesar de los peligros a la vida materna o circunstancias como embarazos que resultan de una violación.²⁶⁵ Estas leyes y las actitudes oficiales han transformado las matrices salvadoreñas en espacios en disputa. En octubre 2004, Cristina, una joven de dieciocho años, tuvo un aborto espontáneo y estaba sangrando excesivamente. En el hospital, en vez de tratarla como una paciente, los empleados la reportaron a las autoridades por haber abortado ilegalmente y fue arrestada.²⁶⁶ Su historia representa nada más uno de los múltiples ejemplos de mujeres en El Salvador o en América Latina cuyas matrices son controladas. Muchas de ellas están cumpliendo penas de cárcel, algunas con sentencias de hasta cuarenta años. En

260 Blofield y Ewig, “The Left Turn”, 481 y 482, 487.

261 Angelika Alabaladejo, “A Witch Hunt against Poor Women”: Across the Americas, Abortion Laws are Harming Health and Security”, *World Policy Journal* 33, (2016): 27 y 28.

262 Adriana Ortiz-Ortega, “Law and the Politics of Abortion”, en *Decoding Gender: Law and Practice in Contemporary Mexico*, ed. por Helga Baitenmann, Victoria Chenaut y Ann Varley (Rutgers University Press, 2007), 200, 202.

263 Ortiz-Ortega, “Law and the Politics of Abortion”, 208.

264 Forster, “Violent and Violated Women”, 65 y 66.

265 Amnesty International (London: Peter Benenson House, 2014), 10, https://www.amnestyusa.org/files/el_salvador_report_-_on_the_brink_of_death.pdf

266 Amnesty International, 34.

el periodo de enero 2000 hasta abril 2011, 129 mujeres salvadoreñas fueron acusadas de abortar y, de estas, 23 resultaron condenadas por homicidio.²⁶⁷

Las acusadas de crímenes reproductivos frecuentemente son degradadas y acusadas de carecer de los sentimientos maternos apropiados. El procurador en el caso de Dafne McPherson, arrestada después de un aborto espontáneo en su trabajo en Querétaro, México, describió sus acciones como *contra natura*; la denunció como mala madre y menos digna que una perra.²⁶⁸ Sus palabras evocan las descripciones decimonónicas de las mujeres pobres como “*contra natura*” y no dignas de la maternidad. Este control corporal y la degradación de las mujeres no es nuevo, pues, como lo nota Federici, en el siglo XVI, los Estados europeos lanzaron campañas para controlar los cuerpos femeninos y los mantenían bajo vigilancia para regular sus embarazos e impedir cualquier tipo de anticonceptivo o terminación.²⁶⁹

El control corporal se extiende también a los conceptos del espacio. Las ideas basadas en el género y el espacio han existido desde la colonia y, hasta cierto punto, se han adaptado y cambiado a través de los siglos. Sin embargo, investigaciones recientes demuestran que el legado de estas ideas todavía es muy fuerte y puede tener consecuencias mortales para las mujeres. A pesar de que las concepciones sobre las mujeres han cambiado enormemente en las sociedades latinoamericanas, y con dichas transformaciones se han producido reformas en los códigos penales, los espacios públicos todavía se consideran como masculinos. Marieliv Flores nota que los espacios públicos no son neutros; en efecto, son lugares donde acontecen las dinámicas de las luchas de poder.²⁷⁰ En el momento que las mujeres salen a la calle y otros sitios, ellas dejan atrás los espacios de la moralidad y pierden la protección que tienen por ser “señoritas.” Estas nociones, como hemos visto y confirman los investigadores Erika Janos e Agustín Espinosa, tienen raíces muy profundas en las ideas religiosas y de la moralidad.²⁷¹ Cuando las mujeres entran a lugares públicos, ellas se convierten en “mujeres públicas” y, en consecuencia, se sospecha que tienen deficiencias morales. En contraste, cuando los hombres entran a estos mismos espacios, ellos son ciudadanos.²⁷²

En esencia, este patrón es una continuación de los marcos que se establecieron después de las guerras de independencia. Irónicamente, en estos constructos, cuando entra un espacio público, la mujer es invisible como actora social, pero híper visible como cuerpo. Es en ese punto que los cuerpos femeninos se convierten en el foco de los hombres. Por ello, hay una continuación del tratamiento de los cuerpos femeninos como objetos, como territorio que se

267 Amnesty International, 35.

268 Karla Michelle Salas, “El caso Dafne McPherson”, *Nexos (México)* 40, (2018): 484, https://go-gale-com.proxy.library.carleton.ca/ps/i.do?p=AONE&u=ocul_carleton&id=GALE%7CA538859377&v=2.1&it=r

269 Federici, *Caliban*, 88.

270 Marieliv Flores, “Género y espacio público: El acoso sexual callejero como muestra de hombría”, en *Violencias contra las mujeres: la necesidad de una doble plural*, ed. por Wilson Hernández Breña (Lima: Editorial Grade, 2019), 187.

271 Janos and Espinosa, “A una señorita no le pasan esas cosas...”, 167.

272 Flores, “Género y espacio público”, 186.

debe colonizar. Estos valores simbólicos son una parte integral de la sociedad latinoamericana y han sido asimilados por los hombres y, hasta cierto punto, por las mujeres.²⁷³

Tal cual pasaba en siglos anteriores, las mujeres pobres, marginadas, y racializadas son las que sufren lo peor de estas construcciones espaciales. Como tienen que trabajar, ellas deben entrar en los espacios “masculinos.” En Ciudad Juárez, los periodistas frecuentemente pintaban a las mujeres desaparecidas o sus cuerpos encontrados como mancillados; estas mujeres tenían que atravesar “zonas de degeneración” para ir a trabajar y esta mancha de inmoralidad se quedaba en ellas. En otras instancias, los periodistas supusieron que estas mujeres llevaban doble vidas y escondían su inmoralidad de la vista del público.²⁷⁴ Aun cuando a las mujeres que salían a trabajar no experimentaban esta brutal y funesta violencia, su tránsito por los espacios públicos frecuentemente estaba acompañado de acoso en la calle. Esta violencia simbólica puede ser sutil o evidente, pero siempre sirve para reafirmar la dominación masculina.²⁷⁵

CONCLUSIONES

La violencia de género que caracteriza la vida cotidiana latinoamericana actual tiene una larga trayectoria. Esta es el producto de muchos siglos de intensificación de ideologías que se desarrollaron con la conquista y el colonialismo, las cuales fueron reforzadas en los periodos que siguieron. La violencia de género no es un fenómeno limitado a América Latina y tampoco afecta solamente a las mujeres pobres, marginadas o racializadas, pero estas son las mujeres más vulnerables y las estadísticas cuentan la historia de sus vidas.

Existen pequeños focos de esta violencia de género extremo en otras partes del mundo, por ejemplo, las niñas y mujeres indígenas desaparecidas y asesinadas en Canadá y los Estados Unidos comparten con las latinoamericanas muchas de las identidades de género que llevaron a la mercantilización de sus cuerpos y, en consecuencia, su tratamiento brutal y violento. En su comparación entre las mujeres asesinadas de Ciudad Juárez y las indígenas de Canadá, Paulina García del Moral explica que una parte integral del colonialismo es la producción de una otredad con ellas. Tal como se han llamado a las mujeres latinoamericanas “contra natura,” se ha catalogado a las indígenas en Canadá como “sucias indias esclavas,” pues se asumía que se prostituían y carecían de moralidad. La sociedad dominante construyó una identidad para ellas en la cual no merecían la protección de mujeres “honestas.”²⁷⁶ En los Estados Unidos, las mujeres indígenas son tratadas de manera desechables, ya que son asesinadas en una frecuencia diez veces mayor que el promedio nacional para las

273 Flores, “Género y espacio público”, 186; Monteiro Santana García, “Misoginia en el espacio público”, 29.

274 García del Moral, “Representations as a Technology of Violence”, 42, 47 y 48.

275 Flores, “Género y espacio público”, 191.

276 García del Moral, “Representations as a Technology of Violence”, 38.

mujeres estadounidenses.²⁷⁷ El colonialismo ha afectado cómo se formaron las identidades de género en muchos lugares y cada región tiene su propia historia, pero este ha afectado más a las mujeres y está generalizado en América Latina.

El desarrollo de las identidades de género siguió un camino en América Latina que es único en sus detalles, aunque no en los temas más amplios. Como lo explica Federici, el encierro de las mujeres a la esfera privada -lo que resultó en su empobrecimiento y la masificación de la prostitución en Europa de los principios de la edad moderna- llevó a un control más agudo de sus cuerpos y las creencias masculinas de que las podían “disciplinar” por medio de actos violentos.²⁷⁸ En el caso de América Latina, hubo un aspecto adicional al proceso por el hecho de que las relaciones de género y las identidades de género fueron formadas, como lo dice con tanta elocuencia Karen Viera Powers, en el crisol de la conquista.²⁷⁹ Se comparaba los cuerpos femeninos a las tierras conquistadas y las mujeres racializadas en particular fueron “exotizadas” y sexualizadas. A raíz de las violaciones y la dominación de género en los periodos de la conquista y los principios de la colonia, se desarrollaron mitologías sobre las mujeres racializadas. Estos mitos se naturalizaron y constituyeron una parte invisible, pero muy presente en las actitudes prevalecientes de la región.²⁸⁰

Con el paso del tiempo, según lo nota Bourdieu, este marco de dominación naturalizó las categorías de dominante y dominado. La violencia simbólica y la muy real se incrusta en el subconsciente y también en el tejido social.²⁸¹ En América Latina, tanto la Iglesia como el Estado fueron cómplices en este proceso, juntos impusieron la ideología del recogimiento para las mujeres que las hizo vulnerables a varios tipos de violencia. Además, la naturaleza jerárquica de la sociedad colonial creó una masculinidad subalterna, que reprimía y dominaba los hombres plebeyos en todas las esferas salvo el recinto doméstico. Entonces, se toleraba y absolvía la violencia masculina dirigida a las mujeres porque estos actos violentos no amenazaban el orden social y, más bien, les permitían a los hombres subalternos una válvula de escape para sus frustraciones.

De esta manera, se normalizó la violencia de género. Como lo demuestra Scott, en las situaciones de dominación, los individuos portan máscaras y, cuando salen a la esfera pública, actúan sus propios papeles.²⁸² Así, los hombres y las mujeres actúan sus identidades de género y los binarios que se consideraban apropiados en las enseñanzas de la Iglesia y la ideología del Estado. Cuando las mujeres se quitaron estas máscaras y rompieron con las costumbres por su propia voluntad, ya sea participando en las luchas para la independencia o por circunstancias difíciles como la pobreza que llevó a una masificación de la prostitución, estas rupturas causaron lo que he llamado “momentos de ansiedad.” Durante estas interrupciones, los oficiales trataron de forzar un regreso a

277 Lisa Monchalin, Olga Marquez, Charles Reasons y Prince Arora, “Homicide and Indigenous Peoples in North America: A Structural Analysis”, *Aggression and Violent Behavior* 46, (2019): 214 y 215.

278 Federici, *Caliban*.

279 Viera Powers, *The Crucible*.

280 Janos and Espinosa, “A una señorita no le pasan esas cosas...”, 162.

281 Bourdieu, “Gender and Symbolic Violence”.

282 Scott, *Domination*.

los papeles tradicionales de las mujeres invocando el peligro de la violación o creando controles burocráticos como las intervenciones médicas y la vigilancia de los cuerpos femeninos, particularmente en sus capacidades reproductivas.

En estos periodos se sembraron las semillas para la normalización y la invisibilización de la violencia de género, pero, contradictoriamente, también para el control de matrices en la forma de leyes draconianas, las cuales prohíben los abortos y penalizan a las mujeres pobres por mortinatos y abortos espontáneos. Al mismo tiempo que las autoridades se hacen la vista gorda hacia los femicidios y feminicidios, estas utilizan los aparatos del Estado para castigar a las mujeres por supuestamente infringir sus deberes reproductivos. Los patrones que se establecieron en la conquista y después en la época colonial se arraigaron y, después de tantos siglos, estos continúan predominando en el discurso. Aun cuando una multitud de mujeres latinoamericanas trabaja en la esfera pública en cantidades mayores que nunca, sus acciones son restringidas por las ideologías que las castigan por querer controlar sus propios cuerpos y tener una movilidad libre en las ciudades.

EPILOGO: LA RESISTENCIA

Como se puede ver en la América Latina actual, las mujeres están resistiendo a la invisibilización de la violencia de género. Sin embargo, algunas, individuos muy valientes, siempre han resistido a las identidades de género opresivas y la violencia de género. Por ejemplo, las madres, amigas y vecinas que brindaron refugio para mujeres golpeadas; juntas se pusieron de pie hacia quienes las abusaban y los reportaron a las autoridades (aun cuando esta no era una estrategia muy efectiva). Otras se escaparon de maridos y “amasios” abusivos y algunas se casaron por segunda vez (cometiéndolo bigamia) con un hombre más respetuoso.²⁸³ Varias utilizaron la magia, la hechicería y los pactos con el demonio para establecer un dominio sobre los hombres que las maltrataron.²⁸⁴ En las regiones andinas, Irene Silverblatt encontró rastros de mujeres que se escaparon a regiones inaccesibles llamadas “la puna”; allí vivían fuera del control de las ideologías colonialistas, se rehusaron al catolicismo y adoptaron los valores de género asociados con las religiones prehispánicas.²⁸⁵ Otras respondían sin temor a los hombres e inspiraron respeto.

En 1768, en la Ciudad de México, María Josepha Martínez denunció a su marido, pero él respondió describiéndola como una mujer brava: se rehusaba a cocinar para él, cuidar su

283 Richard Boyer, *Lives of the Bigamists: Marriage, Family, and Community in Colonial Mexico* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1995).

284 Ruth Behar, “Sex and Sin, Witchcraft and the Devil in Late-Colonial Mexico”, *American Ethnologist* 14, (1987): 34-54; Martha Few, *Women who Live Evil Lives: Gender, Religion, and the Politics of Power in Colonial Guatemala* (Austin: University of Texas Press, 2002).

285 Irene Silverblatt, I., *Moon, Sun, and Witches: Gender Ideologies and Class in Inca and Colonial Peru* (Princeton: Princeton University Press, 1987), 197-210.

ropa y lo insultaba.²⁸⁶ En el pueblo de San Miguel Chapultepec, en 1783, Leonardo Rafael se quejaba de que su esposa, Juana Beatriz, lo desobedecía continuamente y hasta le pegaba.²⁸⁷ Doña Luisa Ayala, en el pueblo de Ixtacalco, en 1833, formuló su negativa de obedecer a su marido con estas palabras: “¿Qual es la autoridad de un marido sobre una muger que no mantiene? Donde no hay refectorio no hay obediencia.”²⁸⁸ Aunque estas mujeres destacan en la documentación de los archivos, otras seguramente siguieron su sendero.

Cuando tuvieron la oportunidad, las mujeres latinoamericanas con gusto emprendieron nuevos papeles, luchando por la independencia o para el rey, ya fuera espiando, cosiendo, comunicando mensajes secretos o llevando equipaje a los soldados escondidos. Eran líderes y se quitaron sus “máscaras de género” para llegar a sus metas. Aunque sus contribuciones fueron borradas o descartadas en el siglo XIX, se han convertido en heroínas durante el siglo XXI. Los nombres de Manuela Saéñz, Leona Vicario, Policarpa Salvatierra y muchas más están ahora en las páginas de los textos de la historia y son honradas por los Estados que antes las encontraban vergonzosas.

En el siglo XIX, mientras que múltiples mujeres pobres fueron encarceladas en burdeles, sacadas de los trabajos con buenos sueldos y definidas como “matrices del Estado”, otras pelearon por el derecho la educación postsecundaria, adoptaron nuevos modelos de feminidad que las liberaban de las viejas restricciones y, eventualmente, se hicieron profesionistas con respeto y buenos sueldos. En los siglos XX y XXI, las mujeres latinoamericanas se juntaron en luchas armadas revolucionarias y han sido elegidas presidentas de sus países. A pesar de esto, la violencia de género sigue.

Sin embargo, pese a las estadísticas atroces, las mujeres latinoamericanas se rehúsan a aceptar la invisibilización de la violencia de género. Ellas han impulsado la implementación de leyes que castigan la violencia de género y, cuando el Estado no las protege con estas leyes, salen a las calles. Existen nuevas armas en el arsenal de la resistencia femenina: el internet y las redes sociales son utilizados para hacer conocer su negativa. La canción viral que empezó en Chile: “El violador eres tú” fue retomada como himno en todo América Latina y el mundo. La instalación de arte Zapatos Rojos, creada por la artista Elina Chauvet e inaugurada en Ciudad Juárez en 2009 para conmemorar las mujeres desaparecidas, ha sido tomada y recreada por activistas no solamente en América Latina, sino también internacionalmente. Además, el rechazo de ser silenciadas o invisibles se moviliza para invocar la memoria, de manera que se han conmemorado lugares importantes y a las víctimas de la violencia de género. Donde antes había solamente homenajes a los patriotas masculinos y sus estatuas estaban presentes a los lados de calles simbólicas como el Paseo de la Reforma en la ciudad de México, ahora las activistas feministas erigieron un antimonumento a las víctimas de los feminicidios. En el pasado, el silencio y la invisibilidad eran las reacciones ante la violencia de género. No más.

286 Archivo General de la Nación, Ramo Clero Secular y Regular, vol. 197, exp. 20, fols. 358-367, 1768, México.

287 Archivo General de la Nación, Ramo Criminal, vol. 122, exp. 18, fol. 395-402V, 1783, Calimaya.

288 Archivo General de la Nación, Ramo Bienes Nacionales, leg. 874, exp. 7, 1833.

Cycles of Violence and Gender: Generator Moments in Latin American History and Gender Identity

Sonya Lipsett-Rivera

Colección Avances de Investigación CIHAC

› Segunda época ‹

·8·

Index

INTRODUCTION	61
GENDER AND THE CONQUEST	63
COLONIAL GENDER MODALITIES	66
GENDER CONSTRUCTIONS AND HONOUR	70
WOMEN AND ENCLOSURE	71
“JUST” DISCIPLINE, GENDER, AND HONOUR SYSTEMS	73
PATTERNS OF VIOLENCE AND IDENTITIES	75
CATEGORIZING WOMEN	77
PUBLIC SPACES AND GENDER	79
WOMEN’S BODIES AND CONTROL	81
SUBALTERN MASCULINITY	84
GENDER AND INDEPENDENCE	86
NATION AND GENDER	89
PATRIOTS AND PROSTITUTES	93

GENDER IDENTITIES AND FEMALE BODIES	99
GENDER VIOLENCE AND THE NATION.....	102
THE LEGACY OF THE PAST.....	103
CONCLUSIONS.....	108
AFTERWORD: RESISTANCE	110
BIBLIOGRAPHY.....	112

INTRODUCTION

Violence acts as an ever-present undercurrent in the daily lives of twenty-first-century residents of Latin America, whether in times of war or peace. The typology of violence is vast; it ranges from micro-aggressions to horrific assassinations, but the region distinguishes itself as the most dangerous place on earth for women. United Nations' reports and statistics point out that the region's higher levels of gender-based killings are a crisis without an easy solution. These grim figures contradict cherished values; reverence for family as well as honoring mothers and other women are a central mythology that is undermined by the reality of the many violations and femicides/feminicides in the news. The idea of Latin American adoration for mothers and women comes from long traditions that can be traced back to the Mediterranean roots of the honor system, but contradictions and double standards can also be found in this corpus of beliefs. Gender violence is not a recent phenomenon, but rather one that has grown exponentially in the twenty-first century. Nonetheless, the reasons for this surge in violence can be traced to the roots of colonialism and throughout the changing concepts of gender within the region.

This study traces contemporary gender violence not just to its origins but through its evolution over many centuries. The anthropologists María Rodríguez-Shadow and Lila Campos Rodríguez write that men do not have violent natures per se, rather masculine violence is developed over many centuries through cultural practices.¹ My contention is that Latin American gender violence can be explained by looking to the past and by examining its production through certain patterns and certain key moments in the region's history. Working within the larger project of Violence and Peace in Latin America, my question is why gender violence has grown despite periods of peace, protective legislation, and finally in the face of a social mythology of valuing women.

Historians work with change over time and struggle with chronologies and periodizations to explain past and present societies. In this study, I diverge slightly from this overarching methodology to argue that, to understand the region's present, we must look at certain "moments" and, in particular, "moments of anxiety." These moments are similar to watersheds—or turning points—but are not as definitive. Instead of pointing to particular events, I argue that certain processes occurred in discrete historical moments that built upon and gradually changed and hardened attitudes about women that, over time, have developed the attitudes and contradictions that characterize Latin American society in the present. It was in these "moments" that women took on new roles, entered the public sphere in new ways and, consequently, social attitudes about women hardened and became harsher. Some changes came from legislation and new public institutions but, generally, these laws simply reflected a social reaction to women. These were periods during which concepts that

1 María Rodríguez-Shadow and Lila Campos Rodríguez, "La violencia contra las mujeres" in *Mujeres: Miradas Interdisciplinarias*, ed. by María Rodríguez-Shadow and Lila Campos Rodríguez (México: Centro de Estudios de Antropología de la Mujer, 2011), 155.

governed women's control over their own bodies changed, not radically, but in important, incremental ways. These modifications affected gendered ideas about space, mobility within spaces, and were inextricably linked to the racialization of women's bodies.

The central concept that guides this study and serves as a framework for my analysis is women's control, or lack of it, over their own bodies. I argue that there is a direct correlation between women's control over their own bodies and gender violence. Female bodies were not just flesh and bones but carried a symbolic baggage—they were to be possessed and controlled. The Spanish conquest made Indigenous, and later African, women into symbols for the captured land; they became an archetype for voluptuousness and immorality.² This figurative violence, accompanied by many more tangible acts of violence, marked the start of colonial forms of constructing and creating a foundation for the hierarchies that governed women's and men's lives. Colonial regimes provided new layers of structure and hierarchy. Iberian colonists imported many ideas that governed daily life but the Mediterranean honor system circumscribed women in their bodies and their spatial mobility. Both men and women were caught up in these hierarchical structures that gave power over social inferiors and allowed for corporal punishments. These structures both normalized daily acts of violence and made them relatively invisible.

Within the structural violence that characterized colonial regimes, models for feminine and masculine conduct developed—the hierarchical nature of this society allowed poorer, relatively powerless men, to exert enormous power over the women in their lives. The association of hierarchy and violence pervaded colonial society—it affected men in their places of employment such as workshops, haciendas, *obrajes*, bakeries, and others where whipping was a normal form of discipline. Those with an incrementally small hierarchical advantage over others exerted their “micro powers” by ordering others about and by physical domination over bodies considered inferior. It is impossible to understand women without looking at men, argues Julia Tuñón, as they were always interrelated.³ It is because both women and men were caught up in the structural violence of colonial regimes, and then later nations, that it is important to examine the way that masculinity developed in tandem with femininity and how subaltern masculinity became a vector for the growth of gender violence.

This work comes out of a preoccupation that I have had as a historian over these “moments of anxiety” and how they seem to shape gender images as well as social and legal policies. It is based partially on my own research and writings on gender in colonial and early national Mexico but also on a wide reading on gender history in Latin America. Insights come from many historians from the region but also from theorists whose work shapes some of the overarching narratives of this study.

2 Andrea Cabel García, “La Selvática de *La Casa Verde*: Más allá de la violencia del estereotipo y del estigma” in *Violencias contra las mujeres: la necesidad de una doble plural*, 367- 390, ed. by Wilson Hernández Breña (Lima: Editorial Grade, 2019), 367-368.

3 Julia Tuñón, “Ensayo introductorio. Problemas y debates en torno a la construcción social y simbólica de los cuerpos”, in *Enjaular los cuerpos: normativas decimonónicas y feminidad en México*, ed. by Julia Tuñón (México: El Colegio de México, 2008), 16.

Although Silvia Federicci's book, *Caliban and the Witch: Women, the Body and Primitive Accumulation*, focusses on Europe of an earlier period, the trajectory that she delineates regarding the trend of greater circumscribing of women, of the increased control over their bodies and their reproductive capacities, and her insightful analysis provides an understanding of similar tendencies in Latin American history.⁴ Extending, and perhaps altering, James Scott's idea of the rupture between public and hidden transcripts, I find that when women entered into new roles and spaces, they broke a kind of social pact. As Scott explains in *Domination and the Arts of Resistance*, when the hidden transcript is revealed, this act often serves as a spark for very profound and strong reactions.⁵ I suggest that proper feminine conduct was a type of public transcript so that when women broke with these traditional norms, they provoked "moments of anxiety". Although I believe these "moments of anxiety" to be key in the development of the kinds of gender constructions that have led to greater and greater gender violence, I also find that attitudes and values developed in the colonial period have endured. As Pierre Bourdieu notes, over time, categories of dominant and dominated become naturalized below the level of consciousness.⁶ The analysis that I present in this study alternates between this sense of continuity and the sharp turns that caused a hardening of values and attitudes during these "moments of anxiety." It was the interplay between the two that provides a framework to understand the foundations of gender violence in Latin America.

GENDER AND THE CONQUEST

Gender violence has a history; its roots are deep and can be traced to the first bloody encounters between the Spanish and Indigenous peoples. The conquest, writes Karen Viera Powers, was the crucible for gender relations in the region.⁷ It was not a neutral process but rather gendered from the start. The masculinity of the conquerors took on aspects of domination and hegemony. During the period of warfare with the Aztecs, for example, in his letters to the King, Hernán Cortés presented himself as a hegemonic man confronting Indigenous populations whose masculinity was submissive.⁸ Cortés, along with other conquerors, was establishing a new patriarchy within colonial society; part of the process involved grants of land which allowed him to project a kingly image.

4 Silvia Federicci, *Caliban and the Witch: Women, the Body and Primitive Accumulation* (Brooklyn: Autonomedia, 2009).

5 James C. Scott, *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts* (New Haven: Yale University Press, 1990), 8.

6 Pierre Bourdieu, "Gender and Symbolic Violence" in *Violence in War and Peace*, ed. by Nancy Scheper-Hughes and Philippe Bourgois (Malden, MA: Blackwell, 1990), 339-340.

7 Karen Viera Powers, *The Crucible of Conquest: The Gendered Genesis of Spanish American Society, 1500-1600* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 2005).

8 Rubén Medina, "Masculinidad, Imperio y Modernidad en "Cartas de Relación" de Hernán Cortes," *Hispanic Review* 72, (2004): 473.

This process, according to Rubén Medina, established a new form of masculinity—one that served colonialism’s goals.⁹

The masculinity of the conqueror was one of opposites—it could not exist and thrive without conquered men who were made into servile beings and, by contrast to the Spanish, were effeminate. Within the imagery of European monarchies, they became vassals. Within the colonial context, the image of a good subject (or vassal) was Indigenous but humble, poor, frugal, and showed no displays of hierarchy.¹⁰ The masculinity of the conquest, and later colonialism, as Mrinalini Sinha states in the case of India, needed gender stereotypes that characterized colonized men as effeminate because these served an ideological purpose. These stereotypes became normative, and colonists used them to disqualify conquered men from authority; they became proof of inferiority.¹¹ The hegemonic masculinity of the conquest period sought to feminize Indigenous men—by doing so, these men were deprived of their power and, consequently, their defeat and conquest were justified in the eyes of the Spanish.

Men were not the only targets for the re-gendering campaigns of the conquest. Numerous Indigenous women were subjected to sexual violations. These sexual assaults began with the first presence of the Spanish in the Americas; the men on Columbus’ first voyage raped and attacked Indigenous women particularly those men left behind in the Caribbean when the expedition returned to Europe.¹² These assaults were synonymous with the warfare associated with the first stages of colonialism and might even have been part of a strategy of domination. Archaeologist Suzanne Spencer-Wood argues that the rape of Indigenous women was an institution of conquest. It was linked to the feminization of Indigenous men who, when they tried to protect women, were maimed by Spanish soldiers.¹³ A Franciscan friar wrote in 1598 that, when Spanish soldiers made war on the Pueblo Indians, they shouted: “Let us go to the pueblos to fornicate with Indian women... Only with lascivious treatment are Indian women conquered.”¹⁴ The sexual assault of Indigenous women valorized Spanish men’s masculinity by rendering Indigenous men incapable and thus feminizing them, but it also symbolized the taking of land and possessions. This gender strategy of conquest interlinked Indigenous masculinity with female bodies, and the ability of European men to possess and violate these bodies. Masculinity intersected with femininity in order to create new gender identities that were compatible first with conquest and then later with settler societies.

9 Medina, “Masculinidad”, 474.

10 Alejandro Cañeque, *The King’s Living Image; The Culture and Politics of Viceregal Power in Colonial Mexico* (New York: Routledge, 2004), 191.

11 Mrinalini Sinha, *Colonial Masculinity: The ‘manly Englishman’ and the ‘effeminate Bengali’ in the late nineteenth century* (Manchester: Manchester University Press, 1995).

12 Esteban Mira Caballos, “Terror, violación y pederastia en la Conquista de América: el caso de Lazaro de Fonte” *Jahrbuch fuer Geschichte Lateinamerikas* 44, n.º 1(2007): 45.

13 Suzanne Spencer-Wood, “Feminist Theorizing of Patriarchal Colonialism, Power Dynamics, and Social Agency Materialized in Colonial Institutions”, *International Journal of Historical Archaeology* 20, (2016): 483.

14 Viera Powers, *The Crucible*, 69.

The early period of settlement was enmeshed with conquest; the two periods cannot be separated by a neat line of demarcation and the patterns that defined the conquest period were still present in the early colonies. With settlement on Hispaniola, the Spanish sent Indigenous men to work in the mines and raped their wives. Captain Gonzalo de Badajoz forced the Indigenous cacique Escoria to pay him and also took one of his daughters and all of his wives as his own sexual partners/victims.¹⁵ Viera Powers comments that, in this period, Indigenous women “experienced rape on an unprecedented scale.”¹⁶ These sexual assaults were but the continuation of a pattern begun by the Spanish men who accompanied Columbus and continued throughout the many conquests within the region.

The period of hegemonic masculinity was frequently marked by Spanish demands for resources which include taking the cacique’s wives and daughters. One conqueror, Lazaro de Fonte, was accused and condemned of the rape of multiple Indigenous girls, some as young as seven or eight years of age. The conquest narratives are full of exaggerated bravado and the related violence but, in reality, Indigenous women have been depersonalized by these accounts. Their resistance and agency have been erased in a process of “ethnocentric dismissal.”¹⁷ These conquering men claimed that sexual relations outside marriage with Indigenous women—whether consensual or not—were not a sin since— these women had been commodified.¹⁸ (Later, men used a similar logic with enslaved African women). Consequently, Indigenous women were considered fair game for sexual assault during the early colonial period; these acts were part of a strategy of political domination or, alternately, a tactic of forced reproduction.¹⁹ Francisco de Aguirre, who had been part of the conquest expedition that took possession of Chile, fathered at least fifty children out of wedlock; he stated that “making mestizos was more a service to God than a sin.”²⁰ Not all of these relationships were forced but many were. With the establishment of colonial societies, Indigenous women, often only girls, were compelled to live in Spanish households either as domestic servants and/or as sexual objects. Alonso de Mesa, a member of the Pizarro expedition, lived with six Indigenous women in Cuzco and had at least seven children with these women.²¹ The bodies of Indigenous women became part of the spoils of conquest as well as a strategy of conquest. These attitudes transformed their bodies into objects—they became less than human beings in the eyes of the conquerors. These mindsets had larger repercussions for the way that women, in general, would be envisioned in colonial societies.

The Mexican philosopher Octavio Paz, in *The Labyrinth of Solitude*, viewed the mass rape of Indigenous women as the origins of a Mexican identity.²² He also conceived of Malintzin, or La

15 Mira Caballos, “Terror, violación”, 46.

16 Viera Powers, *The Crucible*, 95.

17 Matthew Restall. “‘He wished it in vain’: Subordination and resistance among Maya women in post-conquest Yucatan.” *Ethnohistory*. 42, (1975): 579.

18 Viera Powers, *The Crucible*, 95-96.

19 Gloria González-López, *Secretos de la familia: Incesto y Violencia Sexual en México* (México: Siglo Veintiuno Editores, 2019), 40.

20 Viera Powers, *The Crucible*, 96.

21 Viera Powers, *The Crucible*, 95-96.

22 Octavio Paz, *El laberinto de soledad* (México: Fondo de Cultura Económica, 1959).

Malinche, the Indigenous woman who translated for Hernán Cortes, as a traitor to her people—an attitude that denied her agency as a woman who had been enslaved, then “gifted” as spoils of conquest, and found a way out. Unlike the vast majority of Indigenous women who were raped and commodified by the Spanish, Malintzin became not just the mother of a mestizo son but also a victor.²³ Nonetheless, even those women who were less fortunate were often vilified even by contemporaneous Indigenous men. Guaman Poma de Ayala, who famously wrote a long account of life in early colonial Peru, was one of several who portrayed the raped Indigenous women as traitors.²⁴ Although Octavio Paz is more famous for his renderings of the conquest and the multiple rapes of Indigenous women, these attitudes clearly had deeper roots. Although our attention must be directed towards the victims, there was a larger transformation of the gender identities of both Indigenous men and women and the ways that women were being reconceptualized as commodities and as race traitors. It allowed men to treat women as objects; it denied them agency and control of their own bodies. These ideas and trends only deepened in the period that followed.

COLONIAL GENDER MODALITIES

The violence of battles and conquests was transformed into colonial regimes which were, on the surface, peaceful for centuries. But these early genderings of Indigenous men and women marked how hierarchies would shape gender relations in the colonies. It made Indigenous women into “available bodies” and feminized Indigenous men.²⁵ It was the beginning of a process of culturally constructing Indigenous women as “exotic, highly sexual, and causing erotic desire.”²⁶ In general, racialized women, mestizas, mulattas, Indigenous, Afro-descendant, and African, became erotic symbols throughout the colonial period and beyond.²⁷ This first phase connected racialized bodies with sexualization; it not only rationalized sexual violence but made race part of a cultural construct that justified the treatment of Indigenous and African bodies as commodities. The patterns set in the conquest period were formative and set the tone for gender relations for centuries to come. As Maribel Arreluca writes, the statistics for gender violence have only started to reflect daily practices in the twenty-first century, but the judicial documents from the region show “continuities and ruptures in the long history of violence.”²⁸

23 Clara Sue Kidwell, “Indian Women as Cultural Mediators,” *Ethnohistory* 39, (1992): 99.

24 Viera Powers, *The Crucible*, 696.

25 Maribel Arreluca, “¿Durmiendo con el enemigo? Un estudio exploratorio sobre la violencia, la familia y el matrimonio entre africanos y afrodescendientes. Lima a fines del periodo colonial” in *Violencias contra las mujeres: la necesidad de una doble plural*, ed. by Wilson Hernández Breña (Lima: Editorial Grade, 2019), 436.

26 Spencer-Wood, “Feminist Theorizing,” 478-480 and 483.

27 Noemi Quezada, *Sexualidad, amor y erotismo. México prehispánico y México colonial* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1996), 236.

28 Arreluca, “¿Durmiendo con el enemigo?”, 413.

The colonial societies that were constructed in the period after the conquests built upon Indigenous ways but imposed certain values. There was cultural baggage on both sides, but the Spanish insisted on certain gender ideas; for example, they had a strong sense that gender was a binary. Many Indigenous cultures had much more complex ideas about gender and saw it as fluid and changeable. Aztec Gods and Goddesses often had both masculine and feminine representations.²⁹ In addition, in many Indigenous societies, young men could dress and act as women and had sexual relations with other men. They took on not just the outer appearance of women but also their attitudes, roles, and social place.³⁰ Indigenous societies generally operated under systems of gender parallelism—a system that was not egalitarian but rather assigned complementary roles to men and women for descentance, work roles, political and religious offices. These gender roles permeated Indigenous approaches to the rights and roles that both men and women had within pre-conquest societies.³¹ Under Spanish rule, such gender fluidities were prohibited although, despite some exemplary punishments, there was, at times, considerable tolerance for individuals who adopted sexualities and gender identities that challenged these fixed notions.³² The definitions along these binary lines were also Church teachings. The confessional books that guided priests show that many people continued practices that were banned under both Catholic doctrine and state law.³³ Certainly, most people presented themselves as living within the roles assigned by a gender binary even if there were small slippages.

The notion of a gender binary was just one of the ways that gender was repackaged and channeled into new and more (for the Spanish) acceptable forms. Historians have examined the ways that Indigenous women were relegated to secondary status and pushed out of the public sphere. Many Indigenous women traditionally had public roles and certain powers in politics and religion, these responsibilities had to be hidden if they survived.³⁴ Women were consigned to private, usually domestic spaces, and their work was deemed unskilled and less valued.³⁵ As Susan Kellogg explains, Indigenous men were expected to take on patriarchal roles; when they failed and risked public shaming, they often lashed out violently³⁶. Of course,

29 Pete Sigal, "Imagining Cihuacoatl: Masculine Rituals, Nahua Goddesses and the Texts of the Tlacuilos," *Gender & History* 22, (2010): 538.

30 Richard Trexler, *Sex and Conquest: Gendered Violence, Political Order, and the European Conquest of the Americas* (Ithaca: Cornell University Press, 1995), 66 and 92.

31 Sue Kellogg, "The woman's room: some aspects of gender relations in Tenochtitlan in the late pre-Hispanic period." *Ethnohistory* 42, (1995): 563-565.

32 Serge Gruzinski, "The Ashes of Desire: Homosexuality in Mid-Seventeenth-Century New Spain," in *Infamous Desire: Male Homosexuality in Colonial Latin America*, ed. by Pete Sigal (Chicago: University of Chicago Press, 2003), 210.

33 Noemí Quezada, *Amor, magia amorosa entre los aztecas: Supervivencia en el México colonial* (México: Universidad Nacional Autónoma de México and Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1975), 71; Asunción Lavrin, "Sexuality in Colonial Mexico: A Church Dilemma," in *Sexuality and Marriage in Colonial Latin America*, ed. by Asunción Lavrin (Lincoln: University of Nebraska Press, 1989), 49.

34 Viera Powers, *The Crucible*, 42-43; Irene Silverblatt, *Moon, Sun, and Witches: Gender Ideologies and Class in Inca and Colonial Peru* (Princeton: Princeton University Press, 1987).

35 Spencer-Wood, "Feminist Theorizing," 478.

36 Susan Kellogg, *Weaving the Past: A history of Latin America's Indigenous Women from the Prehispanic*

acceptable gender norms did not remain static from the moment of conquest; gender concepts are not fixed and not only changed over time but also were adapted to social rank and ethnicity. It is also important to remember the complexity of colonial society—it was composed of many different ethnicities, races, racial mixtures, and each group had its own internal hierarchies. For this reason, there was never just one type of masculinity or femininity, but rather gender identities that corresponded to the various social groups.

The manner that individuals lived and enacted their gender was a performance—they had to present themselves in ways that were acceptable to onlookers. Gender norms were enforced, at times, officially, and sometimes simply by community pressure. There was an intersection, in colonial societies, between gender and hierarchy. Thus, acting out one's gender was not as simple as having a cisgender identity—it also had to conform to each person's place within social structures. Consequently, upper-class men had certain elements of identity—a kind of uniform—that placed them not just as men but as men with power and authority. These men tended to wear elaborate clothing but, most importantly, they wore swords whereas plebeian men (illegally) carried knives.³⁷ So different men performed their gender with distinct trappings, but they also embodied their gendered place in the hierarchy by the way they carried their bodies. Upper-class men held their heads high and their backs straight whereas plebeian men had to bow their heads, doff their hats, and signal their submission.³⁸ These became “ritualized gestures” that were transformed into a “mask” that men wore when out in public with their social superiors.³⁹ These public personas were akin to masks, as Scott writes, they were necessary when individuals circulated among others not of their social rank; but this performance—the use of masks in public—both created and confirmed the relations of dominance.⁴⁰

Although debates about civility, manners, and how norms were supposed to be acted out in society abounded in previous centuries, women had the added burden of having to embody these norms.⁴¹ Women, too, were expected to conform through their clothes, adornment, and bodily language. They were expected to dress modestly in sober, coarse cloth, and

Period to the Present (New York: Oxford University Press, 2005), 74-76.

- 37 Sonya Lipsett-Rivera, *The Origins of Macho: Men and Masculinity in Colonial Mexico* (Albuquerque: University of New Mexico, 2019), 148; Marie François, “Cloth and Silver: Pawning and Material Life in Mexico City at the Turn of the Nineteenth Century”, *The Americas* 60, (2004): 355; Isabel Cruz de Amenabar, *El traje: Transformaciones de una segunda piel* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1996), 66; Silvia Hunold Lara, “The Signs of Color: Women's Dress and Racial Relations in Salvador and Rio de Janeiro, ca 1750-1815”, *Colonial Latin American Review* 6, (1997): 212; Antonio Rubial García, *Monjas, cortesanas y plebeyos: La vida cotidiana en la época de Sor Juana* (Mexico City: Taurus, 2005), 85 and 129; Robert Muchembled, *A History of Violence. From the End of the Middle Ages to the Present* (Cambridge: Polity Press, 2012), 21 and 80; Teresa Lozano Armendares, *La criminalidad en la ciudad de México 1800-1821* (Mexico City: Universidad Nacional Autónoma de México, 1987), 101-102.
- 38 Lipsett-Rivera, *The Origins of Macho*, 149-150.
- 39 Felipe Castro Gutiérrez, *Historia Social de la Real Casa de Moneda de México* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2012), 1332-1333.
- 40 Scott, *Domination*, 10 and 29.
- 41 Julia Tuñón, “Ensayo introductorio. Problemas y debates en torno a la construcción social y simbólica de los cuerpos”, in *Enjaular los cuerpos: normativas decimonónicas y feminidad en México*, ed. by Julia Tuñón (México City: El Colegio de México, 2008), 11-66.

demonstrate a demure demeanor with their bodies. Gradations of luxury and submission were also linked to their status and ethnicity. These rules were codified by religious authorities, but the guidelines became naturalized and reinforced by both women and men in the community.⁴² Those who rejected such rules, especially if racialized, were eroticized. Thomas Gage, in his seventeenth-century travel account, commented on mulattas who broke hierarchical and racial rules by wearing pearls and other jewels and clothing made with silk and ornamented with silver or golden laces. Gage assumed that these women used their erotic power “to enslave souls to sin and Satan,” and he automatically assigned them roles as mistresses, courtesans, or engaged in some sexual work.⁴³ His comments represent the ways that racialized women were commodified and eroticized. The ways that women and men acted out their gender as appropriate to their status and ethnicity were learned and, as Scott explains, the repetition of such performances made their behavior automatic and almost effortless over time even if these “masks” were not comfortable or to their taste.⁴⁴ Bourdieu adds to this explanation of the development of “masks” by asserting that, over time, people develop deep-seated cues that makes them conduct themselves in “acceptable” manners. They respond to invisible cues, “as if by magic” because the world has been structured according to these symbolic power structures of domination.⁴⁵

Power relations in colonial society were a daily performance—sometimes in small gestures like a small bow of obeisance or doffing a hat but at other times with elaborate celebrations such as festivities to honor saints or the Viceroy. Subjects were constantly reminded of their place—their bodies inhabited this place by rote and repetition. These daily and periodic acts added up to, as Scott writes, a “practice of domination,” which, he continues “creates the hidden transcript.”⁴⁶ He refers to the ways that both the dominant and the dominated relax their public personas when among those of their status and ethnicity but, the hidden transcript can only exist with the corresponding public transcript. It represents an “outward impression of conformity.”⁴⁷ Scott was writing about power relations writ large but, I believe, that his idea of a public and hidden transcript can also be useful to understand how gender relations work in colonial societies and have implications for later periods. Gender was also an element of identity that was both imposed and performed—it had both public and private faces, and most people wore a “mask” of gender identity when they were in public. Just as with relations of dominance, gender identities became second nature and almost automatic.

People generally played out appropriate gender identities in public and kept up an illusion of a properly gendered society although most residents would have been aware of outliers—the cross-dressers, those who engaged in prohibited sexual acts, the unchaste. Yet, those who flouted the rules simply reinforced the norm because it was clear that

42 Sonya Lipsett-Rivera, *Gender and the Negotiation of Daily Life in Mexico, 1750-1856* (Lincoln: University of Nebraska Press, 2012).

43 Thomas Gage, *Thomas Gage's Travels in the New World* (Norman: University of Oklahoma Press, 1648), 68-69.

44 Scott, *Domination*, 29.

45 Bourdieu, “Gender and Symbolic Violence”, 340, 341.

46 Scott, *Domination*.

47 Scott, *Domination*, 24.

they were outside the standard mode of being. This understanding of gender identities as norms that were akin to public and hidden transcripts is important for my analysis because, as Scott notes, when the hidden transcript becomes public, it usually leads to upheaval. My contention is that in what I have termed “moments of anxiety” this rupture occurred and altered the ways that gender was understood.

GENDER CONSTRUCTIONS AND HONOR

Since the 1960s, anthropologists and historians have been examining Mediterranean honor systems and the ways that these were disseminated to other parts of the world, especially those regions colonized by the Spanish and Portuguese. Honor structured peoples’ lives but also had an intensely important gender element. Honor had two integral parts: status and virtue. Individuals who were born into families of rank had inherited honor.⁴⁸ Their status as belonging to an honorable family was confirmed by their parents’ marriage and thus their legitimacy and also the wealth of families who could afford the privacy and protection from the exposure of any peccadillos. As Ann Twinam has shown, many elite families did have children out of wedlock but were able to conceal or regularize their status.⁴⁹ Many of these families were of noble ranks or among the wealthy but, although this perspective implies that the honor associated with status was reserved for the elite, in fact, within the middle and lower classes, people imparted social levels and hierarchy within their ranks. Community leaders and those slightly more prosperous gained status as more honorable among their peers.⁵⁰ Individuals and families derived their power and status from possessing this honor. They fought to keep it by ensuring no scandals would be attached to their lineage and by acts of verbal or physical violence against those who threatened to tarnish their reputation.

Honor’s other part—virtue—was more easily attained. For men, a reputation for virtue could be gained by acts of bravery in military combat or otherwise but also, by controlling and assuring the chastity and good behavior of the women associated with his household. That is, not just his wife and daughters, but also his mother and any women who lived within the household including servants could not commit a breach of proper behavior without staining the man’s honor. This aspect of male honor justified their control over the bodies of the women in their household and acts of violence to discipline and control these women.

48 John G. Peristiany, *Honor and Shame: The Values of Mediterranean Society* (Chicago: University of Chicago Press, 1966); John G. Peristiany and Julian Pitt-Rivers, *Honor and Grace in Anthropology* (New York: Cambridge University Press, 1992); José Antonio Maravall, *Poder, Honor y Élités en el Siglo XVII* (Madrid: Siglo Veintiuno Editores, 1979).

49 Ann Twinam, *Public Lives, Private secrets: Gender, Honor, Sexuality, and Illegitimacy in Colonial Latin America* (Stanford: Stanford University Press, 1999).

50 Lipsett-Rivera, *Gender and the Negotiation*, 13.

It was this intersection between the values of the colonial world and the way that gender identities and values were being shaped in this period that is pivotal for the argument I develop in this work. Women, therefore, were virtuous and honorable when they maintained their purity and chastity; they had to be beyond reproach at least in the public eye. Women demonstrated their chastity by wearing concealing, sober clothing, demure bodily language, remaining enclosed as much as possible, and always acting the part of an honorable woman. This standard of conduct was highly problematic on many levels, but it was promoted as the ideal by both the Church and State. It was not possible for lower-class women to remain indoors—they had to leave their homes to work, shop, gather food, do laundry, and get water among many other tasks.⁵¹ Yet men often held them to this unattainable standard and punished them for their lapses. In addition, men derived status from seducing women, and thus they attacked another man's status in this way.

The ideas surrounding honor had more than a symbolic value; they affected the ways in which men and women interacted and also suffered violent acts when they were brought into line. Both men and women were victims of this violence but also perpetrators. Women suffered many restrictions on their movements and control over their bodies as a result of the honor system; husbands, fathers, brothers, mothers-in-law, neighbors, and many other people enforced the standards with various means such as gossip, imprisonment, and, most commonly, violence.

Male violence was more frequent, but they too suffered within the honor system. They constantly had to vie for their position in the social hierarchy, and those in the lower echelons suffered considerable abuse, both verbal and physical. It may seem odd to emphasize male suffering here, but their ill-treatment undoubtedly contributed to the creation of subaltern masculinity. In addition, when lower-class men felt hemmed in on all sides, they could lash out at the only people lower than them in the social hierarchy: women. Because they had very little control over their lives or much social power, they could exert their “micro powers” against those lower than them on the hierarchy. Thus, the honor system created a social structure that forced women and men into roles and conduct that were not always comfortable or even possible and punished them when they stepped out of line. It created a system of bodily control aimed at women primarily and appointed men to control women's bodies with violence. The honor system provided a rationale for violent acts against women; this control of their bodies that lasted well beyond the colonial period.

WOMEN AND ENCLOSURE

The early colonial period brought changes in the colonies' demography as more European women began to arrive to join their husbands or to marry. Families and households with European or mestiza daughters become more common. The female presence, in some

51 Lipsett-Rivera, *Gender and the Negotiation*.

ways, brought a greater normality to gender relations but in others, focused attention on the problem of rape. While Spanish men had justified the violation of Indigenous women, it was harder to do so with European women. In addition, these women, largely, were relatives. The situation brought forward one of the big contradictions of the honor system and gender. Part of masculine bravado was acquired by seducing women but particularly those who “belonged” to another man. As Juan Pedro Viqueira Albán notes, the seduction of women was a source of prestige for Spanish men—the harder the conquest, the greater the prestige which led to a fashion for trying to seduce nuns.⁵² Apart from seduction, rape as an instrument of war evolved into rape as a form of vengeance. As Susan Socolow found for colonial Argentina, men often sexually assaulted the wives of their enemies. It was a way to demean manliness and male honor.⁵³ In order to retain their status as men of honor, fathers, husbands, and sons had to guard their female relatives’ chastity but, contradictorily, they sought out the seduction, and, at times, violation of women in other men’s families. The solution, long practiced in Mediterranean cultures, was to try to enclose women as much as possible with architecture that protected them from the eyes of outsiders and social rules that confined them to the private sphere.

The transition to colonialism coincided with the florescence of the concept of *recogimiento*. The idea was a derivation from the theological concept, coined by Catholic theologian and moralist Francisco de Osuna who, in the sixteenth century, promoted the idea of *interioridad* or deep spiritual contemplation. In 1502, the word was used to describe buildings/institutions that housed pious individuals; they would live together in strict and austere conditions to engage in spiritual practice.⁵⁴ These institutions took on a gendered aspect in the early colony when various institutions called *recogimientos* or *casas de recogidas* were created to house single women or wives left behind by husbands who had to travel for military, political, or commercial purposes.⁵⁵ As Mónica Ghirardi and Jacqueline Vassallo note, because women were deemed to need male tutelage and were not to be trusted in the public sphere, the logic of bodily control was always present.⁵⁶ The gendering of the institution of *recogimientos* took on further emphasis when Osuna published *Norte de los Estados* in 1528 in which he began to apply the term “*recogimiento*” specifically to women. The word began to have multiple meanings, one which referred to the building/institution and one which connected to the feminine virtues within honor. It was increasingly used as a shorthand for both the enclosure of women but also their spiritual and moral stance.⁵⁷

52 Juan Pedro Viqueira Albán, *Propriety and Permissiveness in Bourbon Mexico* (Wilmington: Scholarly Resources, 1999), 4.

53 Susan Socolow, “Women and Crime: Buenos Aires, 1757-97”, *Journal of Latin American Studies* 12, (1890): 45 y 46.

54 Nancy Van Deusen, *Between the Sacred and the Worldly: The Institutional and Cultural Practice of Recogimiento in Colonial Lima* (Stanford: Stanford University Press, 2001), 18.

55 Robin A. Rice, “Recogimientos femeninos en la Nueva España y su papel como cárceles para mujeres marginadas”, *Edad de Oro* 38, (2019): 236; Van Deusen, *Between the Sacred*, 50.

56 Mónica Ghirardi and Jaqueline Vassallo, “El encierro femenino como práctica. Notas para el ejemplo de Córdoba, Argentina, en el contexto de Iberoamérica en los siglos XVIII y XIX”, *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* 14, (2010): 74.

57 Van Deusen, *Between the Sacred*, 21.

In the Americas, *recogimientos* began to have racial connotations since many of the first institutions were constructed to house the daughters of the Indigenous nobility or mestiza girls.⁵⁸ As Robin Rice notes, “Women were a source of anxiety in Novohispanic society.”⁵⁹ While the early concept of the *recogimiento* as an institution was designed to provide a safe haven for women left on their own, these establishments took on a punitive aspect especially for racialized girls and women who were lodged there. Women of color were more frequently punished and by the end of the eighteenth century, many women began to prefer a stint in the public jail than in the *recogimiento*.⁶⁰ In Peruvian *recogimientos*, forced work was the norm especially for mestiza or poor girls whereas noble girls, in the same building, were educated.⁶¹

Although attitudes about prostitution were quite lax in the early colonial period, the *recogimientos* accepted *arrepentidas* or former prostitutes who sought a new life.⁶² In the late colonial period, officials began to try to impose a stricter morality and began to imprison prostitutes in the *recogimientos*. These women were treated harshly with punishments for infractions that were similar to those used in prisons or on the galleys.⁶³ This trend presages the way that sex workers would be forced into enclosure in later periods. The *recogimientos* served to enforce reclusion to the private sphere for women but especially racialized, marginalized, and rebellious women.⁶⁴ When sentenced, the judge would command taking the woman’s body into custody.⁶⁵ From a refuge, these institutions had become a way to penalize women’s independence and to force their bodies into a strict enclosure.

“JUST” DISCIPLINE, GENDER, AND HONOR SYSTEMS

The ideas that formed the framework of honor systems were put into effect in ways that affected both women and men and provided a foundation for those ideas central to femicides/feminicides and gender violence in contemporary Latin America. These ideas were also reinforced by ideas of “just” discipline within these profoundly hierarchical societies.

58 Lidia Martínez Alcalde, “Recogimientos para mujeres en Lima hasta 1650”, *Hispania sacra* 53, no. 108 (2001): 438; Van Deusen, *Between the Sacred*, 27 and 38.

59 Rice, “Recogimientos femeninos”, 235.

60 Rice, “Recogimientos femeninos”, 237.

61 Martínez Alcalde, “Recogimientos”, 43 and 441.

62 Rice, “Recogimientos femeninos”, 236; María Dolores Pérez Baltasar, “Orígenes de los recogimientos de mujeres” *Cuadernos de historia moderna y contemporánea* 6, (1985): 33.

63 Pérez Baltasar, “Orígenes de los recogimientos”, 33.

64 Rice, “Recogimientos femeninos”, 246; Ghirardi and Vassallo, “El encierro femenino como práctica”, 79.

65 Miguel Ángel Isais Contreras, “Ley, naturalismo y género: Dicotomías sexuales en torno al delito y la justicia en Guadalajara durante la transición de Independencias”, in *Mujeres insurgentes, mujeres rebeldes*, ed. by Miguel Ángel Isais Contreras, María Candelaria Ochoa Avalos and Jorge Gómez Naredo (Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2015), 238.

Married women had an obligation to obey their husbands. Moralists like Juan de la Cerda, in the sixteenth century, invoked wedding vows that stated that wives must obey and fear their spouses in much the same way as they obeyed and feared God.⁶⁶ When husbands perceived disobedience, social values, and legal doctrines allowed men to moderately punish their wives. Difficulties arose in defining what was just and moderate and when a discipline neared into cruelty or *sevicia*. But as Luis Bustamante Otero writes about colonial Peru (and can be applied more widely) husbands' use of force was legitimized and considered ideologically sound.⁶⁷ The idea of a just or moderate punishment was part of the larger ideological apparatus of colonial society. It was assumed that those in socially superior positions had the right to hit, to have physical domination over the bodies, of not just wives, but also the enslaved. It was part of the privilege that hierarchies imparted on men, the logic of violence in the colonial period,⁶⁸ and the naturalization of gender violence that made it an integral part of colonial society but almost invisible.

In this section, I will provide some examples of the kinds of violence that can be found in the colonial archives, primarily from Mexico and my own research. These examples are only a sample of the acts of violence that men used to exert their “micro powers” over the women in their lives. Unlike many in the colonial period, these men were brought before judges by family members, neighbors, or even the women themselves because of their concerns that the violence could or had gone too far. They represent a percentage of the acts of violence—many more, undoubtedly, were not reported.

In 1803, in the village of Santiago Tepetates, in New Spain, Indigenous officials arrested Lazaro Antonio for killing his wife María Josefa. The investigation revealed a man whose cruelty towards his spouse was well-known because it was performative. Their daughter Manuela testified that her father had grabbed María Josefa by the hair and dragged her into their homes' patio (and later killed her).⁶⁹ This act was part of a pattern. Two other witnesses, Albino Pablo and Francisca Xaviera, Indigenous neighbors, recalled how Lazaro Antonio had previously dragged María Josefa into the countryside, tied her to a tree, and whipped her monstrously.⁷⁰ Husbands often used this tactic, the obvious dragging away of a woman, mimicking the way that officials conducted discipline, to stage their right to correct. It meant that they had an audience even when they were away from prying eyes because community

66 Juan de la Cerda, *Libro intitulado vida politica de todos los estados de mugeres: en el qual dan muy provechosos y Christianos documentos y avisos, para criarse y conservarse debidamente las mugeres en sus estados* (Alcalá de Henares, Casa de Juan Gracián, 1599), 208-208v.

67 Luis Bustamante Otero, “Pubertad y elección matrimonial. La ciudad de Lima y la experiencia de la sevicia conyugal en la agonía colonial”, in *Violencias contra las mujeres: la necesidad de una doble plural*, ed. by Wilson Hernández Breña (Lima: Editorial Grade, 2019), 414; Viera Powers, *The Crucible*, 103; Arreluca, “¿Durmiendo con el enemigo?”, 414.

68 Arreluca, “¿Durmiendo con el enemigo?”, 435-436.

69 Archivo General de la Nación (México), Ramo Criminal, vol. 8, exp. 20, fol. 302-356, 1803, Teotihuacan, fol. 308v-309v, 25 abril 1803.

70 Archivo General de la Nación (México), Ramo Criminal, vol. 8, exp. 20, fol. 302-356, 1803, Teotihuacan, fol. 312bis-313, 30 abril 1803; see also: Archivo General de la Nación (México) Ramo Criminal vol. 278, exp. 7, fol. 239-262, 1796, Xalostoc, for an example when a husband followed the same pattern but took his wife to the barranca.

members witnessed the dragging away and condoned the “discipline” by not intervening.⁷¹ The act of dragging women out of their homes also dishonored them because there being evicted from the domestic enclosure—a space associated with female honor.

Lazaro Antonio was brought to court because he killed his wife—he simply went too far in his “discipline.” His legal defender took a position that was all too common. Don José de Ocampo argued that not only was Lazaro Antonio to be excused because he was inebriated but also because “the anger or irritation that he justly felt to see that his wife dared to lift her hand to him thus lacking in the subordination that women owe to their husbands.” He continued that this subordination was “so natural that Saint Augustine says, that even if Adam had not eaten of the apple and sin did not exist, women must always be subordinated to men.”⁷² To some extent, wives accepted this logic. As Bourdieu notes, these ideas become naturalized and deeply embedded within the dominated.⁷³

This logic and its naturalization became embedded in mentalities and continued into the national period. In 1856, in the village of Izúcar, María Crecencia, for example, recognized that even though all she was doing was innocently cooking, when her husband began to fight with her, she should not have picked up a rock. In New Spain and later in Mexico, the act of picking up a rock was a message of violence.⁷⁴ She ran out of the house trying to get help, but he caught up with her and hit her head with a stick. He testified that she angered him by lifting the rock; officials noted that “María Crecencia provoked her husband’s anger.”⁷⁵ Like many men brought before the court for domestic violence, Tomás Montellanos explained his violent act, he did not need to deny it. He was released from prison; his only punishment was to pay for medical costs. As in later centuries, the colonial and national states had no interest in punishing domestic violence. In this way, the pattern of naturalizing gender violence was the product of these practices: the dismissal of women’s rights of self-defense and the right of men to assault women in the guise of discipline were not just condoned by state officials but also encouraged.

PATTERNS OF VIOLENCE AND IDENTITIES

It may seem that these patterns of gender violence and the identities that were being developed are very distant from the present and, although tragic, are but a sad memory. But these patterns had long-lasting consequences because they produced very deep-seated

71 Lipsett-Rivera, *Gender and the Negotiation*, 106, 124-125.

72 Archivo General de la Nación (México) Ramo Criminal, vol. 8 exp. 20 fol. 302-356, 1803, fol. 328, 1 Sept. 1804.

73 Bourdieu, “Gender and Symbolic Violence”, 339, 341.

74 Lipsett-Rivera, *Gender and the Negotiation*, 174-175.

75 Archivo Judicial de Puebla, 1856 paquete 3, Izúcar, Tomás Montellanos-heridor de su esposa María Crecencia, (María Crecencia provocó la colera de su marido.)

senses of domination and control. Bourdieu explains that humans who are controlled through domination begin to assume and naturalize the categories into which they have been placed. Over time, these modalities are inscribed into the subconscious and exert an almost magical power over peoples' bodies. He explains that the relationship of domination is imprinted on bodies and enters the corporeal vocabulary—in this case, colonial Latin American society—and, consequently, people begin to act within these models of power and submission with being conscious of how they are following certain models. There is a symbolic violence that is deeply embedded within the social fabric.

Even when there are political and social changes that are meant to liberate the dominated from restrictions, they cannot easily escape these ways of being. There is a tendency to wonder why those who are dominated (especially women) seem to like being dominated. Bourdieu explains that the power of domination is constructed in the dominated, and they cannot escape it.⁷⁶ Frequently, they become accomplices in recreating the social order that dominates them. Bourdieu's explanation helps to understand why, in some cases, women in colonial Latin America participated in the domination of other women. They became part of this system rather than resisting it.

Although we see many examples of solidarity between women—neighbors intervening when loud noise alerted to extreme abuse, women who provided refuge to abused wives, and others—there were also those who participated in the abuse of other women. In 1802, in the village of Ocuyoacan in New Spain, María Tomasa's mother-in-law actively participated in her abuse and domination. One night, as María Tomasa recounted, her husband stripped her of her clothes and tied her to a post in their home. This scenario mimicked the official ways to punish criminals, so the abuse was not just to inflict pain but also to degrade her. Her spouse's actions were not an isolated incident but reflective of the means used by men to “put” women in their place. In this incident, the husband was assisted by his mother, who prevented the neighbors from entering their house while her son whipped his wife from her head to her pubic area. María Tomasa was tied up and abused for hours during which she screamed in pain and pleaded with her mother-in-law to take pity on her.⁷⁷

In her testimony, María Tomasa, very eloquently, remarked that her husband expressed his hatred for her both in his words and his acts.⁷⁸ The brutality of the “discipline” that María Tomasa had to undergo was extreme for this period but also simply on the farther end of a spectrum of violent acts. It seems to presage the kind of brutality which only increased -and increases- as these patterns of gender violence and gender identity developed in Latin America. It also allows us to glimpse the ways in which the dominated often become complicit in their domination.

76 Bourdieu, “Gender and Symbolic Violence”.

77 Archivo General de la Nación (México) Ramo Criminal, Vol. 206, Exp. 20 fol. 236-251, 1802, Tenango del Valle.

78 Archivo General de la Nación (México) Ramo Criminal, Vol. 206, Exp. 20 fol. 236-251, 1802, Tenango del Valle.

CATEGORIZING WOMEN

The legal doctrines of colonial Latin America categorized certain people as deserving of protection. Low social status and the idea that they were not competent were some of the defining elements of this protection. Women were part of this group, but honor systems defined some women as more deserving—those who were able to live up to the standards of enclosure and chastity were classified as “honest” women. As Silvia Arrom writes, wives, mothers, nuns, and widows, were eligible as long as their sexual morals were not blemished. Women who dressed in a way that tainted her as sexualized were not given this protection.⁷⁹ Plebeian, enslaved, and racialized women were commonly defined as “dishonest” and lacking in morals by their status. Their bodies were eroticized within the colonial system.⁸⁰ In many regions, lower class and Afro-descendent women were assumed to be prostitutes, sexually deviant, or immoral and were arrested as dishonest women.⁸¹ Consequently, even when women in these groups acted entirely within the dictates of the honor system’s moral code, they were often left out of the legal and social protections that were supposed to be accorded to them.

Although legal codes and ideas in the region have changed since the colonial period, these beliefs and frameworks infiltrated the new regulations. Nineteenth-century legal codes in Mexico protected women who were chaste and honest; by implication, those who did not fall into this category did not deserve protection. Just like women in the colonial period, nineteenth-century women were supposed to be passive; their sexual virtue was still considered “essential to social order.”⁸² As Ivonne Szasz notes, article 174 of the penal code of nineteenth-century Jalisco referred to “the reputation that a woman obtains by her good material and moral conduct with regard to the erotic.” Only women were defined in this manner.⁸³ These definitions had a real impact on girls and women when they were victims of violent acts, especially those of a sexual nature. It meant that they could not count on legal protections and sometimes were re-victimized.

In 1803, in the village of Taxco (New Spain), Josepha de la Cruz presented herself to officials to make a criminal complaint against Joseph de Leiba for having raped her seven-year-old daughter Luisa Francisca. The details of this case are profoundly sad. Josepha suspected something when she was washing her daughter and found blood on

79 Silvia Arrom, *The Women of Mexico City. 1790-1857* (Stanford: Stanford University Press, 1985), 64.

80 Arreluca, “¿Durmiendo con el enemigo?,” 435-436.

81 Eileen Findlay, “La Raza y lo respetable: Las Políticas de la prostitución y la ciudadanía en Ponce en la última década del siglo XIX,” *Revista del Centro de Investigaciones Históricas* 16, (2005): 101 and 103.

82 Ana M. Alonso, “Love, Sex and Gossip in Mexican Legal Cases from Namiquipa, Chihuahua” in *Decoding Gender: Law and Practice in Contemporary Mexico*, ed. by Helga Baitenmann, Victoria Chenaut, and Ann Varley (Rutgers University Press, 2007), 44 and 46.

83 Ivonne Szasz, “Sins, Abnormalities, and Rights: Gender and Sexuality in Mexican Penal Codes in *Decoding Gender: Law and Practice in Contemporary Mexico*, ed. by Helga Baitenmann, Victoria Chenaut, and Ann Varley (Rutgers University Press, 2007), 67.

her underclothes. She questioned her daughter about the stains, and Luisa Francisca responded by saying: “Nanita don’t whip me, I will tell you the truth.” On the previous Sunday, her mother sent her to buy some candles in the early evening when she met Joseph de Leiba. He dragged her away into a nearby barranca (ravine). He grabbed her by the braids and threatened to kill her if she screamed. She did not describe the rape except to say that she was hurt in her “shameful parts.”⁸⁴

At first, her age made her a sympathetic victim—she was so young that she did not have all her adult teeth yet. But she was also mulatta and illegitimate—two factors that, despite her youth and sexual innocence—played against her. She could not be defined as an “honest” woman. The evidence that she was inherently “dishonest” came first from the midwives who noted that, although she was bruised, her vagina was big enough to receive her rapist’s penis and would not die because of her defloration. The notary followed; he testified that her baptism noted that her parents were unknown.⁸⁵ The evidence from various officials painted a picture that condemned the victim. Joseph de Leiba’s legal defender invoked the notion of “*malicia*”—a catch-all phrase that implied immorality and shiftiness.

According to the accused’ legal defender Manuel Galara, Luisa Francisca was mature for her age because she had been born into an environment of immorality, a product, he stated that occurred “especially among people of inferior status; and it happens naturally because, from the moment they open their eyes to the world, all they see or hear are dishonesties and obscenities even from their own parents.” He continued that “naturally among this class of people who live in dissolution and immodesty, the poor example for all corporal senses serves as an incentive to carnal sensuality and speeds up nature.”⁸⁶

Despite her age, despite the violence she suffered, officials portrayed Luisa Francisca as a fallen woman who seduced her rapist. Her plight illustrates how these definitions had an impact on the lives of girls and women who—through no fault of their own—could not access the protections that existed for “honest” women. It also shows how the intersection of race and class could make women even more vulnerable. These ideas, although formed in the colonial period, did not fade away with Independence. As Cindy Forster notes for twentieth-century Guatemala, rape victims were often portrayed as a *mala mujer* (bad woman); essentially, they brought on the sexual attacks because they had strong sexual appetites. The aggressor did not usually suffer any penalty if his victim was lower class.⁸⁷ Sexual violence against women continued to be normalized.

84 Archivo General de la Nación (México) Ramo Criminal vol. 624 exp. 1 fol. 1-37, 1756, Taxco, fol. 3, fol. 4-5

85 Archivo General de la Nación (México) Ramo Criminal vol. 624 exp. 1 fol. 1-37, 1756, Taxco, fol. 7-7v, fol. 7v-8, fol. 9-9v.

86 Archivo General de la Nación (México) Ramo Criminal vol. 624 exp. 1 fol. 1-37, 1756, Taxco, fol. 26-27v.

87 Cindy Forster, “Violent and Violated Women: Justice and Gender in Rural Guatemala, 1936-1956,” *Journal of Women’s History* 11, 3(1999): 61.

PUBLIC SPACES AND GENDER

The Mediterranean honor code also imparted values to different spaces—the center was the core of all that was considered moral and honorable. In colonial cities, it was the location of churches and cathedrals, the location of officialdom, and the palaces and mansions of the wealthy and honorable. Apart from associations with honor, city spaces were also gendered. Because women were supposed to be enclosed in their homes, these spaces were feminized, and the street and public spaces, in contrast, became masculinized. This spatial division was also replicated in ideas about the city core and surrounding areas; streets on the city's edges and the countryside were not only considered masculine spaces but also sexualized.

These spatial associations regulated how women were supposed to behave and move about the city. Women were supposed to embody *recogimiento* or enclosure—a type of chastity performed and embodied by being generally home-bound and when outside the home having a protective layer of clothes and servants. Just as the category of “honest” woman was out of reach for lower class and racialized women, this type of conduct was unrealistic for women who had to work, fetch water and food, wash clothes, and do many other tasks.⁸⁸ Federici also notes that part of the process of women's loss of control over their own bodies was their reclusion to the private sphere.⁸⁹ Nonetheless, women outside these moral spaces of center and home were often considered immoral. These spaces sexualized them and made their presence and conduct inherently immoral.

This spatial definition created a perception that women had to remain within certain spaces, and, when they were found elsewhere, they would be out of place and sexualized. When women ventured into public spaces, they lost any of the protections intrinsic to their sex—in the colonial period and still today.⁹⁰ Even very young girls were sexualized and attacked in these circumstances. In 1799, Severina María Josefa, an Indigenous girl of about eight years of age, was sent by her mother to the crossroads outside of town to meet her brother. Miguel Antonio Lizalde, a muleteer, encountered her in this space and raped her.⁹¹ In 1811, José María Balderrama encountered young girls in the monte; they ran away from him, but he caught a six-year-old girl (unnamed in the document) and raped her. He blamed the devil for his actions—a metaphor for lust.⁹² While it may not have seemed obvious, these very young girls, like so many others, were sexualized by their presence out of place. Such sexual

88 Lipsett-Rivera, *Gender and the Negotiation; Deborah Kanter, Hijos del Pueblo: Gender, Family, and Community in Rural Mexico, 1730-1850*, (Austin: University of Texas Press, 2008), 47.

89 Federici, *Caliban*, 100.

90 Erika Janos and Agustín Espinosa, ““A una señorita no le pasan esas cosas...”: Sexismo y culpabilización de la víctima en comentarios en redes sociales ante una noticia de violencia sexual ocurrida en Lima” in *Violencias contra las mujeres: la necesidad de una doble plural*, ed. by Wilson Hernández Breña (Lima: Editorial Grade, 2019), 144.

91 Archivo General de la Nación (México) Ramo Criminal, vol. 28, exp. 1, fol. 1-80, 1799, Teotihuacan.

92 Archivo General de la Nación (México) Ramo Criminal, vol. 80, exp. 19, fol. 561-570, 1811, Tulancingo; see also: Sonya Lipsett-Rivera, “Mira Lo que Hace el Diablo: The Devil in Mexican Popular Culture, 1750-1856”, *The Americas* 59, (2002): 201-219.

attacks also occurred in the cities, when women and girls were dragged into abandoned houses or dark corners.⁹³ When women or girls left the enclosure of their homes, they were sexualized and vulnerable, but those of the lower class who could not count on the mantle of being categorized as “honest” were doubly vulnerable.

Spaces were also altered in their associations by the time of day—the night was a space. Many societies impart such values to the night; in the early modern period, it was a time commonly associated with the devil, wild revelry, sexuality, and immorality.⁹⁴ In New Spain, as Antonio Rubial García writes, the night was when prostitutes took over respectable places such as the Viceregal palace and surrounding area in Mexico City, men and women had secret assignations, and racialized people organized dances considered obscene.⁹⁵ In small rural communities in New Spain, fandangos continued all night long.⁹⁶ It was also the time when the streets around convents and monasteries were populated by couples engaged in sexual relations.⁹⁷ In colonial Cartagena, young men used the cover of darkness to try to seduce young women.⁹⁸

Clearly, spaces considered moral and safe in the daytime were transformed by the absence of light. In effect, the setting sun became a type of curfew for women who wanted a mantle of respectability.⁹⁹ Rapes were more likely to occur at nighttime.¹⁰⁰ These circumstances contributed to the sexual attack on doña María Dolores Ximenes. She testified that one night, when the moon was so bright that she thought it was nearly day, she set off to attend mass in town and take communion. She was at the town’s outskirts when two men accosted her; they dragged her into a walled-in field, stripped her of her clothes, her catechism book, as well as her reliquary, scapulary, and rosary. They both raped her, robbed her, and left her tied up.¹⁰¹ The examining midwife confirmed that she was badly injured her body showed marks of whipping and blows and bruises on her “shameful parts.” The priest was called to administer the last rites because it seemed she might die.¹⁰²

The two aggressors were caught and did not deny attacking doña María but rather explained that they assumed she was out whoring. José Barceno recounted that he remarked to her: “what are you doing out at these hours?” Juan Bonifacio (alias Eugenio) asked her

93 See for example: Archivo General de la Nación (México) Ramo Inquisición, vol. 1373, exp. 13, fol. 173-223, México, 1792

94 Lipsett-Rivera, *Gender and the Negotiation*, 130-131.

95 Antonio Rubial García, *La plaza, el palacio y el convento. La ciudad de México en el siglo XVII* (Mexico City: Consejo Nacional para la Cultura y el Arte, 1998), 42, 48, and 116.

96 Álvaro Ochoa Serrano, *Mitote, fandango y mariacheros* (Zamora: El Colegio de Michoacán, 2000), 31-32.

97 Viquiera Albán, *Propriety*, 100.

98 Nicole Von Germeten, *Violent Delights, Violent Ends: Sex, Race and Honor in Colonial Cartagena de Indias*, (Albuquerque: University of New Mexico Press, 2013), 22.

99 Katie Barclay, “Mapping the Spaces of Seduction: Morality, Gender and the City in Early Nineteenth-Century Britain” in *The Routledge History Handbook of Gender and the Urban Experience*, ed. by Deborah Simonton (London: Routledge, 2017), 112.

100 Carmen Castañeda, “La memoria de las niñas violadas,” *Encuentro* 5, (1984): 44 and 47.

101 Archivo General de la Nación (México) Ramo Criminal, vol. 62, exp. 7, fols. 207-244, Tulancingo, 1803, fol. 205v-206v.

102 Archivo General de la Nación (México) Ramo Criminal, vol. 62, exp. 7, fols. 207-244, Tulancingo, 1803, fol. 207-207v.

“whether at these hours she was out whoring.” The pair’s legal defender doubted doña María’s account and argued that she “was incautious and sought out the danger herself.”¹⁰³ Despite her status as a married woman and her religiosity, doña María did not retain her status as an “honest” woman when she was out at night. Not only did the two men rape her, but they beat her mercilessly because they believed that a woman out at night had no right to bodily integrity.

Certain spaces were associated with honor and morality and presented women with a false sense of safety. They were told that if they kept to their homes at night, dressed appropriately, and presented the world with an image of a chaste, pious woman, they would be safe. Yet, most women could not afford to stay inside, and, even when they did, men often invaded their homes and rooms. Even the most virtuous women and the youngest girls were at risk. These concepts continue into more contemporary societies. As Marieliv Flores describes for twenty-first-century Peru, public spaces have been legitimized as masculine, so street harassment of women is normalized, and the idea of honor relegates women to the home. Women, when they are in public, are assumed to be of bad morals or a *mujer pública*.¹⁰⁴ These ideas continue the categorization of women into honest/dishonest depending on their presence in spaces deemed to be masculine. Essentially, urban geographies become performative: when individuals move through different spaces, certain values are attached to them and their activities.¹⁰⁵

WOMEN’S BODIES AND CONTROL

Fray Francisco de Osuna, a sixteenth-century moralist, described the wedding ceremony as a joining of two bodies; the woman became part of the man’s flesh, and the couple become one. This image takes on a more sinister tone when Osuna takes the bodily metaphor further and argues that the wife should submit and obey her husband because just as Christ is the head of the Church, the husband is the head of the family.¹⁰⁶ The bodily union was not one of equals but rather a hierarchical one. Women, especially if they were not from a “decent” house or protected by a man, were considered available bodies.¹⁰⁷

103 Archivo General de la Nación (México) Ramo Criminal, vol. 62, exp. 7, fols. 207-244, Tulancingo, 1803, fol. 214-215v, fol. 216v-218, fol. 227-228v

104 Marieliv Flores, “Género y espacio público: El acoso sexual callejero como muestra de hombría” in *Violencias contra las mujeres: la necesidad de una doble plural*, ed. by Wilson Hernández Breña (Lima: Editorial Grade, 2019), 184 and 186; Janos and Espinosa, “A una señorita no le pasan esas cosas...”, 167.

105 Barclay, “Mapping the Spaces”, 104.

106 Francisco de Osuna. *Norte de los estados en que se da regla de bivar a los mancebos: y a los casados; y a los viudos; y a todos los continentes; y se tratan muy por estenso los remedios del desastrado casamiento; enseñando que tal a de ser la vida del cristiano casado*, Sevilla, no press, 1531, 90v, 92v.

107 Arreluca, “¿Durmiendo con el enemigo?”, 436.

Although ecclesiastical authorities urged men to treat their wives as companions, many women compared the married state to slavery.¹⁰⁸ Once entered into, marriage was indissoluble; the only legal remedy was an ecclesiastical divorce. It did not sever the bond of marriage but allowed husband and wife to live separately. It was overwhelming wives who sued for divorce. During the process and afterward, the wife was put in a “deposit”—usually a house deemed to be decent. This “deposit,” according to Arrom, was meant to protect women, but it also controlled them. Many husbands complained that their wives had too much liberty while in “deposit.”¹⁰⁹ In Argentina, the deposit of women during an ecclesiastical divorce was still part of the legal code until 1871.¹¹⁰ Marriage was only one state in which women lost agency over their own bodies. Men sought to possess, discipline, and control women’s bodies in many ways.

Within both married couples and those living in *amasiato* (the equivalent of common-law marriage), men believed they had the right to possess the women they supported financially and with whom they had a previous or ongoing sexual relationship. José Antonio Bonilla, for example, claimed the right to discipline and ultimately to kill his mistress, María Josefa Veloz. An official asked him: “What power or authority did you have over the woman to call to her in the street?” He answered that she was his mistress, and he had supported her financially for two months. A witness, Luisa Hernández, gave a slightly different account: she stated that Bonilla ordered Veloz to come with him. Veloz replied: “No, no, no” and he stabbed her. Bonilla’s legal defender called Veloz “a provocative woman” simply because she refused to obey a man who claimed rights over her.¹¹¹ Not only did Bonilla assert his right to discipline a woman with whom he had only an indefinite connection, but he also claimed a right to possess and kill her. The cases recorded in the archives are probably only a percentage of the many acts of domestic violence that occurred.¹¹² It is clear that not only did community values support men’s right to discipline and sometimes kill their spouses and mistresses, but this also suited the state. As such men rarely denied their acts of violence towards women, they simply explained their actions. Penalties were light and rare for domestic or gender violence.

Since the conquest period, sexual violence was an act of possession. At times, men raped the women they wanted to marry in order to force them into a relationship. They often proclaimed possession through the act of rape. Father Manuel Miguel Carillo, after he raped

108 See for example: doña María Josefa Mijares, Archivo General de la Nación (México), Ramo Judicial, vol. 11, exp. 8, 1816, México; Josefa Mayorga, Archivo General de la Nación (México), Ramo Civil, leg. 92, parte 2, sin número de exp., 1848, Huayacocotla; María Paula Pasaran, Archivo General de la Nación (México), Ramo Bienes Nacionales, leg. 76, exp. 16, 1855, México; Ana Gertrudis, Archivo General de la Nación (México), Ramo Criminal, vol. 207, exp. 13, Fol. 130-147, 1818, Tenango del Valle; doña Rafaela Rodríguez, Archivo General de la Nación (México), Ramo Criminal, vol. 130, exp. 9, fols. 334-482, 1799, Temascaltepec.

109 Arrom, *The Women of Mexico City*, 208, 210-213; Dora Dávila Mendoza, *Hasta que la muerte nos separe: El divorcio eclesiástico en el arzobispado de México, 1702-1800* (Mexico City: El Colegio de México, Universidad Iberoamericana, Universidad Católica Andrés Bello, 2005).

110 Ghirardi and Jaqueline Vassallo, “El encierro femenino como práctica”, 80.

111 Archivo General de la Nación (México) Ramo Criminal, vol. 459, exp. 5, fol. 237-283, 1817-1820, Puebla.

112 Arreluca, “¿Durmiendo con el enemigo?”, 413.

Juana Josefa Díaz, stated: “You are my woman and I am your husband.” Joseph de Leiba, after he raped Luisa Francisca, declared “that now he was the owner of her parts.”¹¹³ Rape is always an underreported crime, but, in the colonial period, most reports were from the families of very young victims. They came forward because the young girls were virgins, and, as such, the sexual assault harmed their chance at marriage because they had been deflowered. Officials tended to view rape as an attack on the father’s honor, or at most, the families’ honor rather than an act of violence perpetrated on the girl.¹¹⁴ Federici writes that, in many parts of Europe, rape of lower-class women was almost decriminalized. It was a state strategy to co-opt male workers.¹¹⁵ These young women did not really own their bodies or even their virginity; it was a good that was passed from father to husband.

Women’s reproductive role in society was celebrated and respected but also, to a certain extent, controlled. Medical discourse in this period, according to Luis Bustamante Otero, reduced women’s bodies to the purposes of sexual relations and reproduction.¹¹⁶ In the colonial period, both abortion and infanticide were prohibited under the law and within church teachings, but, in practice, very few women were denounced, and many were acquitted.¹¹⁷ In theory, midwives were supposed to warn pregnant women against aborting their fetuses and secretly warn priests if they suspected bad intentions.¹¹⁸ Priests were also instructed that, in the confessional, they should remind pregnant women that they could be excommunicated if they committed abortion or infanticide.¹¹⁹

Some moralists made a connection with a male role in abortions. In 1786, father Matías Sánchez published a guide to a father’s obligations; he cited both violence in discipline and privations such as not providing food as reasons for miscarriages.¹²⁰ Despite these writings, few women were brought before legal authorities or sanctioned during this period. Perhaps, this disjunction between the law and its application was associated with a lack of clear medical understanding of the causes of abortion. Some people believed that women lost their fetuses because of astral movements or cold air.¹²¹ Essentially, abortion was a very private act; it was rarely denounced and rarely punished.¹²² Nonetheless, the

113 As cited by Sonya Lipsett-Rivera: “The Intersection of Rape and Marriage in Late-Colonial and Early-National Mexico”, *Colonial Latin American Historical Review* 6, (1997): 559-590.

114 Lipsett-Rivera, “The Intersection of Rape”, 583.

115 Federici, *Caliban*, 47.

116 Bustamante Otero, “Pubertad y elección”, 383.

117 Nora Jaffary, *Reproduction and Its Discontents: Childbirth and Contraception from 1750 to 1905* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2016), 88 and 105.

118 Martha Eugenia Rodríguez, “Costumbre y tradiciones en torno al embarazo y al parto en México virreinal”, *Anuario de Estudios Americanos* 57, 2(2000): 501-522.

119 Br. Don Nicolas Simeón de Salazar, *Flores Citlaltapoca. Directorio de Confesores que ofrece a los principiantes y nuevos ministros del Sacramento* (Puebla: Imprenta de la viuda de Miguel de Ortega, 1715), 29 and 30.

120 Padre Matías Sánchez, *El Padre de familias, Brevemente instruido en sus muchas obligaciones de padre* (Madrid, sin imprenta, 1786), 46 and 47.

121 Rodríguez, “Costumbre y tradiciones”, 515.

122 Fernanda Núñez B., “Imaginario médico y práctica jurídica en torno al aborto durante el último tercio del siglo XIX”, in *Curar, sanar y educar. Enfermedad y sociedad en México, siglos XIX y XX*, ed. by Claudia

sanctions against abortion that existed in the colonial period became a foundation in which political and religious leaders built upon after Independence, and later as women's reproductive capacities began to be seen as vital to the nation. Women's wombs and their reproductive labor were always valued, but, beyond the colonial period, they began to lose control over their rights to control their bodies' reproduction capacities. It was just one more way that women's bodies came to be at the service of men and the state. Structural violence affected all women, but lower-class women were more vulnerable to physical violence. This did not mean that elite women were exempt, just that they had more protections.

SUBALTERN MASCULINITY

Women's lives, especially those of the lower class, were punctuated by the restrictions and the discipline that was meted out to them by men. But these same men were part of a colonial society with hierarchical elements that imposed constraints and discipline on the men as well. In fact, it is important to examine the intersection of masculinity with the gender limitations that women lived daily. Men and women in colonial societies all lived under and were affected by the hierarchies that were inherent to colonialism. Although men generally had more power than women in their own social strata, they were also victims of the structural violence of colonial society. These hierarchies were not just political but also within family order, households, workplaces, and within the social settings that men navigated everyday.¹²³ As David Carey argues for a later period, men were often violent because of the frustrations they suffered as a result of their subordinate positions. Their own households were often the only places where they had any authority.¹²⁴

This subaltern masculinity was created early in life; boys born into households had to take their place within the birth order and be submissive to all older persons. Hierarchy was very much part of families with the authority resting in fathers. Accepting hierarchy also meant accepting submission to social superiors, first in families and households, and then in the larger society, and, in addition, accepting discipline from those of higher status.¹²⁵ As moralist don Juan de Escoiquiz wrote in his book about proper male deportment: "After God, there is no greater obligation than to our parents," making clear that boys owed obedience and respect to their social superiors.¹²⁶ But this

Agostoni (México: UNAM, 2008), 129.

123 Arreluca, "¿Durmiendo con el enemigo?", 435.

124 David Carey Jr, *I Ask for Justice: Maya Women, Dictators, and Crime in Guatemala, 1898–1944* (Austin: University of Texas Press, 2013), 156 and 163.

125 Laura Shelton, L., *For Tranquility and Order: Family and Community on Mexico's Northern Frontier, 1800-1850* (Tucson: University of Arizona Press, 2010), 55 and 58.

126 Juan Escoiquiz, *Tratado de las Obligaciones del Hombre* (Madrid: Imprenta Real, 1803), 91.

deference was not learned in a vacuum; sons saw their own fathers' bodily language of submission: the lowered head, the doffing of hats, the words of respect.¹²⁷ Lower-class boys were lucky if their parents placed them in apprenticeships to learn a trade; nonetheless, they transferred into another hierarchical environment where they had to accept the authority of the master as a paternal figure and the harassment of older boys.¹²⁸ Life in these situations could be brutal as experienced by Juan José Doistua, an apprentice silk weaver, whose master tied him to a tree and beat him continually to break his spirit by making him cry.¹²⁹ As they entered adulthood, lower-class men not only had to continually show deference and submission, but they also had to endure the blows and whippings that were considered discipline.

In New Spain, supervisors or officials often explained their outbursts of violence as a reaction to the men's *malicia* or slyness—a quality also used to demean lower-class or racialized women. Essentially, these authorities were feminizing the men they whipped and beat. They also explained violence in ways very reminiscent of the reasons presented by men for beating or killing their wives. For example, they mentioned that these men talked back, disobeyed, or raised a hand in self-defense.¹³⁰ Colonial hierarchies essentially beat down lower-class men and only allowed them one outlet: violence against those even lower than they were in society.

The eighteenth-century Bourbon reforms and associated programs created new pressures for lower-class men. As part of their push for greater productivity, Spanish officials opened more jobs, even guild trades, to women who could be paid less than men.¹³¹ Women had always worked, but they began to have access to jobs that, in the past, would have been male preserves as in the Royal Tobacco Manufactory.¹³² The changing gender patterns of work trespassed on some men's income, and this, in turn, violated their dignity as men. Dignified work that was even more so with a good salary; an income was an unspoken but vital part of men's hold on their position as patriarch.

127 Take for example Miguel López, alias Lora, a mestizo, who, in 1781, in the village of Ayotzingo, defied his *teniente*, in many ways, but symbolically by refusing to take off his hat. Archivo General de la Nación (México) Ramo Criminal, vol. 142, fol. 234-248, Ayotzingo (Jur. Chalco) 1781; Joseph Mancera demonstrated his deference by asking literally with his hat in his hands—an expression found numerous times in the documents to prove an attitude of respect. Archivo General de la Nación (México) Tribunal Superior Judicial del Distrito Federal (Colonial) Corregidores, Teniente General de Xochimilco, Serie Criminal, caja 31A, exp. 36^a, Xochimilco, 1766.

128 Manuel Carrera Stampa, *Los gremios mexicanos. La organización gremial en Nueva España, 1521-1861* (México: Ibero Americana de Publicaciones, 1954), 33; Tatiana Seijas, *Asian Slaves in Colonial Mexico: From Chinos to Indians* (New York: Cambridge University Press, 2014), 129; Lyman L. Johnson, *Workshop of Revolution: Plebeian Buenos Aires and the Atlantic World, 1776-1810* (Durham: Duke University Press, 2011), 52.

129 Archivo General de la Nación (México) Tribunal Superior Judicial del Distrito Federal (Colonial) Corregidores, Criminal, caja 16b, exp. 87 Mexico City, 1791; to a certain extent, the master confirmed this story by stating that he found Juan José disrespectful and wanted to get him to toe the line. He was upset that Juan José simply laughed when reprimanded.

130 Lipsett-Rivera, *The Origins of Macho*, 96.

131 Arrom, *The Women*, 26.

132 Susan Deans-Smith, *Bureaucrats, Planters and Workers: The Making of the Tobacco Monopoly in Bourbon Mexico* (Austin: University of Texas Press, 1992), 210.

Part of the authority that men held over their wives or *amasias* was that they supported them financially.¹³³ In the late eighteenth century, not only did women obtain increased access to education but also to paid employment; they used these gains to challenge their spouses' authority.¹³⁴

There were many tensions in men's lives in the late colonial period. It was expected that they would act in an orderly emotionally contained manner and to be productive, sober workers for the empire. Those who did not fit into these molds, especially lower-class men, were often rounded up in the streets as vagrants and forced either into public works or military service.¹³⁵ Federici mentions that women tried to escape servitude by becoming vagabonds; this became harder as controls tightened.¹³⁶ Even as men lived comparatively free lives compared to women, their experiences were also full of the contradictions of expressing their masculinity and containing their anger, energy, and yearnings. They had to sublimate their feelings and present an image that would pass muster in the hierarchical environment of colonial Latin America. It is no wonder that wives so often feared their husbands "as a direct consequence of the violence, the structural violence that filtered through the cracks of daily life in most households."¹³⁷

GENDER AND INDEPENDENCE

In addition to political transformations, the Independence wars in Latin America also changed social mechanisms and opened a framework to slowly modify both men's and women's gender identities. Throughout the wars, some attitudes, and actions, considered unacceptable during the colonial period, were converted into norms and heroism. During the colonial period, as we have seen, men's aggressive tendencies were suppressed; they had to sublimate their frustrations and, except in their home environments, their violent inclinations. At the beginning of the conflicts that led to independence, these same attitudes were not only helpful to the cause, but they also transformed these aggressive men into heroes.

The break with the ancient regime gave rise to new types of masculinity. According to historian Eric Van Young, many of the insurgent soldiers who followed Hidalgo, in previous times, would have easily been denounced as vagrants. Soldiers with a certain reputation, such as don Ignacio Sánchez and Chito Villagrán, were good examples of

133 Lipsett-Rivera, *Gender and the Negotiation*, 215.

134 Archivo General de la Nación (México), Ramo Bienes Nacionales, leg. 874, exp. 7, 1833.

135 Eva Mehl, *Forced Migration in the Spanish Pacific World. From Mexico to the Philippines, 1765-1811* (Cambridge: Cambridge University Press, 2016); Stephanie Mawson, "Unruly Plebeians and the *Forzado* System: Convict Transportation between New Spain and the Philippines During the Seventeenth Century," *Revista de Indias* 73, (2013): 693-730.

136 Federici, *Caliban*, 73-74.

137 Bustamante Otero, "Pubertad y elección", 404.

this new model of masculinity.¹³⁸ Instead of emulating the models of peaceful and tranquil men, the formerly humiliated men were able to even the score and make up for all their repressed violence and feeling of rage.

The insurgents expressed their frustrations in a type of social inversion; for example, they changed the direction of common insults. Previously, the Spanish harassed Indigenous people using the word “*perro*” (dog); the word was insulting in itself, but it was also a slur on their masculinity as it implied that they were servile, just like domesticated animals. During the Wars of Independence, it was common for insurgent soldiers to disrespect those who supported the royalist cause with this same word and, in addition, smearing them with the word “*alcahuete*” (pimp) as well as Jews, coyotes and they threatened to defecate on them.¹³⁹ Lower-class soldiers frequently confiscated the clothes and jewels of the royalists and would parade around in their new attire in a carnivalesque world upside down.¹⁴⁰

The Wars of Independence were, in many ways, a war that pitted different sides of the colonial family. The King was perceived as the benevolent father in previous times. Royalists believed that the insurgents who defied his authority were being disrespectful to a paterfamilias.¹⁴¹ The rebels began to describe the King as a stepmother; one of the Colombian insurgent leaders, Antonio Nariño, in another type of feminization, described the King as a stepmother who mistreated his descendants like strangers and his children as slaves.¹⁴²

In many instances, wives, daughters, and sisters followed the political tendencies of their husbands, fathers, or brothers. Others decided to follow their own consciences even if they defied the men in their lives chose the opposing side in the battle.¹⁴³ Women also changed their ways of being: they began to take active roles for either the cause of the insurgency or the royalists. They took on new roles during the struggle for Independence. In many cases, they worked as spies for one side or the other. Even when they were not spying, both the patriots and the insurgents suspected that women were spies. They also collected money for the cause, sewed uniforms, and did many other tasks. These actions broke the ideals of *recogimiento* that had been the norm for women in the colonial period. But when they acted in the public sphere, even if they only performed minor tasks, and when they

138 Eric Van Young, *The Other Rebellion. Popular Violence, Ideology and the Mexican Struggle for Independence, 1810-1821* (Stanford: Stanford University Press, 2011), 18, 184, and 344.

139 Van Young, *The Other Rebellion*, 313-315, 450.

140 Van Young, *The Other Rebellion*, 169; Antonieta Ilhui Pacheco Chávez, María, “Rebeldes y transgresores. Entre los murmullos de la insurrección. La intendencia de México, 1810-1814”, *Historia mexicana* 59, no. 1 (2009):332-333, <http://www.jstor.org.proxy.library.carleton.ca/stable/pdf/40285233.pdf>

141 Rebecca Earle, “Rape and the Anxious Republic. Revolutionary Colombia, 1810-1830”, in *Hidden Histories of Gender and the State in Latin America*, ed. by Maxine Molyneux y Elizabeth Dore (Durham: Duke University Press, 2000), 130.

142 Earle, “Rape and the Anxious Republic”, 131; Alberto Baena Zapatero, “La participación de las novohispanas en la guerra de Independencia”, in *Mujeres insurgentes, mujeres rebeldes*, ed. by Miguel Ángel Isais Contreras, María Candelaria Ochoa Avalos and Jorge Gómez Naredo (Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2015), 31.

143 Sarah Chambers, *Families in War and Peace: Chile from Colony to Nation* (Durham: Duke University Press, 2015), 44 and 61.

helped men who were not relatives, society considered them radicalized.¹⁴⁴ Women in this period frequently wrote coded letters to their relatives in hiding, in prisons, or fighting in the mountains. When they were discovered and captured, some were condemned, at times with execution.¹⁴⁵ Women paid a high price for their heroism—they were no longer protected by notions of *recogimiento* or the category of “honest” women.

In this moment of transition, while male insurgents were acclaimed as heroes for their new forms of masculine aggression, the new roles that women adopted were received with more ambiguous feelings. Although many of these women are now considered heroines, at the time of the wars and the new nations, their roles and persona were perceived in an equivocal manner. For example, in this period, Chileans described the women involved in the struggles (independently of which side they chose) as ambitious, domineering, and unnatural. These women were defying the feminine norms of the colonial period.¹⁴⁶

The insurgent press described the women who supported the ancient regime as old, ugly, and overly pious. The authors of these pieces mocked them by saying they would not be able to seduce men, and, therefore, they were not a threat to the insurgent cause.¹⁴⁷ Many of the insurgent leaders described women active in the movement as either amazons or innocents. Simón Bolívar worried about the royalist attacks on insurgent women because he perceived them as excessively fragile.¹⁴⁸ The new roles that men undertook in the struggle were much more easily accepted, but, despite the importance of their contributions, there was considerable anxiety about women’s roles in the fight for independence.

One of the sources of the anxiety produced by women’s active participation in military campaigns of the insurgents was the dangers that they risked. The rebels accused the royalists of immorality and violating widows and virgins with a predilection for rapes in churches.¹⁴⁹ These campaigns of defamation were probably a way to try to tarnish the royalist cause; the insurgents argued that the royalists threatened to rape nuns in the churches. The threat of rape was probably a rhetorical strategy but, combined with the growing anxiety over women, especially elite women who, because of the wars, had to act in ways that were thought to be contrary to their nature. Essentially these contentions denied women their agency whether they supported the insurgents or royalists.¹⁵⁰ The royalists were also fearful for other reasons; they accused insurgent women of being dissolute and lacking natural sentiments towards their families. In other words, they were unnatural.¹⁵¹

The lack of morality associated with women who deviated from the honor system was another aspect of the anxiety provoked by women’s active participation in military

144 Earle, “Rape and the Anxious Republic”, 129-130.

145 Chambers, *Families in War and Peace*, 76-77, 85, and 87.

146 Chambers, *Families in War and Peace*, 61.

147 Chambers, *Families in War and Peace*, 90.

148 Earle, “Rape and the Anxious Republic”, 133-134.

149 Earle, “Rape and the Anxious Republic”, 134

150 Earle, “Rape and the Anxious Republic”, 135, 136.

151 Earle, “Rape and the Anxious Republic”, 136.

campaigns. Insurgent leaders began to worry about the danger embodied by prostitutes for the soldiers in their armies. The threat posed by women was twofold: as victims and as manifestations of sexual danger. This preoccupation was new. In the colonial period, prostitution was simply an accepted part of the social fabric. Insurgent leaders began to hear rumors that prostitutes were offering *aguardiente* (cane brandy) with hallucinogenic substances in the beverages to rebel soldiers.¹⁵² Republican leaders appreciated women's support when it was passive and behind the lines; they liked the symbolism of this feminine support and represented the republic as a woman. Liberty was also portrayed as a woman, most commonly an Indigenous woman. These images were deemed respectable and very pleasant.¹⁵³

This period of Latin American history was not only a period of war but also of social violence and profound transitions. Gender identities were revised and transformed, and these alterations provoked deep anxieties. When women took on roles or acted in ways that defied previous feminine models, they upturned the idea of the nation as pure and moral because the nation was embodied in the image of women. It represents the first important "moment of anxiety."

During the turmoil of war, women broke the seal of the hidden transcript and began to act in ways that defied their previous norms of *recogimiento* and "honesty." More than entering the public sphere, they took on and took over what were considered male roles. Their actions broke not just social conventions, but the mythology of women as passive, enclosed, and content to be part of the domestic sphere. By breaking out of these traditional roles, the women who participated in the Wars of Independence not only provoked very real anxiety about their chastity, but they also disturbed the status quo in such a way that men began to rethink their ideas of gender. Their actions provoked a "moment of anxiety" and led to a tightening of gender norms and a need to reassert control over women's bodies.

NATION AND GENDER

After securing their independence, the new Latin American nations sought ways to foster identities and strengthen their distinctiveness as nations. They used symbols that honored their past and looked to the futures to which they aspired. The young nations needed to establish new identities and values. During the colonial period, the King was at the core of their being: he was the source of all honor and authority. But discarding the King did not eliminate honor's importance for these new societies. Rather, the concept of honor began to be transformed all the while gender identities were being altered. These identities were slowly transformed within a framework that extended and changed the idea that the king was the populations' benevolent father. In the nineteenth century, the family was consi-

¹⁵² Earle, "Rape and the Anxious Republic", 137.

¹⁵³ Earle, "Rape and the Anxious Republic", 138.

dered a microcosm of the state; the family and the state entered a mimetic relationship interconnected with the goal of forming ideal citizens.¹⁵⁴

Being part of the nation represented different things for men and women. For a man, achieving the status of citizen was linked to being a soldier or a good worker, and, with these elements, he was accorded honor and respect. Citizenship in the early republics was associated with the fact that men had fought for their countries; they erased women's involvement in achieving independence and their military contributions. The nineteenth-century legal discourse was very restrictive for women. According to Carmen Ramos Escandón, men were conceived of as citizens whereas women were just their appendages¹⁵⁵ —harkening back to earlier bodily metaphors for marriage. In addition, popular conceptions associated citizenship with the patriarch and his female relatives; this meant that single women, especially those who lived without a male head of household, were excluded.

In Colombia, these women tended to be more politically active.¹⁵⁶ Men painted politically active women as irrational even when they supported the same political causes as men. In a circular logic, male leaders reasoned that because women were irrational they could not be citizens, and thus they were irrational when they engaged in politics. Nonetheless, as James Sanders shows, women in nineteenth-century Colombia did work on both sides of the political spectrum. These women were said to be degrading themselves and the risking sexual corruption of their daughters.¹⁵⁷ In the new republics, honorable citizens did not have to suffer the humiliating punishments associated with the colonial period. Previously, lower-class men were often condemned to whippings that were not appropriate for citizens. Simón Bolívar declared, in 1821, that the penalty of flogging was no longer permitted.¹⁵⁸ But the protection of citizenship did not cover everyone: women and the enslaved could still be punished with whippings and were not protected from the violence of the *paterfamilias*.¹⁵⁹

Citizenship implied certain rights and access to the possibility of being considered an honorable man. Previously, under colonial regimes, men had honor from their lineage and social rank. Nationhood meant that these factors lost importance in comparison to others, such as being a patriot; in other words, it was easier to accumulate valiant acts to

154 Isabel Cristina Bermúdez, “El ángel del Hogar: una aplicación de la semántica Liberal a las mujeres del Siglo XIX andino”, *Historia y Espacio* 30 (July, 2008): 11-41; Yolanda De Paz Trueba, “Ser madres y esposas de ciudadanos. Una mirada desde la prensa. El centro y sur bonaerense a finales del siglo XIX y principios del XX”, *Signos Históricos* 11, no. 22 (July-December, 2009): 52.

155 Carmen Ramos Escandón, “Cuerpos construidos, cuerpos legislados. Ley y cuerpo en el México de “fin de siècle””, in *Enjaular los cuerpos: normativas decimonónicas y feminidad en México*, ed. by Julia Tuñón (Mexico City: El Colegio de México, 2008): 68, 71.

156 James E. Sanders, ““A Mob of Women” Confront Post-Colonial Republican Politics: How Class, Race, and Partisan Ideology Affected Gendered Political Space in Nineteenth-Century Southwestern Colombia”, *Journal of Women's History* 20, no. 1 (Spring, 2008): 78.

157 Sanders, “A Mob of Women”, 67, 69.

158 Sarah C. Chambers, *From Subjects to Citizens: Honor, Gender, and Politics in Arequipa, Peru. 1780-1854* (University Park: Penn State University Press, 1999), 183 and 199.

159 Chambers, *From Subjects to Citizens*, 199.

have honor than before. It was associated with courage on the field of battle and military service in general. But the route to honor was primarily open to men. As we have seen, women contributed in very significant manners to the struggle for Independence, but, afterward, the national ethos associated their military contributions to stains to honor. Female military involvements began to be equated with immoral women and it was assumed that such military activities would corrupt their morality.

Citizenship implied certain rights and access to the possibility of being considered an honorable man. Previously, under colonial regimes, men had honor from their lineage and social rank.¹⁶⁰ Nationhood meant that these factors lost importance in comparison to others, such as being a patriot; in other words, it was easier to accumulate valiant acts to have honor than before. It was associated with courage on the field of battle and military service in general. But the route to honor was primarily open to men. As we have seen, women contributed in very significant manners to the struggle for Independence, but, afterward, the national ethos associated their military contributions to stains to honor. Female military involvements began to be equated with immoral women and it was assumed that such military activities would corrupt their morality.¹⁶¹

In Colombia, women's participation in the war effort was dismissed as informal, apolitical, and not worthy of recognition that would lead to citizenship.¹⁶² These new ways reduced the ways that women could affirm their honor, especially if they were poor, while they were isolated from the rights and status of citizens. Racialized women who earned a living tried to use the language of citizenship when they petitioned the government in Colombia, but their claims were dismissed. In contrast, the political activities of the wives of wealthy citizens were tolerated to some extent because these actions were often charitable; therefore, they were conceived of as an extension of their natural social place.¹⁶³ The anxieties aroused during the wars that connected women and rape continued and were altered. The ways that rape was conceived of as a crime began to change.

In the colonial period, rape was fundamentally a crime that prevented a woman from marrying because she lost her virginity; it was presented in the courts as a crime against the family and principally against the father's honor. After Independence, and possibly because of the anxieties about wartime rapes, official attitudes changed, and the state began to consider rape as a crime against the public order and, consequently, a crime against the state.¹⁶⁴ This alteration was part of the changes in the way that society conceived of itself metaphorically—the nation no longer had a father in the form of a King, the constitution was not the same as a benevolent father, but the nation, although

160 Chambers, *From Subjects to Citizens*, 185-186.

161 Chambers, *From Subjects to Citizens*, 208.

162 Sanders, "A Mob of Women", 76.

163 Sanders, "A Mob of Women", 72, 75.

164 Sonya Lipsett-Rivera, "The Intersection of Rape and Marriage in Late-Colonial and Early-National Mexico", *Colonial Latin American Historical Review* 6, (1997): 585.

represented as a woman, was a paternal figure. Rapists had disrespected the nation, and thus they deserved very severe penalties.¹⁶⁵

Gender identities were being transformed in subtle but very significant ways in the new nations of Latin America. Since the colonial period, women were judged in relation to their chastity—part of the honor system imported by the Spanish and Portuguese. But, before Independence, the application of these rules of honor was done with less rigor. In the new republics, women were judged not only for their chastity but also for the domestic virtues and the ways they displayed these virtues to benefit the common good. In other words, women were expected to behave like mothers of the nation.¹⁶⁶

Even where countries were deeply divided politically, both Liberals and Conservatives agreed that women's social role was to be republican mothers.¹⁶⁷ Schools taught the new concept of "republican maternity."¹⁶⁸ In Colombia, a Conservative newspaper accused politically active women associated with the Liberal party of committing more crimes than bandits and "bastardizing their angelic mission of peace and charity."¹⁶⁹ Clearly, these women did not live up to republican maternity. During this period, Chilean authorities began to worry about vagrancy among women; female vagrants were conceptualized as single, prone to drunkenness and immorality.¹⁷⁰

The new modalities supposed that these young nations were spaces of morality within which women had to live up to the recent expectations of republican maternity. But, unlike men, their rights were not expanded under the new system. Because they could not claim the rights of citizenship,¹⁷¹ they recurred to the language of domesticity when demanding their rights as mothers as they appeared in front of the court.¹⁷² Unlike men who could assert their rights as citizens through actions like military service or simply by their work ethic, these paths were closed to women. Their work or service to the nation was not recognized or valued by the new governments.¹⁷³

Despite these obstacles, elite women continued their efforts to secure roles within the political process. When they acted within traditional responsibilities such as works of charity, the organization of religious celebrations, and their association with education and schooling, these projects undertaken by conservative ladies were tolerated.¹⁷⁴ In a similar pattern to the types of reactions during the Wars of Independence, men insulted

165 Lipsett-Rivera, "The Intersection of Rape and Marriage", 585; Chambers, *From Subjects to Citizens*, 201 and 202.

166 Chambers, *From Subjects to Citizens*, 200.

167 Sanders, "A Mob of Women", 72.

168 Chambers, *From Subjects to Citizens*, 201.

169 Sanders, "A Mob of Women", 70.

170 Claudia Araya Ibacache, "La Construcción de una imagen femenina a través del discurso médico ilustrado. Chile en el siglo XIX", *Revista Historia* 39, no. 1 (January-June, 2006): 5-9.

171 Chambers, *From Subjects to Citizens*, 204.

172 Chambers, *From Subjects to Citizens*, 205, 206; Sanders, "A Mob of Women", 76.

173 Chambers, *From Subjects to Citizens*, 207.

174 Sanders, "A Mob of Women", 66.

women (especially if they belonged to an opposing political party), calling them old, ugly, and overly pious.¹⁷⁵ The general social consensus was that when women left their domestic enclosures to participate in political matters, they were exposed to danger and nefarious influences that could harm their innocent children. When women dared to undertake these activities, they were accused of irrationality.¹⁷⁶ Despite their contributions and the great value attached to republican maternity, their supposed lack of rationality was an impediment to their access to citizenship.

This process and the logic that the new republics adopted had many contradictory elements. While the state, as the nation's paterfamilias, claimed the role of protector of young women who were rape victims, it was blind to the domestic violence inflicted by spouses and partners. While the new nations were conceived within ideals and were supposed to be spaces of a new morality, women who bore the burden of this new morality, and, as such, female sexuality became a threat to the patria and public order.¹⁷⁷ This change in attitudes harmed women, in the words of Silvia Federici, putting their wombs at the service of the state.¹⁷⁸ In Mexico, as Nora Jaffary has demonstrated, there was not only an obsession over the distinctive hymens of Mexican women (which were very special) but also the creation of laws and severe penalties prohibiting abortion, contraception, and infanticide.¹⁷⁹

The principle of control over the reproductive capacities of women was not new. There were laws on this topic in the colonial period. But they were rarely applied, and, generally, sentences for those women who were brought before the courts were lenient. This change represented a hardening of the attitudes regarding women provoked by the period of wars when women left their *recogimiento* in very public, open manners, and took on roles that, in the opinion of many, belonged to men.

PATRIOTS AND PROSTITUTES

The masculine contribution to independence was celebrated and recognized in so many different forms. In Latin America, streets remind those who walk along with them of patriotic heroes or historic dates.¹⁸⁰ In Chile, government officials changed the name of

175 Sanders, "A Mob of Women".

176 Sanders, "A Mob of Women", 69.

177 Chambers, *From Subjects to Citizens*, 212.

178 Federici, *Caliban*, 89.

179 Jaffary, *Reproduction and Its Discontents*.

180 Barbara Tenenbaum, "Streetwise History: The Paseo de la Reforma and the Porfirian State, 1876-1910", in *Rituals of Rule, Rituals of Resistance: Public Celebrations and Popular Culture in Mexico*, ed. by William Beezley, Cheryl Martin and William French (Wilmington (Del): Scholarly Resources Press, 1994); Rebecca Earle, R., "Sobre Héroes y Tumbas: National Symbols in Nineteenth-Century Spanish America", *Hispanic American Historical Review* 85, (2005): 376.

streets called “*del Rey*” (of the king) to something more republican in nature, and the city of Monterrey was renamed “Monte Patria.”¹⁸¹ Civic officials recognized that, in order to foster patriotism, they had to change public spaces. They did so with the naming of streets but also with statues of famous men that punctuated the cities in strategic spots. The anniversaries of heroic moments or the birthdays of heroes were the occasion of small ceremonies in front of these sculptures with military bands, political speeches, audiences of young students, and the presentation of floral tributes. Over the nineteenth century, these places became figurative triumphal arches; it was there that soldier heroes would parade to mark their victories.¹⁸² This geography of civic places was masculine in nature; the struggle for independence was commemorated with its heroes and not its heroines.

During this period, the Paseo de la Reforma in Mexico City, for example, was slowly transformed into an outdoor museum of great men with the constant remembering and celebrating their memorable feats. Mexicans could stroll along this avenue to recollect masculine history; in contrast, the only female figure there was the statue of Diana the huntress—a mythical figure whose nude representation caused a great scandal.¹⁸³ The purpose of these statues and other types of public art was to stimulate national identities.¹⁸⁴

In the decades after victory, the new republics began to reinvent public ceremonies; the festivals and processions, that previously reinforced the King’s legitimacy as well as the primacy of the Church, were slowly recycled to honor the new constitutions.¹⁸⁵ Civic officials organized parades and festivals to commemorate the most important moment of the nation’s recent history and on many occasions, in the early days, they used symbols associated with the Indigenous past. But, as the nation was consolidated, this Indigenous symbolism disappeared in many countries.

In Colombia, for example, the nation was originally represented by an Indigenous princess who represented liberty. As the nation matured, she was replaced by a woman wearing a toga who symbolized the republic.¹⁸⁶ Although many of the parades echoed many elements of the previous colonial processions, some of the new ones integrated military elements such as the reveille.¹⁸⁷ The sounds of these new celebrations symbolically contrasted the new and the old when church bells were mixed in with the noise of trumpets.¹⁸⁸ However, the most important element of these celebrations

181 Milton Godoy Orellana, “Fiestas, construcción de estado nacional y resignificación del espacio público en Chile: Norte Chico, 1800 - 1840”, *Cuadernos de Historia* 37, (December, 2012): 51-73.

182 Orellana, “Fiestas”.

183 Claire F. Fox, ““Lo clásico de México moderno”: Exhibiting the Female Body in Post-revolutionary Mexico.” *Studies*, *Latin American Popular Culture* 20, (2001): 5.

184 Fox, ““Lo clásico de México moderno”, 15.

185 Chambers, *From Subjects to Citizens*, 181.

186 Earle, “Rape and the Anxious Republic”, 377, 394

187 Flor de María Salazar Mendoza, “Vestigios novohispanos en la formación de un Estado nacional. Celebraciones cívicas en San Luis Potosí, México, en la década de 1820”, *Fronteras de la Historia* 20, (2015): 174-199.

188 Orellana, “Fiestas”.

was the commemoration of male victims who fell for the nation.¹⁸⁹ In the transition from colony to republic, politicians, and intellectuals all recognized the importance of creating memories of the war and its heroes. In this context, although the figure of Simón Bolívar was controversial, the Colombian republic adopted him as a symbol of their liberation.¹⁹⁰ The contributions of masculine figures were lauded easily with great fanfare. In addition to being patriotic heroes, these men were converted into heroes of their domestic surroundings.¹⁹¹

The difference in the way that men and women were celebrated or not in terms of their contributions towards independence can be seen in the way that Simón Bolívar was treated in contrast with Manuela Sáenz. During the wars, Sáenz performed many roles for the struggle, some were administrative, but others were more active. She saved Bolívar's life when assassins entered her home to kill him. Despite these very real contributions, nineteenth-century historians, to a great extent, erased her from the narratives of history. When they did mention her, she was portrayed as a bad influence on Bolívar. Historians criticized her for meddling in masculine matters such as politics and dressing in a soldier's uniform. A Peruvian writer described her as a manwoman who had renounced her feminine nature.¹⁹² Sáenz did not fulfill the requirements to be a patriotic hero because of her sex, and, in addition, she rejected the chastity that women were supposed to embrace. In contrast, Bolívar's many sexual relationships in no way impeded his ascent to the status of a father to the nation.¹⁹³ This example incarnates the contrasting examples of the way in which the contributions of men and women to the struggle for independence were considered and integrated into a republican society. Women's participation in the heroism of the Wars of Independence was made invisible while their gender identities were becoming more restrictive.

While men were celebrated and were honored by becoming citizens, the boundaries of women's world were becoming more and more limited. Despite the hopes and dreams of republican leaders, economic prosperity did not become a reality for the vast majority of their populations. Single mothers and female-headed households were incredibly vulnerable because the prevailing concept of the women as "angels of the home" made it more difficult to find employment outside the home while still maintaining their reputation as "honest" women.¹⁹⁴ In Argentina, at the beginning of the nineteenth century, police officers arrested women in the streets accusing them of vagrancy. A social consensus prevailed that poor women, especially those not virgins, were immoral and scandalous; they were often ordered to work in a factory or as servants in "decent" homes. It was presented

189 Salazar Mendoza, "Vestigios novohispanos".

190 Raúl Román Romero y Vanessa Niño de Villeros, "Los Relatos de la independencia. La Invención de los héroes y de una memoria histórica en la primera mitad del siglo XX colombiano", *Cuadernos de Historia* 43, (December, 2015): 7-30.

191 I thank Mariana Di Stefano for this observation.

192 Pamela S. Murray, "'Loca' or 'Libertadora'? Manuela Saenz in the Eyes of History and Historians, 1900-c.1990", *Journal of Latin American Studies* 33, (2001): 291-311.

193 Erin O'Connor, *Mothers Making Latin America: Gender, Households, and Politics Since 1825* (Malden, MA: Wiley Blackwell, 2014), 25 and 26.

194 Bermúdez, "El ángel del Hogar".

as a way to reform them giving them a new paterfamilias.¹⁹⁵ Independent women along with those who got drunk—both usually considered to be vagrants—became an urgent problem for the nation’s well-being.¹⁹⁶ These women were considered “unnatural”, and thus not worthy of protection but punishment.

Female vagrancy was to a large extent associated with prostitution—an occupation that increased drastically in early-nineteenth-century Latin American cities. At the start of the century, Latin American populations were dominated by female-headed households. In cities such as Caracas, Santiago, Sao Paulo, Belo Horizonte, Iguape (Bahia), and Mexico City, the percentage of these households as part of the overall population ranged from 24 to 45 percent. Most of the women in charge of their own households were widows and abandoned wives. It is possible that the level of prostitution was much higher than in previous periods. Donna Guy calculates that in 1868, five percent of the female adult population in Buenos Aires were engaged in sex work.¹⁹⁷ In Cuba, women could only find jobs with very low pay; this labor situation worsened when the abolition of slavery flooded the labor market. Many Afro Cuban women found it very difficult to get paid employment, and when they did, the salaries were minuscule. Consequently, many Cuban women resorted to sex work in greater numbers than in previous periods.¹⁹⁸ In Colombia, higher levels of prostitution were associated with urbanization and the increased migration of vulnerable women from the countryside to the cities.¹⁹⁹ Many of these women found work as domestic servants, but these settings exposed them to higher risks of seduction/sexual assault by the male heads of household or their sons.²⁰⁰ The situation was similar in rural communities where it was even more difficult for women to find paid employment in agriculture; without a male breadwinner, many had no other recourse but sex work.²⁰¹

Despite the ostensible moral space of the republic, numerous women were afflicted with very limited economic resources. As Federici notes, the isolation of women to a domestic enclosure as well as constraints on their sources of income provoked a crisis of survival for many. As a result, women had to find ways to earn as they could, and this situation provoked what Federici calls a “massification” of female prostitution.²⁰² This phenomenon is exemplified in the late-nineteenth-century Argentinean poor women who used sex work as an occupation or simply to make ends meet at the end of the month.²⁰³ The upsurge of

195 Donna J. Guy, “Lower Class Families, Women and the Law in Nineteenth-Century Argentina”, *Journal of Family History* 10, (1985): 318-331.

196 Araya Ibacache, “La Construcción”.

197 Donna J. Guy, *Sex and Danger in Buenos Aires: Prostitution, Family, and Nation in Argentina* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1990), 43.

198 Beatriz Calvo Peña, “Prensa, política y prostitución en la Habana finisecular: El caso de ‘la Cebolla’ y la Polémica de las meretrices”, *Cuban Studies* 36, (2005): 30.

199 Diana Obregón, “Médicos, prostitución y enfermedades venéreas en Colombia (1886-1951)”, *História, ciências, saúde—Manguinhos* 9, (2002): 164.

200 Obregón, “Médicos”, 167.

201 Guy, *Sex and Danger*, 40.

202 Federici, *Caliban*, 92.

203 Guy, “Lower Class Families”, 326-327.

prostitution resulted in an increase of the anxiety and hysteria regarding women, especially their bodies. The fear associated with the exponential increment in prostitution contributed to the transformation of women into symbolic objects to be dominated by men and the license for violence towards women that men assumed.²⁰⁴

The drastic increase in the levels of female prostitution provoked a moment of anxiety in the latter half of the nineteenth century as economic changes and hardship forced large numbers of poor women to leave their homes to work as prostitutes. In addition, the undeniable presence of so many women in public spaces provoked a type of rupture. Following Scott's logic, this phenomenon corresponds to a break with the hidden transcript. Social and political reactions to this situation were dramatic. Along with the reformulation of gender identities, the political classes instituted a harsh penalization of prostitution that broke entirely with the lax attitudes towards this occupation in previous centuries.

The increased police control of women was accompanied by the rise of medical control with the introduction of ideas of eugenics and public health. The ways of controlling women multiplied, and women who left their homes for the streets were increasingly punished if they did not conform to the feminine model of the "angel in the home." During this stage, attitudes regarding women hardened, especially for those who could not or did not want to behave within the parameters of the ideal decent woman. These trends justified an increased control of women's bodies and the penalization of women who resisted this control.

This moment of anxiety fortuitously coincided with the development of new medical perspectives. In theory, the professionals who worked in the fields of eugenics and public health operated within strict professional and scientific norms, but their projects were tinged with notes of disapproval, and, unconsciously or not, they sought to control women's bodies. The campaigns to control prostitution and female bodies were constructed along two branches. In a first strategy, the reformers tried to control sex workers with rules and bureaucratic restrictions. Municipal governments experimented with many different strategies. Many cities created official bordellos with madams in charge of the women's good behavior; in Guatemala, sex workers were obliged to belong to a bordello in order to practice their profession.²⁰⁵ In Colombia, government officials attempted to isolate the sex trade by exiling sex workers to the outskirts of the cities. They also required that prostitutes carry an identification stating that they belonged to the profession.²⁰⁶

In Cuba, the rules included what type of furniture prostitutes could have in their workspaces, how many times a day they had to change the sheets on the bed, and at what times of day they could receive "guests." They were prohibited from leaning out the windows, calling to clients who were outside, and using obscene expressions. To prevent abuses of these rules, prostitutes had to have lattices on their windows. Outside the bordello's walls,

204 Rodríguez-Shadow and Campos Rodríguez, "La violencia contra las mujeres", 159-160.

205 David McCreery, "This Life of Misery and Shame: Female Prostitution in Guatemala City, 1880-1920", *Journal of Latin American Studies* 18, (1986): 333-353.

206 Obregón, "Médicos", 166 and 168; Michael E. Stanfield, *Of Beasts and Beauty: Gender, Race, and Identity in Colombia* (Austin: University of Texas Press, 2013), 44.

the women were not allowed to ride in carriages, to stroll along the city's promenades or other streets where respectable people were circulating.²⁰⁷ But, despite the many rules and restrictions, the numbers of female prostitutes continued to grow because these policies did not address the root cause of the phenomenon: female poverty.

In earlier periods, prostitution existed, particularly at night when sex workers took over the markets and other public spaces but also in houses and through the phenomenon of courtesans. It was an integral part of colonial society and was not considered a calamity but rather a necessary evil. Reactions in Latin American nations to prostitution began to diverge considerably by the last decades of the nineteenth century, and these attitudes were intermingled with the new scientific understanding and the concomitant need to control venereal diseases. Many doctors compared sex work to cancer, a disease that manifested itself socially brought with it much disease.²⁰⁸ It was also at this time that scientists were beginning to understand the biology of syphilis. The desire to control the spread of syphilis merged with the desire to appear modern and the anxiety that Latin American nations had to present themselves to the world as enlightened nations.²⁰⁹ At the same time, as municipal officials established rules to monitor and limit sex work, they integrated regulations about the health of prostitutes into this bureaucratic control in order to protect their clients.

The public health campaigns were primarily focused on women, not all medical experts recognized that men too could transmit the disease.²¹⁰ In Colombia, unlike most other regions, a physician recognized that men played a role in the transmission of syphilis.²¹¹ Apart from these gendered dimensions of the public health initiatives, civic and medical authorities believed that syphilis was a racial poison that could be transmitted across generations.²¹² In Cuba, officials asserted that ninety percent of the prostitutes were foreigners or Afro Cubans; according to the experts, they were only sex workers infected with venereal diseases. This construct preserved the idea of the purity of Creole and the allegations of white women who were sex workers saying they never succumbed to venereal infections and that they only worked as prostitutes because of the Spanish government's terrible policies.²¹³ Similarly, in Puerto Rico, public health professionals were preoccupied with the effect of the primarily Afro-descendant prostitutes on their mostly white clients; they believed that it caused a weakening of the white men.²¹⁴ When they could, prostitutes resisted the medical treatments and regulations that buttressed their moral and hygienic

207 Calvo Peña, "Prensa, política y prostitución", 25.

208 Obregón, "Médicos", 162.

209 Calvo Peña, "Prensa, política y prostitución", 30.

210 A. Kim Clark, *Gender, State, and Medicine in Highland Ecuador: Modernizing Women, Modernizing the State, 1895-1950* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2012), 78; Guy, *Sex and Danger*.

211 Obregón, "Médicos", 165.

212 Clark, *Gender, State, and Medicine*, 80.

213 Calvo Peña, "Prensa, política y prostitución", 33.

214 Eileen Findlay Suárez, *Imposing Decency: The Politics of Sexuality and Race in Puerto Rico, 1879-1920* (Durham: Duke University Press, 1999).

control. In 1888, sex workers in Havana started to publish a journal in which they wrote articles that protested the rules imposed upon them to control venereal diseases.²¹⁵

In this period, doctors and other medical professionals exerted incredible powers and influence to define what was pathological and what conducts could be considered abnormal.²¹⁶ Consequently, biological controls of disease were intermingled with moral opinions. Prostitutes were submitted to humiliating examinations, often in the police headquarters, and the syphilis hospitals provided treatments that mixed the medical with the psychological/moral.²¹⁷ The inmates had to demonstrate not only that they were perfectly healthy physically but also a perfect submission and humility towards the doctors before they were released.

GENDER IDENTITIES AND FEMALE BODIES

Apart from the massification of prostitution, other social changes caused strong anxieties in Latin American societies in this period. In a climate of uncertainty, changes in women's behavior provoked concern for the nation's well-being. Despite the isolation of women in the private sphere and the condemnation of poor women and those who circulated in the streets, people still considered the iconic woman as a symbol of the nation. A defender of the Cuban nation, doctor Raimundo Cabrera, proposed that women, as represented by the "angel of the home," were a national icon and should be portrayed on the nation's flag.²¹⁸ Respectable women were conceived of as ensuring the nation's welfare.²¹⁹

Even in places such post-Revolution Mexico, where the government adopted many feminist policies, encouraged women to work outside the home, and brought in laws that penalized domestic violence, women were still legally subject to their husbands and could only use these laws if they fit the definition of an honorable woman.²²⁰ Throughout all the changes that these nations underwent, for Latin America, Donna Guy explains that "Gender and nation combined in inextricable ways."²²¹ When women attempted transformations or modernizations, they provoked those determined to keep the old feminine models; they confirmed the uncertainty that people felt in this period over gender identities.

215 Calvo Peña, "Prensa, política y prostitución", 24-25.

216 Obregón, "Médicos", 162.

217 Guy, *Sex and Danger*; Findlay Suárez, *Imposing Decency*.

218 Calvo Peña, "Prensa, política y prostitución", 33.

219 Luis Rincón Rubio, "Representaciones culturales de género y moral ciudadana en Maracaibo, Venezuela a fines del siglo XIX (1880-1900)", *Procesos Históricos* 9, no. 16 (2009): 20-41

220 Ann Varley, "Women and the Home in Mexican Family Law", in *Hidden Histories of Gender and the State in Latin America*, ed. by Maxine Molyneux and Elizabeth Dore (Durham: Duke University Press, 2000), 240-242.

221 Guy, *Sex and Danger*, 205

Some upper-class women began to adopt attitudes and conduct that broke with the old models. They promoted the right of women to education even at universities and in professional streams. Some began to work as pharmacists, lawyers, doctors, and other occupations previously reserved for men. In addition, some of these women also embraced new fashions that broke with the old models of gender that were still very much present in their societies.²²² Newspapers in Argentina warned against the dangers of the “manly woman” who imitated European fashion, who were masculinized and also smoked.²²³ The new styles also allowed these modern women to leave their traditional private sphere to ride bicycles. They presented a new feminine model—the athletic and sporty woman. These two changes were widely criticized by more conservative individuals, who, in Colombia, organized demonstrations against the use of bicycles by women.²²⁴ This anxiety was also manifested in the idea that women who rejected the traditional forms of femininity described themselves as *marimachos* (tomboy or butch).²²⁵

The scientific advances of the period also included new perspectives on sexuality. Scholarly authors began to name sexual behaviors such as homosexuality and lesbianism or sapphism. Some experts began to associate sapphism with the other great problem of the time: prostitution. The presence of love between women is difficult to find in the documents because it was easily concealed; nevertheless, with these new “scientific” approaches, the intellectuals of the period began to seek it out. It was considered an indecent love that could only develop between women who were also indecent such as sex workers.²²⁶ These women had sexual desires that were as strong as those exhibited by men and unlike decent women; this element was explained by the fact that (supposedly) they had clitoris the size of a penis and could suffer from a condition called “uterine furor” or nymphomania.²²⁷ Scientists believed that women’s uteruses controlled their passions.²²⁸

Interest in feminine biology grew in many forms. In Chile, Doctor Manuel Antonio Carmona explained that a woman had internal organs that were apparently demonically possessed, but the worst was her “uterus, that monstrous hydra, the unique natural demon that irradiates over all her system and most particularly causes fantasies and overly vivid sympathies.”²²⁹ All these elements were part of the growing preoccupation over female bodies, and, for poor women, this concern translated into increased controls over their bodies.

222 Stanfield, *Of Beasts and Beauty*, 56.

223 De Paz Trueba, “Ser madres y esposas”, 62.

224 Stanfield, *Of Beasts and Beauty*, 67.

225 Fernanda Nuñez Becerra, “El Agridulce beso de Safo: Discursos sobre las lesbianas a fines del siglo XIX”, *Historia y Grafía* 31, (2008): 68.

226 Nuñez Becerra, “El Agridulce beso de Safo”, 55.

227 Nuñez Becerra, “El Agridulce beso de Safo”, 62, 63, 66, and 73.

228 Oliva López Sánchez, “La centralidad del útero y sus anexos en las representaciones técnicas del cuerpo femenino en la medicina del siglo XIX”, in *Enjaular los cuerpos: normativas decimonónicas y feminidad en México*, ed. by Julia Tuñón (México: El Colegio de México, 2008), 157; Isaías Contreras, “Ley, naturalismo y género”, 233. He says that this interest in women’s uteruses began in the 18th century and was used to justify their lack of ability to act in the public sphere.

229 Araya Ibacache, “La Construcción”, 14.

The thinking of the time assumed that women would seek out motherhood because this state was intrinsically linked to her duties to the nation, and it was simply a part of her nature as a woman. As such, crimes such as abortion or infanticide and those who committed them were characterized as “unnatural.” Unlike most other nations, in Guatemala, the law allowed accusations of infanticide and abortion against men; sometimes Maya women used this law to remind their husbands or partners that they had paternal responsibilities towards a fetus.²³⁰ In the last third of the nineteenth century, denunciations for these reproductive crimes climbed in a dramatic way in Mexico.²³¹ In Buenos Aires, towards the end of the nineteenth century, a judge expressed his alarm at the sheer number of investigations of infanticide. The Argentinean officials took the investigation of these crimes very seriously; they lasted between six and twelve months, and the sentences for women found guilty were up to fifteen years of prison. Those accused were for the most part domestic servants between the ages of twenty-two and twenty-five years.²³² This surge in denunciations was in strong contrast to previous periods.

Although legislation prohibiting reproductive crimes and accompanying severe penalties had existed in the colonial period, there were very few accusations, and those women who were found guilty did not suffer harsh sentences.²³³ The hardening of social and political attitudes towards abortion and infanticide corresponded to a transformation of mentalities. Federici describes a similar phenomenon in Europe of the sixteenth and seventeenth centuries; during this period, governments began to impose severe laws on reproductive crimes and implemented very strict controls over women’s bodies.²³⁴ Coinciding with a severe contraction of the economy that limited the employment possibilities for women and good pay for both men and women of the lower classes, there was a massification of prostitution and increasing anxiety over women in the public sphere. Also, the control and scrutiny of women’s bodies intensified dramatically.

The prevailing ideology in the new republics defined women fundamentally as mothers and thus put their bodies at the nation’s service. This alteration in gender concepts meant that plebeian women were increasingly under surveillance. Previously, they could often avoid the gaze of their neighbors and local officials, but, in the late nineteenth century, gradually, the expectation was that they would and had to embody a perfect example of maternity. Unlike the colonial period, public virtue and female honor were scrutinized for plebeian and Indigenous women.²³⁵ Despite these expectations, motherhood caused many difficulties and challenges for poor women. Consequently, unmarried women often resorted to abortion or infanticide. In addition, many employers did not allow for motherhood; in Mexico, for example, domestic servants had to resign when their pregnancies became obvious. Most women could not afford to be unemployed, and

230 Carey Jr., *I Ask for Justice*, 118, 128, and 129.

231 Jaffary, *Reproduction and Its Discontents*, 97 and 109.

232 Kristen Ruggiero, “Honor, maternity, and the disciplining of women: Infanticide in late nineteenth-century Buenos Aires”, *Hispanic American Historical Review* 72, (1992): 355, 356, and 365.

233 Jaffary, *Reproduction and Its Discontents*, 88 and 105.

234 Federici, *Caliban*, 88.

235 Jaffary, *Reproduction and Its Discontents*, 132-133.

so, when they could, they sought work situations that would allow for their children's presence. But those who could not find such work often had to entrust their offspring to orphanages or foundling homes.²³⁶

Such practices also occurred in the colonial period; when times were hard or the harvests failed, parents often sent their children to more prosperous households.²³⁷ In the nineteenth century, children, increasingly, were deemed the responsibility of mothers, who, when they rejected their maternity, were tarred with the stain of "unnatural."²³⁸ Despite the economic realities, the national discourse put maternity at the center of the country's success; it was mothers, after all, who formed future citizens. Plebeian women lacked the qualities valued by the nation, and their deficiencies justified treating them poorly and the surveillance of their bodies.

GENDER VIOLENCE AND THE NATION

In the twentieth and twenty-first centuries, gender violence reached a level and intensity that cannot be easily ignored. But this violence has historical antecedents and its own history. Although it is not a new phenomenon, the femicide/feminicides in multiple Latin American nations stand out because of the extraordinary increase in the gender violence they represent. The historical processes that contributed to this increase, but also this phenomenon, must be inserted within the framework of the normalization of the violence explored in this essay.

The femicide/feminicides of Ciudad Juárez have attracted a lot of scholarly and journalistic attention, but the reality of femicide/feminicide is present in most of the region's countries. Femicide/Feminicide differs from other homicides in that the act of killing is done within a gender framework; men attack, rape, and kill because the victim is female.²³⁹ Men are killed in much greater numbers in all these jurisdictions, but the femicides/feminicides have grown exponentially and, in addition, are characterized by extreme brutality. United Nations' reports place El Salvador as the most dangerous place in the world for women; it has the highest level of gender violence, followed by Guatemala and Honduras.²⁴⁰ All Latin American nations have seen a great increase in gender violence, which seems to correspond

236 O'Connor, *Mothers Making Latin America*, 64, 67 and 68.

237 Elsa Malvido, "El abandono de los hijos: una forma de control del tamaño de la familia y del trabajo indígena: Tula (1683-1730)," *Historia mexicana* 26, (1980): 521-561.

238 Bermúdez, "El ángel del Hogar"; Ruggiero, "Honor, maternity", 361.

239 David Carey Jr. and Gabriela M. Torres, "Precursors to Femicide", *Latin American Research Review* 45, no. 3(2010): 143.

240 Cecilia Menjívar and Shannon Drysdale Walsh, "The Architecture of Femicide: The State, Inequalities, and Everyday Gender Violence in Honduras", *Latin American Research Review* 52, no. 2 (2017): 226.

to the phenomena of globalization, economic crises, and recessions. ²⁴¹As we have seen in this essay, gender violence and the marginalization of women increases with strong economic downturns. Although, the magnitude of the crisis of feminicides is much larger than previous changes and outbursts of gender violence.

Can such a huge increase in gender violence be explained solely by economic transformations? The historical pattern of marginalization of lower-class women and their conception as unnatural have led to a degree of control of female bodies with laws and practices such as the denunciation of abortion and infanticide. The high levels of sex work among poor women increased their marginalization; it also had an enormous impact on all women as they were conceptualized as “available bodies.”

In the twentieth century, many Latin American nations suffered through periods of dictatorship and military government during which human rights, in general, were massively violated. In addition, as historians David Carey and Gabriela Torres note, the practices of many of these dictatorial regimes (in their study that of Guatemala) were to stimulate gender violence as an almost governmental practice. During periods of authoritarian rule, men demanded of their wives and partners the same type of obedience that the state demanded of them. When women “disobeyed,” the police and judges supported the male right to “discipline,” which granted them implicit impunity.²⁴² Cindy Forster, also a historian of Guatemala, reinforces their contention and adds that the oppression of the poor and Indigenous women was intermingled. These systems were mutually supportive and used frameworks that reinforced subordination and the daily violence that imposed submission on all those who were marginalized.²⁴³

THE LEGACY OF THE PAST

While the problems of gender violence dominate any understanding of daily life in contemporary Latin America, these patterns were created by the ways that gender was defined, and gender violence was normalized in the past. It is only recently that the extreme gender violence that has been a characteristic of Latin American society has a name: femicide or feminicide. These terms define gender violence as the crime of killing a woman because she is a woman—these crimes occur because it is culturally accepted to attack, violate and murder women. It is an outgrowth of the changing gender identities and the acceptance that women are available bodies to be controlled through violence. This terminology is a codification of the old phenomenon developed by feminist scholars. As Juan Manuel Cabrera Ullivarri and Pablo Nicolás Cristi Contreras clarify, this phenomenon

241 Carey Jr. and Torres, “Precursors to Femicide,” 144.

242 Carey Jr. and Torres, “Precursors to Femicide,” 145-146.

243 Forster, “Violent and Violated Women,” 58, 63.

had existed for centuries but did not have a name per se. It was only in the 1970s that the feminist movement began to use the word “femicide” as a tool for political work and in the 1980s when it entered academic discourse.²⁴⁴ Femicide was coined by the sociologists Diana Russell and Jane Caputi in the wake of the horrific murder of female engineering students at the École Polytechnique in Montreal. They noted that femicides were simply an extreme of a continuum of terror suffered by women that range from verbal abuse to physical acts such as rape, torture, sexual slavery, emotional abuse, and finally murder.²⁴⁵

As Viviane Monteiro Santana García argues, femicides should not be understood as an explosion of violence but rather as the farthest point on a continuum of gender violence.²⁴⁶ Frequently, femicides have been dismissed as isolated instances therefore this distinction is particularly important. It places these acts of violence into a larger framework. The term feminicide is an outgrowth and extension of the term femicide and emphasizes, as Marcella Lagarde states, that it represents a genocide against women.²⁴⁷ The terms often seem to be relatively interchangeable, but different regions of Latin America use either preferentially. Nonetheless, these terms, and the scholars who use them as a category of analysis, understand that they are naming a phenomenon that is not new—it is simply being given a name.

Having a name and the fact that femicides and feminicides have become more visible has meant that there are attempts to quantify and explain this violence. The numbers of women who suffer indignities both while alive and in death are alarming. According to one United Nations report, the Central American nations of El Salvador, Guatemala, and Honduras are the most dangerous places in the world to be a woman; these countries have the highest rates of femicide and feminicide in the world.²⁴⁸

The numbers are constantly rising, and it is impossible to state categorically what these deadly statistics are at the moment. Nonetheless, it is instructive to think about some of these figures. Between 2000 and 2010, more than 5000 women and girls were brutally murdered in Guatemala. As Carey and Torres state, it can be misleading to examine murders overall—men are still killed at a higher ratio than women. But, looking at the overall number, the percentage of women who are killed has become a larger part of this global number and is constantly rising.²⁴⁹ In 2004, an average of four girls or women

244 Juan Manuel Cabrera Ullivarri and Pablo Nicolás Cristi Contreras, “La silenciosa muerte de mujeres: Notas sociológicas de los estudios de femicidios,” *Revista Polémicas Feministas* 1, (2011): 3 y 4; see also: Hilda Morales Trujillo, “Femicide and Sexual Violence in Guatemala” in *Terrorizing Women: Feminicide in the Americas*, ed. by Rosa-Linda Fregoso and Cynthia Bejarano (Durham: Duke University Press, 2010), 128.

245 Jane Caputi and Diana E. Russell, “Femicide: Sexist Terrorism against Women,” in *Femicide: The Politics of Woman Killing*, ed. by Jill Radford y Diana E. Russell (New York: Twayne Publishers, 1992), 15.

246 Viviane Monteiro Santana García, “Misoginia en el espacio público, femicidio no íntimo y prueba criminal,” *Estado & comunes* 8, no. 1 (2019): 30.

247 Marcela Lagarde and de los Ríos, “Feminist Keys for Understanding Feminicide: Theoretical, Political, and Legal Construction,” in *Terrorizing Women: Feminicide in the Americas*, ed. by Rosa-Linda Fregoso by Cynthia Bejarano (Durham: Duke University Press, 2010), XV-XVI.

248 Menjívar and Drysdale Walsh. “The Architecture of Feminicide,” 226.

249 Carey Jr. and Torres. “Precursors to Femicide,” 142 and 143.

were murdered every day in Mexico.²⁵⁰ In Ciudad Juárez, Mexico, the attacks on women became a cause celebre when, from 1993 to 2011, more than 600 women were raped, tortured, and killed with their bodies left in dumpsters or the desert.²⁵¹ Although all women are vulnerable to gender violence, those most in danger are those marginalized by their poverty, lack of education, and, to a certain extent, their age.²⁵²

Another aspect of their vulnerability is that they are often racialized. They inherit the long tradition of exoticizing, sexualizing, and possessing the bodies of racialized women. As Paulina García del Moral writes of women who are products of colonialism, the “racialized femininity has become a marker of disposability.” In a comparison of Mexican women in Ciudad Juárez and Indigenous women in Canada, she finds similar patterns of devaluing them, ascribing to them inherent immorality, and defining their femininity as degenerate.²⁵³ The patterns that she finds parallel those described here; they are part of the process of conquest and colonialism and the gendering of conquered female bodies. The definition and recording of these instances of extreme gender violence allow scholars and political activists to chart how it is manifested and continues age-old developments.

This gender violence is allowed to flourish in contemporary Latin America, once again, because the state ignores it. As Marta Fontenla writes, “Masculinist violence is maintained and reproduced by the state, not only when it fails to take measure to prevent and protect women from violence, but also when it allows for impunity and contributes to the propagation of violence through the direct involvement of state institutions and state actors.”²⁵⁴ When the police and the court systems ignore or excuse gender violence, these acts are legitimated and become naturalized and invisible. Women’s bodies become public property and thus available for collective use.²⁵⁵ By these acts of omission, the state becomes complicit and normalizes gender violence.²⁵⁶ Instead of protecting women, the state also encourages another form of control of women’s bodies: that of their wombs.

In most regions of Latin America, abortion is criminalized by the state. In 2017 only Uruguay, Cuba, Guyana, and Mexico City allowed abortion on demand. Absolute prohibition of abor-

250 Lagarde y de los Ríos. “Feminist Keys for Understanding Femicide”, xvii.

251 Paulina Garcia del Moral, “Representations as a Technology of Violence: On the Representation of the Disappearances of Aboriginal Women in Canada and Women in Ciudad Juarez”, *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, vol. 36, issue 72, (2011): 34.

252 García del Moral, “Representations as a Technology of Violence”, 41; Lagarde and de los Ríos, “Feminist Keys for Understanding Femicide”, XI-XXVV; Morales Trujillo, “Femicide and Sexual Violence in Guatemala”, 135; Adriana Carmona López, Alma Gómez Caballero and Lucha Castro Rodríguez, “Femicide in Latin America in the Movement for Women’s Human Rights”, in *Terrorizing Women: Femicide in the Americas*, ed. by Rosa-Linda Fregoso and Cynthia Bejarano (Durham: Duke University Press, 2010), 159.

253 Garcia del Moral, “Representations as a Technology of Violence”, 38.

254 Marta Fontenla, “Femicides in Mar del Plata”, in *Terrorizing Women: Femicide in the Americas*, ed. by Rosa-Linda Fregoso and Cynthia Bejarano (Durham: Duke University Press, 2010), 116.

255 Monteiro Santana García, “Misoginia en el espacio público”, 28.

256 Menjivar and Drysdale Walsh, “The Architecture of Femicide”, 222.

tion under any circumstances was the norm.²⁵⁷ Despite massive opposition of religious authorities including a papal intervention, on December 30, 2020, Argentina legalized abortion making it the largest nation in Latin America to do so. The law allows elective abortion in the first fourteen weeks of pregnancy without any provisos. After that first period, it can be performed if the pregnancy was caused by rape or if the mother's life is in danger. The law applies across the board and includes transgender and non-binary people.²⁵⁸ In the vast majority of Latin American nations, however, although abortion is unlawful, researchers believe that 30 percent of pregnancies end in illegal abortions which frequently result in hospitalization and often in death. Those most frequently affected are low-income women.²⁵⁹

Reproductive rights are often associated with progressive or left-leaning governments. Yet, in Latin America, many of the “pink tide” regimes of the late 20th and early 21st centuries did not open such rights for the women who supported their political campaigns. In a reprise of the patterns seen earlier in Latin American history, women fight for a cause—for example, in the Nicaraguan revolution—and then the same country implements draconian abortion laws.²⁶⁰ El Salvador criminalized women's control over their own bodies and reproductive capacities to an extreme. Officials there have convicted many women that had stillbirths or miscarriages with sentences of up to forty years. The maximum penalty for “abortion” has recently been raised to fifty years.²⁶¹ Researchers attribute this reluctance to the leaders' personal religious convictions, but, in effect, these views mask a desire to return women to their traditional role as mothers.

Just as in previous periods, wealthy women can more easily terminate their pregnancies safely, and, if caught, they are not punished as severely because of their good reputation. In some Mexican states, the penalty for abortion can be up to five years of prison, but sentences are reduced for women of good reputation.²⁶² Such a legal construct implies that women of *mala fama* (poor reputation) should be treated more severely. Poorer women do not have the connections or even the information to gain a legal termination, and thus they are much more at risk.²⁶³ Those women who claimed their reproductive rights by terminating pregnancies rejected the gender roles assigned to them by the state, church, and society. Consequently, accusations of such crimes were supposed to be dishonoring and slanderous.²⁶⁴

257 Merike Blofield and Christina Ewig, “The Left Turn and Abortion Politics in Latin America”, *Social Politics: International Studies in Gender, State & Society* 24, no. 4 (Winter, 2017): 489; Amy Booth, “Argentina to Legalise Elective Abortion”, *World Report* 387, (2021): 10269, [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(21\)00028-3](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(21)00028-3)

258 Booth, “Argentina to Legalise Elective”.

259 Blofield and Ewig, “The Left Turn”, 485.

260 Blofield and Ewig, “The Left Turn”, 481, 482, and 487.

261 Angelika Alabaladejo, “A Witch Hunt against Poor Women”: Across the Americas, Abortion Laws are Harming Health and Security”, *World Policy Journal* 33, (2016): 27 and 28.

262 Adriana Ortiz-Ortega, “Law and the Politics of Abortion”, in *Decoding Gender: Law and Practice in Contemporary Mexico*, ed. by Helga Baitenmann, Victoria Chenaut, and AnniVarley (Rutgers University Press, 2007), 200 and 202.

263 Ortiz-Ortega, “Law and the Politics of Abortion”, 208.

264 Forster, “Violent and Violated Women”, 65-66.

According to Amnesty International, El Salvador leads the world in restricting access to abortion—it bans the practice in totality with no regard for the mother’s life or circumstances of the pregnancy such as rape.²⁶⁵ These laws and official attitudes make the wombs of Salvadoran women contested spaces. In October 2004, eighteen-year-old Cristina miscarried and was bleeding profusely. At the hospital, instead of being treated as a patient, staff reported her to the authorities for having had an abortion, and she was arrested.²⁶⁶ Her story represents just one of many examples of women in El Salvador and in Latin America, where women’s wombs are controlled. Many are serving prison sentences, some as long as forty years.

In the period from January 2000 to April 2011, 129 Salvadoran women were charged for having abortions. Of these, 23 were found guilty of homicide.²⁶⁷ The women prosecuted for reproductive crimes are often demeaned and accused of lacking proper maternal sentiments. The prosecutor in the case of Dafne McPherson, arrested after a miscarriage at her workplace in Querétaro, Mexico, described her actions as unnatural; he implied that she was a bad mother and less worthy than a dog.²⁶⁸ His words evoke the nineteenth-century descriptions of poor women as “unnatural” and unworthy of motherhood. This bodily control and the demeaning of women is not new; as Federici notes, in the sixteenth century, European states launched campaigns to control women’s bodies and kept them under surveillance to regulate their pregnancies and prevent any type of contraception or terminations.²⁶⁹

Bodily control also extends to spatial concepts. Gendered ideas about spaces have existed since the colonial period and have, to some extent, adapted and been altered over the centuries. But, as contemporary researchers show, the legacy of these ideas is still strong and has had a deadly impact on women. Despite enormous changes in the ways that Latin American societies envision women and have changed legal codes, public spaces are still considered to be masculine.

As Marieliv Flores notes, public spaces are not neutral; in fact, they are spaces where the power dynamics of gender are acted out.²⁷⁰ When women go into the streets and other public places, they leave the “space of morality” and lose the protection they have as *señoritas*. These ideas, as we have seen and as researchers Erika Janos and Agustín Espinosa confirm, have deep roots in ideas of religion and morality.²⁷¹ When women go into public spaces, they become “public women” and thus suspect of having bad morals. Conversely,

265 Amnesty International (London: Peter Benenson House, 2014), 10, https://www.amnestyusa.org/files/el_salvador_report_-_on_the_brink_of_death.pdf

266 Amnesty International, 34.

267 Amnesty International, 35.

268 Karla Michelle Salas, “El caso Dafne McPherson,” *Nexos (México)* 40, (2018): 484, https://go-gale-com.proxy.library.carleton.ca/ps/i.do?p=AONE&u=ocul_carleton&id=GALE%7CA538859377&v=2.1&it=r

269 Federici, *Caliban*, 88.

270 Marieliv Flores, “Género y espacio público: El acoso sexual callejero como muestra de hombría,” in *Violencias contra las mujeres: la necesidad de una doble plural*, ed. by Wilson Hernández Breña (Lima: Editorial Grade, 2019), 187.

271 Janos and Espinosa, “A una señorita no le pasan esas cosas...”, 167.

when men enter these same public spaces, they are citizens.²⁷² Essentially, this pattern is the continuation of frameworks established after the Wars of Independence.

The irony of these constructs is that women became invisible as social actors when they enter public spaces, but they are hyper-visible as bodies. It is then that their bodies become the focus of men's attention. As such, women's bodies continue to be treated as objects, as territory to be colonized; these symbolic values are integral to Latin American society and internalized by men, and to some extent, by women.²⁷³ Just as in previous centuries, poorer, marginalized, and racialized women bear the brunt of these spatial constructions. Because they have to work, they need to enter into "masculine" spaces. In Ciudad Juárez, newspaper coverage often portrayed women who disappeared or whose bodies were found as tainted. These women had to cross through "zones of degeneracy" to work, and this stain of immorality was attached to them. In other instances, journalists assumed that these women led double lives, hiding their immorality from public view.²⁷⁴ Even when women are not subject to such brutal and fatal violence, their transit through public spaces is often accompanied by street harassment. This symbolic violence can be subtle or blatant but is reaffirms masculine dominance.²⁷⁵

CONCLUSIONS

The gender violence that characterizes daily life in Latin American nations today has a long trajectory. It is the product of many centuries of intensification of ideologies developed with the conquest and colonialism and later deepened in later periods. Gender violence is not limited to Latin America, nor does it affect only poor, marginalized, and racialized women. But these women are those whose lives are the most vulnerable and where the statistics tell a story. There are pockets of such extreme gender violence in other parts of the world; for example, the missing and murdered Indigenous women in Canada and the United States share many of the gender identities that lead to the commodification of their bodies and consequent harsh treatment and violence.

As Paulina García del Moral explains in her comparison of the murdered women of Ciudad Juárez and Indigenous women in Canada, the production of difference is an integral part of colonialism. Just as marginalized women in Latin America were called "unnatural," Indigenous women in Canada have been labeled "dirty squaw drudges," assumed to be prostitutes, and lacking in any morality. The dominant society constructed an identity for them in which they did not deserve protection as "honest"

272 Flores, "Género y espacio público", 186.

273 Flores, "Género y espacio público", 186; Monteiro Santana García, "Misoginia en el espacio público", 29.

274 García del Moral, "Representations as a Technology of Violence", 42, 47-48

275 Flores, "Género y espacio público", 191.

women.²⁷⁶ In the United States, Indigenous women have been deemed disposable, and they are killed at ten times the national average for all American women.²⁷⁷ Colonialism has affected how gender identities have been formed in many places, and violence has ensued. Although, because of its particular history, it affects more women and is more widespread in Latin America.

The path that the development of gender identities took in Latin America is unique in its details but not in the larger themes. As Federici explains, the reclusion of women to the private sphere, their resulting impoverishment, and the massification of prostitution in early modern Europe led to tighter controls of women's bodies and beliefs among men that they could "discipline" women through violent acts.²⁷⁸ There was, of course, an added aspect to this process in Latin America as gender relations and identities were formed, as Viera Powers puts it so eloquently, through the crucible of conquest.²⁷⁹ Women's bodies were likened to conquered lands, and racialized women, in particular, were exoticized and sexualized. Mythologies about racialized women grew out of the rapes and gender domination of the conquest and early colonial period. These myths became naturalized and an unseen but very present part of the attitudes prevailing in the region.²⁸⁰

As Bourdieu notes, over time, this framework of domination naturalized the categories of dominant and dominated. The symbolic and very real violence became embedded within the subconscious and the social fabric.²⁸¹ In Latin America, both Church and State were complicit in this process; together, they imposed an ideology of *recogimiento* for women that made them particularly vulnerable to all types of violence. In addition, the hierarchical nature of colonial society created a subaltern masculinity that was repressed and dominated in all spheres except the domestic realm. Male violence was thus tolerated and excused when it was directed at women because such violent acts were not threatening to the social order and allowed subaltern men to release their frustrations.

In this manner, gender violence became normalized. As Scott shows, in situations of domination, people put on masks, and, when they are in the public sphere, they perform the roles assigned to them.²⁸² In this way, men and women acted the gender identities and binaries deemed appropriate within Church teachings and State ideology. It was when women took off these masks and broke with conventions either by choice when they fought in various ways in the Wars of Independence or by forced circumstances when economic conditions caused a massification of prostitution. These ruptures caused what I have called "moments of anxiety."

276 Garcia del Moral, "Representations as a Technology of Violence", 38.

277 Lisa Monchalin, Olga Marquez, Charles Reasons, and Prince Arora, "Homicide and Indigenous Peoples in North America: A Structural Analysis", *Aggression and Violent Behavior* 46, (2019): 214 and 215.
Garcia del Moral, "Representations as a Technology of Violence", 38.

278 Federici, *Caliban*.

279 Viera Powers, *The Crucible*.

280 Janos and Espinosa, "A una señorita no le pasan esas cosas...", 162.

281 Bourdieu, "Gender and Symbolic Violence".

282 Scott, *Domination*.

During these interruptions, officials tried to force women back into their traditional roles by invoking the dangers of rape or creating institutional controls, such as medical interventions and surveillance of women's bodies, in particular, their reproductive capacities. It was during these periods that the seeds were sown for both the normalization and invisibilization of gender violence but also, contradictorily, the control of women's wombs in the form of draconian laws prohibiting abortions and penalizing poor women for miscarriages and stillbirths.

Even as state authorities turn a blind eye to femicides/feminicides, they use the state apparatus to punish women for supposed breaches of reproductive duties. The patterns set in the conquest period and then later during the colony became entrenched and, despite so many changes over the centuries, these gender ideologies still predominate the discourse. Even as Latin American women work in the public sphere in greater numbers than ever, their actions are circumscribed by ideologies that punish them for wanting to control their own bodies and move about within cities.

AFTERWORD: RESISTANCE

As we are seeing in Latin America today, women are resisting the invisibilization of gender violence. But some women, very brave individuals, have always resisted oppressive gender identities and gender violence. Mothers, friends, and neighbors provided refuge for battered women; together, they stood up to their abusers and reported them to the authorities (even when this was not a very effective strategy.) Other women ran away from abusive partners, and some married a second time (committing bigamy) but to a more respectful man.²⁸³ Others used magic, witchcraft, and pacts with the devil to regain power over the men who mistreated them.²⁸⁴

In colonial Andean regions, Irene Silverblatt found that some women escaped colonialism by leaving for inaccessible regions called the "puna." They also rejected the colonial ideologies by refusing Catholicism and embracing the gender values associated with pre-conquest religions.²⁸⁵ Some of them talked back and were able to command respect. In 1768, in Mexico City, María Josepha Martínez denounced her husband, but he painted a picture of a woman who was not browbeaten; she refused to cook for him, to care for his clothes, and insulted him.²⁸⁶ In the village of San Miguel Chapultepec, in 1783, Leonardo Rafael

283 Richard Boyer, *Lives of the Bigamists: Marriage, Family, and Community in Colonial Mexico* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1995).

284 Ruth Behar, "Sex and Sin, Witchcraft and the Devil in Late-Colonial Mexico," *American Ethnologist* 14, (1987): 34-54; Martha Few, *Women who Live Evil Lives: Gender, Religion, and the Politics of Power in Colonial Guatemala* (Austin: University of Texas Press, 2002).

285 Irene Silverblatt, I., *Moon, Sun, and Witches: Gender Ideologies and Class in Inca and Colonial Peru* (Princeton: Princeton University Press, 1987), 197-210.

286 Archivo General de la Nación, Ramo Clero Secular y Regular, Vol. 197, Exp. 20, Fols. 358-367, 1768,

complained that his wife, Juana Beatriz, continually disobeyed him and even hit him.²⁸⁷ Doña Luisa Ayala, in the village of Ixtacalco, in 1833, framed her unwillingness to obey her husband in these words: “What is the authority of a husband over a wife that he does not support? Where there is not food, there is no obedience.”²⁸⁸ Although these women stood out enough to be part of the archival record, others surely followed their lead.

When they had the chance, women gladly took up new roles fighting for Independence or the King. They spied, sewed uniforms, took messages and equipment to hidden soldiers. They were leaders, and they took off their “gender masks” to achieve their goals. Although their contributions were erased or dismissed in the nineteenth century, in the twenty-first century they have become heroines. Names such as Manuela Saénz, Leona Vicario, Policarpa Salvatierra, and many others are now part of the history books and have been honored by the states that once found them an embarrassment. In the nineteenth century, even as many poor women have been shut in brothels, pushed out of decently paid employment, and defined as “wombs for the state,” others fought for the right to higher education, embraced new models of womanhood that freed them from old constraints, and eventually joined professions where they could shine and earn a living.

In the twentieth and twenty-first centuries, Latin American women have joined revolutionary struggles and have become Presidents of several nations. Nonetheless, gender violence has continued. But even despite the awful statistics, women all over Latin America are refusing to accept the invisibilization of gender violence. They have forced the implementation of laws that punish gender violence, and, when the state does not employ these laws to protect women, they take to the streets.

There are new weapons in the arsenal of women’s resistance; they use the internet and social media to make known their refusal. The viral song that originated in Chile, “*El violador eres tú*” (The rapist is you), was taken up as an anthem all over Latin America and the world. The art installation *Zapatos Rojos* (Red Shoes), which artist Elina Chauvet set up in Ciudad Juárez in 2009 to commemorate disappeared women, has been taken up by activists, not just in the rest of Latin America, but also internationally. Women have also mobilized the refusal to be silent or invisible by invoking memory. They have memorialized places of import, but also the women who have fallen victim to gender violence. Where before there were only tributes to male patriots and their statues lined symbolic streets like the Paseo de la Reforma in Mexico City, feminist activists erected an anti-monument to the victims of feminicide. In the past, silence and invisibility were the reactions to gender violence. No more.

Mexico City.

287 Archivo General de la Nación, Ramo Criminal Vol. 122, Exp. 18, Fol. 395-402V, 1783, Calimaya.

288 Archivo General de la Nación, Ramo Bienes Nacionales, leg. 874, exp. 7, 1833.

BIBLIOGRAFÍA / BIBLIOGRAPHY

- Alabaladejo, Angelika. "A "Witch Hunt against Poor Women": Across the Americas, Abortion Laws are Harming Health and Security." *World Policy Journal* 33, (2016): 26-34.
- Alonso, Ana M. "Love, Sex and Gossip in Mexican Legal Cases from Namiquipa, Chihuahua". En *Decoding Gender: Law and Practice in Contemporary Mexico*, editado por Helga Baitenmann, Victoria Chenaut y Ann Varley, 43-58. New Brunswick: Rutgers University Press, 2007.
- Amnesty International. London: Peter Benenson House, 2014. https://www.amnestyusa.org/files/el_salvador_report_-_on_the_brink_of_death.pdf
- Araya Ibacache, Claudia. "La construcción de una imagen femenina a través del discurso médico ilustrado. Chile en el siglo XIX". *Revista Historia* 39, (2006): 5-22.
- Arreluca, Maribel. "¿Durmiendo con el enemigo? Un estudio exploratorio sobre la violencia, la familia y el matrimonio entre africanos y Afrodescendientes. Lima a fines del periodo colonial". En *Violencias contra las mujeres: la necesidad de una doble plural*, editado por Wilson Hernández Breña, 413-442. Lima: Editorial Grade, 2019.
- Arrom, Silvia. *The Women of Mexico City. 1790-1857*. Stanford: Stanford University Press, 1985.
- Baena Zapatero, Alberto. "La participación de las novohispanas en la guerra de Independencia" En *Mujeres insurgentes, mujeres rebeldes*, editado por Miguel Ángel Isais Contreras, María Candelaria Ochoa Avalos y Jorge Gómez Naredo, 27-56. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2015.
- Barclay, Katie. "Mapping the Spaces of Seduction: Morality, Gender and the City in Early Nineteenth-Century Britain". En *The Routledge History Handbook of Gender and the Urban Experience*, editado por Deborah Simonton, 103-115. London: Routledge, 2017.
- Behar, Ruth. "Sex and Sin, Witchcraft and the Devil in Late-Colonial Mexico". *American Ethnologist* 14, (1987): 34-54.
- Bermúdez, Isabel Cristina. "El ángel del Hogar: una aplicación de la semántica Liberal a las mujeres del siglo XIX andino". *Historia y Espacio* 30, (2008): 11-41.
- Blofield, Merike y Christina Ewig. "The Left Turn and Abortion Politics in Latin America". *Social Politics: International Studies in Gender, State & Society* 24, (2017): 481-510.
- Booth, Amy. "Argentina to Legalise Elective Abortion." *World Report* 387:10269. [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(21\)00028-3](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(21)00028-3)
- Boyer, Richard. *Lives of the Bigamists: Marriage, Family, and Community in Colonial Mexico*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1995.
- Bourdieu, Pierre. "Gender and Symbolic Violence". En *Violence in War and Peace*, editado por Nancy Scheper-Hughes and Philippe Bourgois, 339-342. Malden, MA: Blackwell, 2004.
- Bustamante Otero, Luis. "Pubertad y elección matrimonial. La ciudad de Lima y la experiencia de la servicia conyugal en la agonía colonial". En *Violencias contra las mujeres: la necesidad de una doble plural*, editado por Wilson Hernández Breña, 391-411. Lima: Editorial Grade, 2019.

- Cabel Carcía, Andrea. “La Selvática de La Casa Verde: Más allá de la violencia del estereotipo y del estigma”. En *Violencias contra las mujeres: la necesidad de una doble plural*, editado por Wilson Hernández Breña, 367- 390. Lima: Editorial Grade, 2019.
- Cabrera Ullivarri, Juan Manuel y Cristi Contreras Pablo Nicolás. “La silenciosa muerte de mujeres: Notas sociológicas de los estudios de femicidios”. *Revista Polémicas Feministas* 1, (2011): 1-19.
- Caputi, Jane y Russell Diana. “Femicide: Sexist Terrorism against Women”. En *Femicide: The Politics of Woman Killing*, editado por Jill Radford y Diana E. Russell, 13-21. New York: Twayne Publishers, 1992.
- Calvo Peña, Beatriz. “Prensa, política y prostitución en la Habana finisecular: El caso de ‘la Cebolla’ y la Polémica de las meretrices”. *Cuban Studies* 36, (2005): 23-49.
- Cañeque, Alejandro. *The King’s Living Image; The Culture and Politics of Viceregal Power in Colonial Mexico*. New York: Routledge, 2004.
- Cañeque, Alejandro. “De Sillas y almohadones o de la naturaleza ritual del poder en la Nueva España de los siglos XVI y XVII”. *Revista de Indias* 64, (2004): 609-634.
- Carey Jr., David. *I Ask for Justice: Maya Women, Dictators, and Crime in Guatemala, 1898–1944*. Austin: University of Texas Press, 2013.
- Carey Jr., David y Gabriela Torres. “Precursors to Femicide”. *Latin American Research Review* 45, (2010): 142-164.
- Carmona López, Adriana, Alma Gómez Caballero y Lucha Castro Rodríguez. “Femicide in Latin America in the Movement for Women’s Human Rights”. En *Terrorizing Women: Femicide in the Americas*, editado por Rosa-Linda Fregoso y Cynthia Bejaran, 157-176. Durham: Duke University Press, 2010.
- Carrera Stampa, Manuel. *Los gremios mexicanos. La organización gremial en Nueva España, 1521-1861*. México: Ibero Americana de Publicaciones, 1954.
- Castañeda, Carmen. “La memoria de las niñas violadas.” *Encuentro* 5 (1984): 41-56.
- Castro Gutiérrez, Felipe. *Historia Social de la Real Casa de Moneda de México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2012.
- De la Cerda, Juan. *Libro intitulado vida política de todos los estados de mugeres: en el qual dan muy provechosos y Christianos documentos y avisos, para criarse y conservarse debidamente las mugeres en sus estados*. Alcalá de Henares: Casa de Juan Gracian, 1599.
- Clark, A. Kim. *Gender, State, and Medicine in Highland Ecuador: Modernizing Women, Modernizing the State, 1895-1950*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2012.
- Chambers, Sarah C. *From Subjects to Citizens: Honor, Gender, and Politics in Arequipa, Peru. 1780-1854*. University Park: Penn State University Press, 1999.
- Chambers, Sarah C. *Families in War and Peace: Chile from Colony to Nation*. Durham: Duke University Press, 2015.
- Cruz de Amenábar, Isabel. *El traje: Transformaciones de una segunda piel*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1996.

- Dávila Mendoza, Dora. *Hasta que la muerte nos separe: El divorcio eclesiástico en el arzobispado de México, 1702-1800*. México: El Colegio de México, Universidad Iberoamericanas, Universidad Católica Andrés Bello, 2005.
- Deans-Smith, Susan. *Bureaucrats, Planters and Workers: The Making of the Tobacco Monopoly in Bourbon Mexico*. Austin: University of Texas Press, 1992.
- Earle, Rebecca. "Rape and the Anxious Republic. Revolutionary Colombia, 1810-1830". En *Hidden Histories of Gender and the State in Latin America*, editado por Maxine Molyneux y Elizabeth Dore. Durham: Duke University Press, 2000.
- Earle, Rebecca. "Sobre Héroes y Tumbas: National Symbols in Nineteenth-Century Spanish America". *Hispanic American Historical Review* 85, (2005): 375-416.
- Escoiquiz, Juan. *Tratado de las Obligaciones del Hombre*. Madrid: Imprenta Real, 1803.
- Federicci, Silvia. *Caliban and the Witch: Women, the Body and Primitive Accumulation*. Brooklyn: Autonomedia, 2009.
- Few, Martha. *Women who Live Evil Lives: Gender, Religion, and the Politics of Power in Colonial Guatemala*. Austin: University of Texas Press, 2002.
- Findlay, Eileen J. "La Raza y lo respetable: Las Políticas de la prostitución y la ciudadanía en Ponce en la última década del siglo XIX". *Revista del Centro de Investigaciones Históricas* 16, (2005): 99-135.
- Findlay Suárez, Eileen J. *Imposing Decency: The Politics of Sexuality and Race in Puerto Rico, 1879-1920*. Durham: Duke University Press, 1999.
- Flores, Marieliv. "Género y espacio público: El acoso sexual callejero como muestra de hombría". En *Violencias contra las mujeres: la necesidad de una doble plural*, editado por Wilson Hernández Breña, 183-210. Lima: Editorial Grade, 2019.
- Fontenla, Marta. "Femicides in Mar del Plata." En *Terrorizing Women: Femicide in the Americas*, editado por Rosa Linda Fregoso y Cynthia Bejarano, 116-126. Durham: Duke University Press, 2010.
- Forster, Cynthia. "Violent and Violated Women: Justice and Gender in Rural Guatemala, 1936-1956". *Journal of Women's History* 11, (1999): 55-78.
- Fox, Claire F. "'Lo clásico de México moderno': Exhibiting the Female Body in Post-Revolutionary Mexico". *Studies in Latin American Popular Culture* 20, (2001): 1-31.
- François, Marie. "Cloth and Silver: Pawning and Material Life in Mexico City at the Turn of the Nineteenth Century." *The Americas*, 60, (2004):325-362.
- Gage, Thomas. *Thomas Gage's Travels in the New World*. Norman: University of Oklahoma Press, 1648.
- García del Moral, Paulina. "Representations as a Technology of Violence: On the Representation of the Disappearances of Aboriginal Women in Canada and Women in Ciudad Juárez". *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies* 36, (2011): 33-62.
- Ghirardi, Mónica y Jaqueline Vassallo. "El encierro femenino como práctica. Notas para el ejemplo de Córdoba, Argentina, en el contexto de Iberoamérica en los siglos XVIII y XIX". *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* 14 (2010): 73-101.

- González-López, Gloria. *Secretos de la familia: Incesto y Violencia Sexual en México*. Mexico City: Siglo Veintiuno Editores, 2019.
- Gruzinski, Serge. "The Ashes of Desire: Homosexuality in Mid-Seventeenth-Century New Spain". En *Infamous Desire: Male Homosexuality in Colonial Latin America*, editado por Pete Sigal. Chicago: University of Chicago Press, 2003.
- Guy, Donna J. *Sex and Danger in Buenos Aires: Prostitution, Family, and Nation in Argentina*. Lincoln: University of Nebraska Press, 1990.
- Guy, Donna J. "Lower Class Families, Women and the Law in Nineteenth-Century Argentina". *Journal of Family History* 10, (1985): 318-331.
- Hunold Lara, Silvia. "The Signs of Color: Women's Dress and Racial Relations in Salvador and Rio de Janeiro, ca 1750-1815". *Colonial Latin American Review* 6 (1997): 205-225.
- Ilhui Pacheco Chávez, María Antonieta. "Rebeldes y transgresores. Entre los murmullos de la insurrección. La intendencia de México, 1810-1814". *Historia mexicana* 59, (2009): 332-333.
- Isais Contreras, Miguel Ángel. "Ley, naturalismo y género: Dicotomías sexuales en torno al delito y la justicia en Guadalajara durante la transición de Independencias". En *Mujeres insurgentes, mujeres rebeldes*, editado por Miguel Ángel Isais Contreras, María Candelaria Ochoa Avalos y Jorge Gómez Naredo, 231- 261. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2015.
- Jaffary, Nora E. *Reproduction and Its Discontents: Childbirth and Contraception from 1750 to 1905*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2016.
- Janos, Erika y Agustín Espinosa. "“A una señorita no le pasan esas cosas...”: Sexismo y culpabilización de la víctima en comentarios en redes sociales ante una noticia de violencia sexual ocurrida en Lima". En *Violencias contra las mujeres: la necesidad de una doble plural*, editado por Wilson Hernández Breña, 147-183. Lima: Editorial Grade, 2019.
- Johnson, Lyman L. *Workshop of Revolution: Plebeian Buenos Aires and the Atlantic World, 1776-1810*. Durham: Duke University Press, 2011.
- Kanter, Deborah. *Hijos del Pueblo: Gender, Family, and Community in Rural Mexico, 1730-1850*. Austin: University of Texas Press, 2008.
- Kellogg, Susan. "The woman's room: some aspects of gender relations in Tenochtitlan in the late pre-Hispanic period." *Ethnohistory* 42, (1995): 563-576.
- Kellogg, Susan. *Weaving the Past: A history of Latin America's Indigenous Women from the Prehispanic Period to the Present*. New York: Oxford University Press, 2005.
- Kidwell, Sue S. "Indian Women as Cultural Mediators". *Ethnohistory* 39, (1992): 97-107.
- Lagarde y de los Ríos, Marcela. "Feminist Keys for Understanding Femicide: Theoretical, Political, and Legal Construction". En *Terrorizing Women: Femicide in the Americas*, editado por Rosa-Linda Fregoso y Cynthia Bejarano, XI-XXV. Durham: Duke University Press, 2010.
- Lavrin, Asuncion. "Sexuality in Colonial Mexico: A Church Dilemma". En *Sexuality and Marriage in Colonial Latin America*, editado por Asunción Lavrin, 47-92. Lincoln: University of Nebraska Press, 1989.

- Lipsett-Rivera, Sonya. *Gender and the Negotiation of Daily Life in Mexico, 1750-1856*. Lincoln: University of Nebraska Press, 2012.
- Lipsett-Rivera, Sonya. "The Intersection of Rape and Marriage in Late-Colonial and Early-National Mexico". *Colonial Latin American Historical Review* 6 (1997): 559-590.
- Lipsett-Rivera, Sonya. "Mira Lo que Hace el Diablo: The Devil in Mexican Popular Culture, 1750-1856". *The Americas* 59, (2002): 201-219.
- Lipsett-Rivera, Sonya. *The Origins of Macho: Men and Masculinity in Colonial Mexico*. Albuquerque: University of New Mexico, 2019.
- López Sánchez, Oliva. "La centralidad del útero y sus anexos en las representaciones técnicas del cuerpo femenino en la medicina del siglo XIX". En *Enjaular los cuerpos: normativas decimonónicas y feminidad en México*, editado por Julia Tuñón, 147-184. México: El Colegio de México, 2008.
- Lozano Armendares, Teresa. *La criminalidad en la ciudad de México 1800-1821*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1087.
- Malvido, Elsa. "El abandono de los hijos: una forma de control del tamaño de la familia y del trabajo indígena: Tula (1683-1730)". *Historia mexicana* 26, (1980): 521-561.
- Maravall, José A. *Poder, Honor y Élités en el siglo XVII*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores, 1979.
- Martínez Alcalde, Lidia. "Recogimientos para mujeres en Lima hasta 1650". *Hispania sacra* 53, (2001): 435-454.
- Mawson, Stephanie. "Unruly Plebeians and the *Forzado* System: Convict Transportation between New Spain and the Philippines During the Seventeenth Century". *Revista de Indias* 73, (2013): 693-730.
- McCreery, David. "This Life of Misery and Shame: Female Prostitution in Guatemala City, 1880-1920". *Journal of Latin American Studies* 18, (1986): 333-353.
- Medina, Rubén. "Masculinidad, Imperio y Modernidad en "Cartas de Relación" de Hernán Cortes". *Hispanic Review* 72, (2004): 469-489.
- Mehl, Eva. *Forced Migration in the Spanish Pacific World. From Mexico to the Philippines, 1765-1811*. Cambridge: Cambridge University Press, 2016.
- Menjívar, Cecilia. and Drysdale Walsh, Shannon. "The Architecture of Femicide: The State, Inequalities, and Everyday Gender Violence in Honduras". *Latin American Research Review* 52, (2017): 221-240.
- Mira Caballos, Esteban. "Terror, violación y pederastia en la Conquista de América: el caso de Lazaro de Fonte". *Jahrbuch fuer Geschichte Lateinamerikas* 44, (2007): 37-66.
- Monchalín, Lisa et al. "Homicide and Indigenous Peoples in North America: A Structural Analysis". *Aggression and Violent Behavior* 46, (2019): 212-218.
- Monteiro Santana García, Viviane. "Misoginia en el espacio público, femicidio no íntimo y prueba criminal". *Estado & comunes* 8, (2019): 21-43.
- Muchembled, Robert. *A History of Violence. From the End of the Middle Ages to the Present*. Cambridge: Polity Press, 2012.

- Murray, Pamela S. “‘Loca’ or ‘Libertadora’? Manuela Saenz in the Eyes of History and Historians, 1900-c.1990”. *Journal of Latin American Studies* 33, (2001): 291-311.
- Núñez Becerra, Fernanda. “El Agridulce beso de Safo: Discursos sobre las lesbianas a fines del siglo XIX”. *Historia y Grafía* 31, (2008): 49-75.
- Núñez Becerra, Fernanda. “Imaginario médico y práctica jurídica en torno al aborto durante el último tercio del siglo XIX”. En *Curar, sanar y educar. Enfermedad y sociedad en México, siglos XIX y XX*, editado por Claudia Agostoni, 127-161. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2008.
- Obregón, Diana. “Médicos, prostitución y enfermedades venéreas en Colombia (1886-1951)”. *Historia, ciências, saúde—Manguinhos* 9, (2002): 161-186.
- Ochoa Serrano, Alvaro. *Mitote, fandango y mariacheros*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2002.
- O’Connor, Erin. *Mothers Making Latin America: Gender, Households, and Politics Since 1825*. Malden, MA: Wiley Blackwell, 2014.
- Orellana, Milton G. “Fiestas, construcción de estado nacional y resignificación del espacio público en Chile: Norte Chico, 1800 - 1840”. *Cuadernos de Historia* 37, (2012): 51-73.
- Ortiz-Ortega, Adriana. “Law and the Politics of Abortion”. En *Decoding Gender: Law and Practice in Contemporary Mexico*, editado por Helga Baitenmann, Victoria Chenaut y Ann Varley, 197-212. New Brunswick: Rutgers University Press, 2007.
- de Osuna, Francisco. *Norte de los estados en que se da regla de bivar a los mancebos: y a los casados; y a los viudos; y a todos los continentes; y se tratan muy por estenso los remedios del desastrado casamiento; enseñando que tal a de ser la vida del cristiano casado*. Sevilla, sin imprenta, 1531.
- Paz, Octavio. *El laberinto de soledad*. México: Fondo de Cultura Económica, 1959.
- De Paz Trueba, Yvonne. “Ser madres y esposas de ciudadanos. Una mirada desde la prensa. El centro y sur bonaerense a finales del siglo XIX y principios del XX”. *Signos Históricos* 11, (2009): 44-75.
- Pérez Baltasar, María Dolores. “Orígenes de los recogimientos de mujeres”. *Cuadernos de historia moderna y contemporánea* 6, (1985): 13-24.
- Peristiany, John.G. *Honor and Shame: The Values of Mediterranean Society*. Chicago: University of Chicago Press, 1966.
- Peristiany, John G. y Julian Pitt-Rivers. *Honor and Grace in Anthropology*. New York: Cambridge University Press, 1992.
- Quezada, Noemie. *Sexualidad, amor y erotismo. México prehispánico y México colonial*. México: Universidad Nacional Autónoma de México e Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1996.
- Ramos Escandón, Carmen. “Cuerpos contruidos, cuerpos legislados. Ley y cuerpo en el México de “fin de siècle””. En *Enjaular los cuerpos: normativas decimonónicas y feminidad en México*, editado por Julia Tuñón, 67-105. México: El Colegio de México, 2008.
- Restall, Matthew. “‘He wished it in vain’: Subordination and resistance among Maya women in post-conquest Yucatan”. *Ethnohistory* 42, (1975): 577-595.

- Rice, Robin A. "Recogimientos femeninos en la Nueva España y su papel como cárceles para mujeres marginadas". *Edad de Oro* 38, (2019): 235-248.
- Rincón Rubio, Luis. "Representaciones culturales de género y moral ciudadana en Maracaibo, Venezuela a fines del siglo XIX (1880-1900)". *Procesos Históricos* 9, (2009): 20-41.
- Rodríguez, Martha Eugenia. "Costumbre y tradiciones en torno al embarazo y al parto en México virreinal." *Anuario de Estudios Americanos* 57, (2000): 501-522.
- Rodríguez-Shadow, María y Lila Campos Rodríguez. "La violencia contra las mujeres". En *Mujeres: Miradas Interdisciplinarias*, editado por María Rodríguez-Shadow y Lila Campos Rodríguez, 155-175. México: Centro de Estudios de Antropología de la Mujer, 2011.
- Romero, Raúl Román y Vanessa Niño De Villeros. "Los Relatos de la independencia. La Invención de los héroes y de una memoria histórica en la primera mitad del siglo XIX colombiano". *Cuadernos de Historia* 43, (2015): 7-30.
- Rubial García, Antonio. *La plaza, el palacio y el convento. La ciudad de México en el siglo XVII*. México: Consejo Nacional para la Cultura y el Arte, 1998.
- Rubial García, Antonio. *Monjas, cortesanas y plebeyos: La vida cotidiana en la época de Sor Juana*. México: Taurus, 2005.
- Ruggiero, Kristin. "Honor, maternity, and the disciplining of women: Infanticide in late nineteenth-century Buenos Aires". *Hispanic American Historical Review* 72, (1992): 353-374.
- Salas, Karla Michelle. "El caso Dafne McPherson." *Nexos* (México) 40, (2018): 484. https://go-gale-com.proxy.library.carleton.ca/ps/i.do?p=AONE&u=ocul_carleton&id=GALE%-7CA538859377&v=2.1&it=r
- Salazar Mendoza, Flor de María. "Vestigios novohispanos en la formación de un Estado nacional. Celebraciones cívicas en San Luis Potosí, México, en la década de 1820". *Fronteras de la Historia* 20, (2015): 174-199.
- de Salazar, Nicolás Simeón. *Flores Citlalpapoca. Directorio de Confesores que ofrece a los principiantes y nuevos ministros de el Sacramento*. Puebla: Imprenta de la viuda de Miguel de Ortega, 1715.
- Sánchez, Mathías. *El Padre de familias, Brevemente instruido en sus muchas obligaciones de padre*. Madrid: sin imprenta, 1786.
- Sanders, James E. "'A Mob of Women' Confront Post-Colonial Republican Politics: How Class, Race, and Partisan Ideology Affected Gendered Political Space in Nineteenth-Century Southwestern Colombia". *Journal of Women's History* 20, (2008): 63-89.
- Seijas, Tatiana. *Asian Slaves in Colonial Mexico: From Chinos to Indians*. New York: Cambridge University Press, 2014.
- Scott, James C. *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*. New Haven: Yale University Press, 1990.
- Sigal, Pete. "Imagining Cihuacoatl: Masculine Rituals, Nahua Goddesses and the Texts of the Tlacuilos". *Gender & History* 22, (2010): 538-563.
- Silverblatt, Irene. *Moon, Sun, and Witches: Gender Ideologies and Class in Inca and Colonial Peru*. Princeton: Princeton University Press, 1987.

- Sinha, Mrinalini. *Colonial Masculinity: The 'manly Englishman' and the 'effeminate Bengali' in the late nineteenth century*. Manchester: Manchester University Press, 1995.
- Shelton, Laura. *For Tranquility and Order: Family and Community on Mexico's Northern Frontier, 1800-1850*. Tucson: University of Arizona Press, 2010.
- Spencer-Wood, Suzanne M. "Feminist Theorizing of Patriarchal Colonialism, Power Dynamics, and Social Agency Materialized in Colonial Institutions". *International Journal of Historical Archaeology* 20, (2016): 477-491.
- Socolow, Susan. "Women and Crime: Buenos Aires, 1757-97". *Journal of Latin American Studies*, 12, (1980): 39-54.
- Stanfield, Michael E. *Of Beasts and Beauty: Gender, Race, and Identity in Colombia*. Austin: University of Texas Press, 2013.
- Stern, Steve. *The Secret History of Gender: Women, Men, and Power in Late Colonial Mexico*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1995.
- Szasz, Ivonne. "Sins, Abnormalities, and Rights: Gender and Sexuality in Mexican Penal Codes". En *Decoding Gender: Law and Practice in Contemporary Mexico*, editado por Helga Baitenmann, Victoria Chenaut y Ann Varley, 59-74. New Brunswick: Rutgers University Press, 2007.
- Tenenbaum, Barbara. "Streetwise History: The Paseo de la Reforma and the Porfirian State, 1876-1910". En *Rituals of Rule, Rituals of Resistance: Public Celebrations and Popular Culture in Mexico*, editado por William Beezley, Cheryl Martin y William French, 127-150. Wilmington (Del): Scholarly Resources Press, 1994.
- Trexler, Richard C. *Sex and Conquest: Gendered Violence, Political Order, and the European Conquest of the Americas*. Ithaca: Cornell University Press, 1995.
- Julia Tuñón. "Ensayo introductorio. Problemas y debates en torno a la construcción social y simbólica de los cuerpos". En *Enjaular los cuerpos: normativas decimonónicas y feminidad en México*, editado por Julia Tuñón, 11-66. México: El Colegio de México, 2008.
- Twinam, Ann. *Public Lives, Private secrets: Gender, Honor, Sexuality, and Illegitimacy in Colonial Latin America*. Stanford: Stanford University Press, 1999.
- Undurraga Schüler, Verónica. *Los Rostros del Honor: Normas culturales y estrategias de promoción social en Chile colonial, siglo XVIII*. Santiago: DIBAM, 2012.
- Vieira Powers, Karen. *The Crucible of Conquest: The Gendered Genesis of Spanish American Society, 1500-1600*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2005.
- Viqueira Albán, Juan Pedro. *Propriety and Permissiveness in Bourbon Mexico*. Trad. Sonya Lipsett-Rivera y Sergio Rivera Ayala. Wilmington: Scholarly Resources, 1999.
- Van Deusen, Nancy E. *Between the Sacred and the Worldly: The Institutional and Cultural Practice of Recogimiento in Colonial Lima*. Stanford: Stanford University Press, 2001.
- Van Young, Eric. *The Other Rebellion. Popular Violence, Ideology and the Mexican Struggle for Independence, 1810-1821*. Stanford: Stanford University Press, 2001.

Varley, Ann. "Women and the Home in Mexican Family Law". En *Hidden Histories of Gender and the State in Latin America*, editado por Maxine Molyneux y Elizabeth Dore, 238-261. Durham: Duke University Press, 2000.

Von Germeten, Nicole. *Violent Delights, Violent Ends: Sex, Race and Honor in Colonial Cartagena de Indias*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2013

Colección de Avances de Investigación CIHAC Sección Calas

Laboratorio de Conocimiento “Visiones de paz: Transiciones entre la violencia y la paz en América Latina.

El Centro Regional de Centroamérica y el Caribe de CALAS y el Laboratorio del Conocimiento “Visiones de paz: Transiciones entre la violencia y la paz en América Latina” adscritos al CIHAC, publican, en el marco de esta serie, *working papers* de sus investigadoras e investigadores asociados. Los *working papers* pretenden contribuir a la divulgación de investigaciones novedosas e innovadoras, que tienen como base el concepto teórico-metodológico de la relacionalidad entre paz y violencia en alguno de los cuatro ejes del laboratorio: estudio conceptual de la relacionalidad entre paz y violencia; estudio de visiones y discursos paradigmáticos de paz, violencia y guerra, así como de sus expresiones culturales y artísticas; estudio de los procesos, iniciativas y estrategias de paz, y estudio de los procesos transicionales que amenazan la paz, incluyendo los medios y herramientas para mantenerla y fortalecerla.

El propósito principal del Maria Sibylla Merian Center for Advanced Latin American Studies (CALAS) es el fomento, realización y circulación de proyectos novedosos e innovadores de investigación entre América Latina y Alemania en el área de las Ciencias Sociales y Humanidades, en relación con problemáticas vinculadas a la temática general del programa “Afrontar las crisis: Perspectivas transdisciplinarias desde América Latina”.